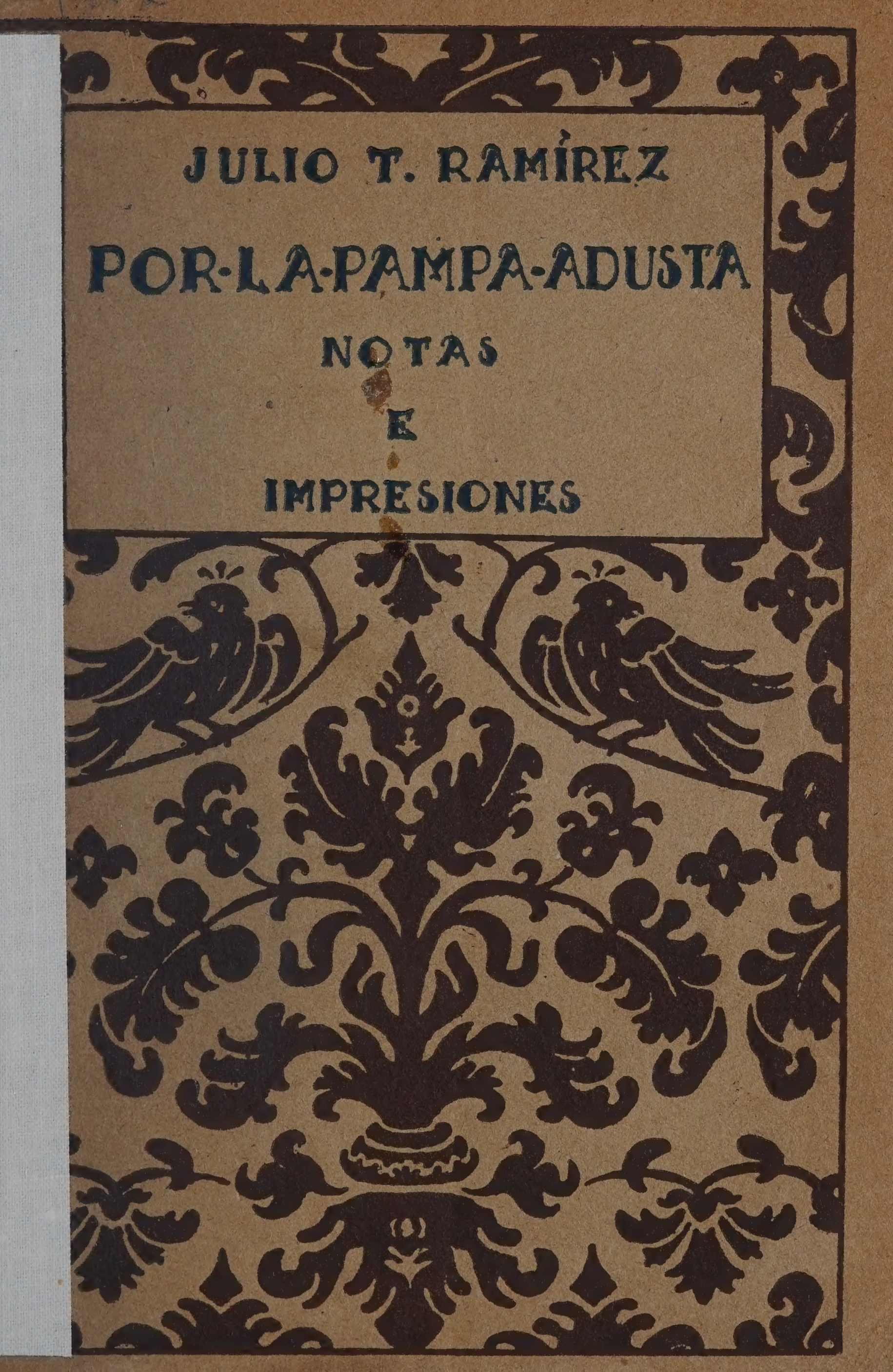
Por la Pampa Adusta

Ramírez


JULIO T. RAMÍREZ
POR LA PAMPA ADUSTA
NOTAS
E
IMPRESIONES



POR LA PAMPA ADUSTA

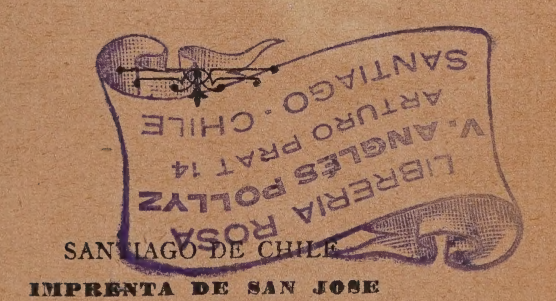
POR LA PAMPA ADUSTA

APUNTES E IMPRESIONES

POR EL CAPELLÁN DE DIVISIÓN

Julio T. Ramírez O.

AL ILLMO. SR. OBISPO Y VICARIO CASTRENSE
DR. DON RAFAEL EDWARDS S.
RESPETUOSAMENTE



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE SAN JOSE
Av. Cóndell, 30
1927

INTRODUCCIÓN

He recogido de mi diario, los apuntes principales de mi paso por la sierra y por la pampa ariqueña y los he ordenado como mejor he podido, anotando ligeramente las costumbres, el idioma, la vida pastoril de esa gente serrana que nos pertenece, y con la cual estamos unidos con tantos vínculos. Rastros de una civilización milenaria se hallan a cada paso, como también los vestigios de otra raza superior que puso su planta dominadora, sojuzgando toda la región.

Las ceremonias indígenas citadas y los hábitos religiosos y sociales, que se narran en estas breves páginas, han sido observados de visu por el capellán cronista, que no tiene otra pretensión que dar a conocer un nuevo aspecto de la obra realizada por el Gobierno de Chile en estas regiones lejanas y desconocidas, y la labor silenciosa y oscura de los capellanes castrenses, enviados a laborar por Dios y por la Patria en esa tierra estéril.

JULIO T. RAMÍREZ O.



BELÉN

Belén es un humilde pueblecito de la sierra ariqueña, hacia el Oriente de Arica y distante unas treinta leguas.

Ahora cuenta sus doscientos habitantes, mas en pasadas épocas de esplendor, alcanzó seguramente el medio millar. Hoy vegeta escondido entre abruptas montañas, como inscrustado allí por una mano Omnipotente que quiso reunir, junto a un riachuelo de cristal, unas casitas blancas y limpias, rodeadas de vegetación con un magnífico clima y gente hospitalaria, de relativa cultura.

Su nombre oriental, bíblico, armoniza a maravilla con su placentero modo de ser: Belén "la ciudad del pan", la alba aldeíta cantada por el profeta Miqueas, donde el Cristo vino al mundo a traernos su mejor don, la paz.

Y en verdad, es la paz la cualidad dominante en todo él: están unidas las familias con íntimos vínculos de simpatía o de afecto o de sangre, y se reúnen bajo la autoridad moral de un jefe, una

especie de patriarca antiguo que los gobierna paternalmente.

He dicho que el clima es espléndido, y lo mantengo; el frío en invierno reconforta y tonifica, y en verano, suaves lluvias que descienden del cielo, en la época propicia, en los meses de Diciembre, Enero y Febrero, cubren la campiña y el monte con el tapiz de los pastizales, la grama, el trébol y la alfalfa.

En más de seis meses que he vivido en este pueblo, he podido darme cuenta cabal de su espíritu, de las cualidades dominantes, vicios y virtudes, de sus habitantes, y allí he pasado momentos felices e inolvidables, y también, horas amarguísimas de abandono y de sufrimiento.

Tuve un vuelco en el corazón cuando me comunicaron la orden de trasladarme a Belén, a mediados del mes de Julio; habituado estaba a las delicias de Capua, que, como la ciudad de la península italiana, es el clima temperado e ideal del invierno ariqueño.

¿Dónde estaba Belén? Sólo conocía de nombre y de fotografía el Belén de Judá, el histórico caserío anunciado por Miqueas y glorificado por el nacimiento del Cristo; del interior de la sierra tacneña no conocía nada absolutamente.

Vamos andando pues a Belén, a pagar deudas antiguas y a sumergirme vivo en las entrañas de

la sierra, como ermitaño de la edad moderna con mis libros y la pluma y hacer el mayor bien a la gente que iba a constituír mi primer rebaño de flamante pastor.

¡Qué mal me habían hablado de los indios aymaráes los oficiosos comentaristas y viajeros que tienen tanta agudeza para contar lo que pescan, después que pasan como el relámpago, se alojan en una posada y antes que amanezca salen a espeta perros, disparados como cohetes y luego disertan científicamente sobre la flora y fauna, historia y geología de la región, con suficiencia de maestros.

Para no incurrir en el defecto que censuro, estas líneas, repito, sólo tienen el carácter de ligeras impresiones para dar a conocer lo que he visto por mis ojos pecadores.

Hago gracia del viaje; porque fué largo y pesado: de Arica a Puquios, luego a Putre por la quebrada de Narancagua, donde el desterrado comienza a conocer lo que es bueno en materia de camino, pues en aquella época el desfiladero aquel en muchas partes daba vértigos.

De Puquios a Socoroma, Charpiquiña, Pachama y por fin los portales de Belén, la ínclita ciudad que bien podía tener el título de insigne y ser la capital de toda la sierra.

La comitiva que acompañaba al capellán en su entrada era corta, pero en cambio escogida; un

guerrero, teniente del sin par regimiento de Carabineros del interior; dos ordenanzas, el oficial civil de Putre, don Clodomiro Ponce, un valiente indígena, Cutipa, que me había ido a buscar llevando a la zaga un potrillo serrano que iba a conducir mis huesos a su destino.

Ya la tarde iba de caída, cuando los pastores llevaban los rebaños al corral por los senderos de la montaña, y las zagalas indias gritaban con sus gritos agrios a las cabras que se apartaban de los senderos, y la sombra de la montaña crecía rápidamente, llegábamos a Charpiquiña. Era tal nuestra fatiga y sed que admitimos, sin hacer un gesto un brebaje sucio en un vaso de cuerno que un indiecillo nos brindó y que según me aseguraron, era chicha de jora y yo habría jurado que era salmuera con mugre.

Ya en plena noche nos detuvimos a media legua del pueblo, donde nos hacían señas unas lucecillas rojas: allí el militar disparó su revólver para anunciar nuestro arribo, que ésa era la señal convenida.

En medio de las espesas sombras que nos rodean, avanzamos: otras sombras más teñidas discurren por entre las piedras del río, que no vemos, sino que sentimos; de repente gritos de saludos, disparos de camaretas.

Las sombras se animan y palmotean y gritan, rodeando al jinete que viene, somnámbulo, de cansado.

Apenas nos hemos apeado del caballo frente a la casa del principal magnate del pueblo, don Alejandro Alvarez y se acercan las autoridades: el juez, un caballero calvo y solemne; el oficial del Registro Civil, el inspector del distrito, y las matronas más distinguidas, los vecinos caracterizados, don Lorenzo Alanoca, don Arturo Astigueta, don Marcelino Santos, don David Pacci, Don José Zegarra, don Tiburcio Santos, el chantre don Félix Choque, las matronas de la crema de la sociedad: doña Sara Santos de Alvarez, doña Rosa León de Zegarra, doña Faustina Astigueta de Alanoca, y otras más que nos recordamos, mientras que las campanas se desbadajan repicando y las camaretas y los vivas y los abrazos nos confunden y atortolan tanto, que estamos tentados de creernos personajes de cuenta, ya que producimos tal alboroto; yo al menos, estoy a punto de hincharme como la rana de la fábula, si no fuera por los machucones.

Por suerte, nos hacen notar delicadamente que no es al fulano a quien honra sino al tata, al cura, al capellán, de quien han estado privados desde luengos años, quince lo menos, y mientras preparan la carbonada y las criadas se afanan de aquí para allá, porque habían comido, un señor flaco, desgarbado, viejón, nos arrincona y sin tener en cuenta nuestro lamentable estado de debilidad, nos decerraja un monumental discurso llamándonos

"salvador de la humanidad", "evangélico" autoritario, y otras lindezas, hasta que algún compasivo lo atrapa y se lo lleva a dormir, porque ya la cosa iba pasando de castaño oscuro.

Me habían asignado para mi cuarto dormitorio la oficina del subdelegado ausente, pero felizmente la indiecilla a quien mandaron baldearla, creyó que el capellán era anfibio y dejó flotando, el catre en medio y cuando fuí a buscar una embarcación para transladarme al lugar de mi reposo se compadecieron de mí y me dieron el comedor de la casa con una buena voluntad admirable.

Apenas terminó el breve yantar, comenzaron de nuevo a llegar visitas y más visitas, a algunas las veía en sueños, muy distantes y las oía como si hablaran desde un sitio remoto; por suerte parecían no darse cuenta de la descortesía, porque cabeceando daba signos de aprobación a todas las cosas que me iban refiriendo.

El pueblo tiene hasta cuatro callejas y unas sesenta casas, muchas de ellas con el techo de zinc y con piezas entabladas. Cuenta con dos capillas, una la de la Virgen Candelaria, está en estado ruinoso.

Está rodeado de altas montañas, cubiertas de vegetación, lo cruza un simpático riachuelo de aguas clarísimas y de buen sabor; ya se quisieran los orgullosos ariqueños y los engreídos tacneños un agua potable de esta clase.

El súbdelegado ha hecho pintar las casas de blanco, por eso todo el caserío se asemeja a una bandada de palomas que hubieran bajado a beber al río, y aunque sea vieja la comparación, no hay otra que mejor le cuadre; pues hay en esas casas esa sencillez de corazón, esa clara ingenuidad, esa trasparencia de los que no se han contaminado con el aire putrefacto y turbio de las ciudades, que no sólo ennegrece la atmósfera física, sino que es peor, llena de miasmas y de llagas las almas.

Al día siguiente de mañana, voy a la capilla principal.

Como todas las del interior es muy modesta, con una torre separada que guarda las campanas.

Durante dos años se compromete un vecino a cuidar del servicio del culto. Tiene el título de mayordomo, guarda los ornamentos, toca las campanas, en una palabra, sirve de sacristán mayor; en cambio, tiene todos los honores y prerrogativas de su cargo y campo de siembra para ayudarse. Por ahora está Sebastián Cutipa, casado con Andrea: ella es una criolla varonil, bronceada, de un hermoso color moreno, ama a su marido y a su iglesita, compartiendo sus afanes entre sus dos amores, trabaja su campo como un labrador aguerrido y si es menester cabalga a horcajadas su yegua blanca, y galopa por la sierra con los arrestos belicosos de las amazonas de la leyenda.

En el retablo de madera de la capilla pintado de azul, hay legiones de imágenes: San Pedro, San Jerónimo, el Niño, San Francisco, pero por sobre todos domina el apóstol Santiago, el Patrono, que sujeta con riquísimas bridas de plata los bríos de su corcel de guerra.

En el fondo, en una hornacina cavada en el muro, sonríe la Madre de Dios con su cabellera ornada por el pelo natural de alguna devota, que lo ofreció para obtener alguna gracia; es ella la Virgen de Merced a quien aman con amor entrañable y ante cuya imagen arden en las festividades cirios y lamparillas de aceite.

Hay en el coro un órgano primitivo, con una serie de tubos de estaño sujetos con alambres, que suenan recio comunicados por un fuelle movido a pedal, instrumento antediluviano que ha debido acompañar por generaciones y generaciones los rudos cánticos de aquella gente.

Pero el altar da compasión, está descascarado, le han sacado las planchas de plata que lo cubrían para venderlas en tiempo de escasez y comprar el zinc para el techo, lo demás, de la chafalonía se ha perdido o se la han robado sacrílegas manos.

Como el Belén de la Historia, éste es un pueblo de pastores y de labradores; en las faldas de la montañas hay breves praderas donde los rebaños se encaraman, y por el norte y por el oriente,

campos más extensos donde el maíz y las papas crecen en abundancia.

En laderas casi verticales, donde el agua ha tenido que hacer un esfuerzo prodigioso para subir, o dar un gran rodeo, siembran arvejas y se cultivan las hortalizas, según métodos primitivos, repartiéndose el agua, como buenos hermanos, por horas y días, y estableciendo sus jueces y sus regadores, con fallo inapelable, para dilucidar sus divergencias.

Mientras los chicuelos van a pastorear sus rebañitos de ovejas y cabras, pasando las horas muertas vigilando que no pasen las lindes señaladas y no hagan perjuicio al vecino, los padres y los varones fornidos, las mozas van a preparar la tierra con sus azadas al hombro; sólo quedan en el pueblo las mujeres que crían, los cuantos chicos que van a la escuela y los dos comerciantes que se dividen la plaza, el árabe Salomón Manzul, y Pedro Pérez.

Durante el día dormitan caballos y burros en los corralones de piedra, contiguos a la casa; salen a los potreros a la oración cuando vuelven los rebaños al corral.

Viven allí tarratenientes de relativa riqueza que han heredado sus bienes de sus mayores o lo han ido acrecentando con su trabajo o con negocios no muy limpios, pero la mayoría de las tierras son de

la comunidad. Pertenecen a todos y antes de comenzar la siembras, en una solemne reunión presidida por la autoridad y a veces por el cura, se reparten los campos dando la preferencia a las viudas y a las madres cargadas de familia; en estas solemnes reuniones se arreglan los turnos del agua y cada cual expone sus quejas y somete su opinión al fallo de la comunidad.

Es éste un comunismo parcial, originalísimo, que tiene otras características en caseríos indígenas que se hallan aislados de todo comercio con la civilización.

Me han trasladado a una pieza separada, en la misma casa, en una esquina central, frente al despacho o pulpería, que es como el Club de la Unión, donde se reúne lo más granado de la sociedad masculina.

Cuando quedo solo en mi cuarto en medio de gente, buena en verdad, pero extraña, de otra raza, de otra cultura, un desaliento grande me llena el alma; viene entonces la reflexión espiritual, la filosofía, el consuelo de que toda obra de algún valor ha menester cruento sacrificio para que sea eficaz.

La voluntad nuestra, tan mísera, tan apegada a la rutina, tan carnal, que todo lo ha de ver bajo el prisma de las conveniencias materiales, que se revela como una fuerza poderosa contra lo supremo,

la divina Voluntad que dispone los acontecimientos, así de los pueblos como de los hombres. Es Ella la que ha ordenado lo que acontece, la que me empujó por estos caminos, no soñados, tal vez espera de mí que me deje conducir dócilmente, que predique a Cristo a esta gente que apenas lo conoce de nombre, que muestre los horizontes amplísimos de su doctrina consoladora, que hable en su nombre a los niños que van creciendo, como simples animales domésticos, que santifique las uniones ilegítimas, hechas a espaldas de la ley, de la divina y de la humana, y siembre día y noche, siembre sin mirar a dónde, siembre con esas ansias inextinguibles que encendían el alma al divino Sembrador a quien represento.

Luego viene una estrofa de Cardonel, el poeta sacerdote, poeta hondísimo, cuya vida y obra he traído a estas soledades para que me hablen claro y hondo cuando con él platique. Dice el poeta del sacerdote:

«Il s' en ira semant la parole celeste
El pour dire le verbe au temps qui vont venir;
Harmonieusement il mêlera le geste
D' accorder le cytare au geste de bénir».

"Y caminará sembrando la palabra celeste para decir el verbo a los tiempos que van a venir, y ar-

moniosamente unirá el ademán de templar su cítara con el ademán de bendecir."

Por eso esta noche de invierno, helada y clarísima, noche constelada de estrellas, con mi puerta que da a la calleja, abierta de par en par, he pedido al Señor que me conceda poder seguir al sembrador, echar al surco la palabra de vida y armonizar mi pobre alma con el ambiente, y así que las bendiciones que he de dar a este pueblo armonicen con los sentimientos íntimos de mi alma.

I
LA FIESTA PATRONAL

El capellán había llegado como caído de las estrellas, tan a tiempo para presidir las solemnidades del santo Patrono, el Apóstol Santiago.

Hacía buenos años que, por falta de preste, la fiesta resultaba muy triste: su esencia consistía en una embriaguez general, sin diques posibles, y el pueblo todo, así magnates como plebe, echaban de menos la ceremonia religiosa.

Los morenos, dirigidos por el súbdito boliviano N. N. se han levantado con sus instrumentos agresivos las zampoñas y los tambores que nos atormentarán durante los días de fiesta.

Como el capellán es el personaje flamante y del día, me vienen a dar la serenata a la puerta con

frenético entusiasmo y para granjearse mi buena voluntad sabiendo mis sentimientos, imitan la Canción Nacional.

El caporal lleva el compás con la cabeza, con el cuerpo, con sus ojos bizcos, con sus largos brazos; es una especie de aparato musical y armónico, constituyendo su zampoña una simple prolongación de su ser; es el director de orquesta y a falta de batuta todo su cuerpo es una enorme batuta, sonante, que marca los compases y recalca los calderones inclinando el busto con enérgico ademán.

Dos palabras del festejado celebrando las aptitudes filarmónicas de los morenos y un aplauso al homenaje a la Virgen que preparan, y luego un manoteo general.

Nueva presentación de personajes del pueblo; el patriarca don Marcelino Santos, hacendado rico, que ha acumulado a fuerza de paciencia y de ahorro gran caudal, que posee los mejores campos de cultivo, un rebaño lozano de ovejas y caballos y vacas, se presenta con su esposa doña Fernanda, honorable matrona que acompaña y secunda al patriarca, con su cortesía y buen juicio; no tienen familia pero en cambio cuentan con un sobrinaje bizarro que heredará la saneada hacienda; don Teodoro Zegarra, inteligente caudillo de fortuna que la inició y completó en tiempos memorables de un señor subdelegado García que ha dejado en el

pueblo buena fama; Teodoro Zegarra es baldado, una especie de parálisis de los miembros, le clavó en el lecho y él, como no era surdo, se dió a estudiar el Código y, con tal paciencia y fortuna, que ha sido uno de los más doctos en recursos abogadiles y tinterillescos; por eso con razón me decían que tenía a todo el pueblo en un puño. ¡Pobre del que pusiera algún obstáculo a su voluntad! Le acompaña su hermano Benjamín, honrado a carta cabal y de una rectitud de conciencia, que lo hace figurar como uno de los hombres más probos del pueblo. Ambos sostienen a su anciana madre doña María Camacho, con ternura y dedicación ejemplar, y ella bien lo merece; es una ancianita azapeña que sonríe apesar de sus males y se consuela enseñando a leer a sus nietos, vivarachos como ardillas.

Don Lorenzo Alanoca con su esposa doña Faustina Astigueta; él, taciturno y reflexivo, de semblante franco, sereno; bajo su ralo bigotillo asoman, como un blanco destello, sus dientes; ella, frondosa, alegre y charladora, es el contraste violento, como aquel matrimonio de que nos habla el Padre Coloma: **La Pascua Florida y el Cuarto ayunar.**

Don Emilio, su hermano, cazurro como un culpeo, observa y mira por bajuco y tiene más fondos y recovecos que las rocas de la Lisera; don Jacinto Alanoca, padre de don Lorenzo, un vetera-

no con agallas de alvacora que vive tan dichoso como un Sultán en su rincón de Yactire, y desde allí, se ríe de la humanidad entera cultivando sus papales y su maíz y en las grandes festividades suele lucir el estandarte de los alféreces de la fiesta.

Don Arturo Astigueta, tan peruano como Bolognesi, tal vez el único de todo el lugar, anida en su garganta una legión de catarros y así ronco y todo, es la estampa fiel del Gobernador de la Insula Barataria.

Así voy conociendo a los grandes hombres del pueblo, con sus virtudes y sus defectillos. Todos me saludan cordialmente y me invitan a sus hogares y se manifiestan felices y en la gran mayoría, veo sinceridad y honradez en las palabras.

En la tarde va de nuevo la banda a buscarme y, con los personajes y autoridades vamos a la iglesia donde va a tener lugar la investidura del patrono, que es ceremonia de ritual.

Bajan al Santo de su pedestal y lo colocan sobre un tapiz, en medio de la iglesia, luego lo apean del caballo y después de quitarle sus vestidos de diario la encargada desde tiempo inmemorial, doña Manuela León, trae las galas, envueltas en una gran tela de brocado, y comienza el acto de engalanarlo. Ensillan el blanco caballo con silla, rienda, y estribos de plata, ponen sobre la frente rico chupallón argénteo, manto de seda escarlata, bor-

dado, jubón de terciopelo y en su diestra la fulmínea espada que esgrimió en los combates y, como el clima de la sierra es frío, rodean su cuello con una bufanda de lana vicuña.

Luego lo llevan procesionalmente a su trono, rodeado de luces y flores. En la noche, procesión con antorchas, con soberbias andas del Santo y de la Sma. Virgen, presidida por las autoridades civiles y religiosas.

Vísperas cantadas en la noche. Con un viejo misal antediluviano, sale cojeando el chantre Félix Choque, indio veterano, bueno como el pan, servicial, simpático, pero que en cambio tiene una voz cascada y desapacible, como si golpearan con piedras tarros de lata.

Ejerce su profesión de chantre, desde tiempo remoto, cuando era mozallón y ya tiene sus sesenta años cantores. Suple su desentono con una ardiente fe conmovedora. Aquel esmirriado hombrecillo siente todo su ser sacudido por el soplo sobrenatural y cuando entona sus endechas a María, tristes cantares inventados por él mismo, se transfigura.

La ausencia del incensario para el **Magnificat** no es lamentable, el mayordomo Cutipa arregla con un braserillo y unos alambres el incensario más barato y práctico.

Los alféreces del año están en primera fila, arrodillados frente al comulgatorio, se les dice el Evan-

gelio e inciensa y ellos, al levantarse, tiran colaciones, esas pequeñas pastillas, delicias de los colegiales.

Los vecinos han llevado a la iglesia las imágenes familiares que guardan en sus casas, santos de todos tamaños, el san Jerónimo de hermosa barba florida, la Virgen de Mercedes, la Virgen del Carmen, el Niño, San Antonio, etc., etc. Las repisas y nichos se pueblan de imágenes, algunas de una fealdad suprema.

Estos artistas primitivos que han pasado por estos pueblos de la sierra, se complacían en revestir a sus imágenes de un aire ceñudo y terrible, ponían en los ojos una hosca severidad y alargaban las narices o las aplastaban con crueldad extraña. Hay venerables apóstoles, confesores que inspiran terror y sin embargo, los devotos los miran con ternura sin ejemplo. Aquellas imágenes que han visto al nacer, que han presidido los grandes días, siendo testigos de tantas lágrimas, llegan a formar parte de su familia; de aquí que en mucha de esta gente, la imagen misma cobre una importancia capital y ella reciba el homenaje cuotidiano de oraciones y de luminarias.

Los indios de la sierra boliviana, que se aquerencian en esta provincia, y en ella forman su hogar, tienen espíritu religioso que resiste las más duras pruebas; todos los actos de la vida llevan el

sello de la piedad profunda, rezan con un fervor envidiable; cuando se arrodillan ante la imagen venerada, se abstraen totalmente del mundo exterior y le hablan a gritos, le cuentan sus oscuras penas, le lloran a sollozos, a veces la amenazan con ternura familiar o la miman mezclando palabras de su idioma aymará, expresivo y lapidario, y terminan la plegaria quedando arrobados, con la vista fija, en un mundo cuyas fronteras comienzan con la muerte.

El respeto al sacerdote es tan profundo, tan real, que uno siente con mayor claridad la grandeza de su ministerio y la indignidad con que lo sirve.

Le hablan con voz sumisa, con la vista baja, escuchan con infantil docilidad sus palabras, y son capaces de dejarse matar si él se los pide. Basta oírle decir el título con que lo nombran **"Tatay"**, que quiere decir **"Padre mío"**; lo pronuncian con unción verdadera como un nombre sagrado.

Al día siguiente, el gran día del Santo, nos despiertan los disparos de las camaretas y petardos y los vibrantes sones de la compañía de morenos que recorren la población anunciando el acontecimiento.

Misa solemne; el pobre altar arde con todo el lujo de sus luminarias, unos modestos candelabros de madera que han sido revestidos de ramas verdes y enguirnaldados con flores: una neblina de

incienso llena el presbiterio; mientras llega la gente, todos con sus trajes domingueros, las damas de sutil velo blanco y los varones con el concho del baúl a cuestas.

La alférez, de vestido blanco, y tan adornado de flecos y ramas como uno de los candelabros del altar, y él, su esposo, empuña con majestad el estandarte rojo de su cargo.

El coro se ha aumentado, uno de los Zegarras de menguada voz, pero en cambio de voluntad de oro, se junta al incomparable Choque que ha acumulado los catarros mejores de su garganta de latón, en tanto el capellán hace milagros con tal coro, sacando a luz, de las profundidades de sus gastados bronquios el tono peregrino del canto gregoriano, como quien dice todas las galas de sus arcas.

Hay sermón patriótico religioso; el Apóstol de las Españas, el patrono principal de la nación, que ha dado el nombre a la capital, debe ser honrado en aquel último rincón de Chile con la misma fe, con el mismo entusiasmo que en toda la República.

En su gran mayoría aquella gente se siente orgullosa de la patria, y del pabellón que los cobija y, aún cuando se adivinan excepciones, éstas son muy escasas y tales, que no vale la pena tomarlas en cuenta: por eso las palabras del oficiante son bien recibidas y cuando la ceremonia termina, son favorablemente comentadas.

II

ÇORRIDA DE GALLOS

Después del ágape tradicional con que el alférez nos brinda y en que no se echa de menos nada de los suculentos guisos de la región y el rojizo picante que hace llorar y la cazuela con el clásico palillo que le da un color dorado, no muy apetecible, el programa sigue su curso.

En el local vecino, una plazoleta gentil que da a la iglesia, se apresta la cabalgata de gala que va a lucir sus proezas en la corrida del gallo, fiesta típica de la sierra.

Enjaezados los corceles con arreos brillantes, enfloradas las amazonas, y los diestros jinetes con sus mejores trapos, reciben la coca que está preparada y al mascarla se pronuncian las frases de ritual, es el augurio de buen éxito: ¡Qué sea en buena hora!

En alto va el abanderado con su estandarte, jinete en una yegua crinuda, de gentil estampa, le siguen las damas encopetadas del pueblo, muchas a horcajadas.

En el centro de la jubilosa comtiva van las damas belenitas hechas unas princesas orientales, en sus pequeñas jacas criollas que bracean con donaire, como envanecidas de su carga.

Allá va una con finísimos adornos, lliglia multicolor, albo sombrero de alas gachas, con franja de velludo, pañolilllo escarlata, y la falda azul como banderola flameante.

Bajo las crines ondulantes rebrillan los ojos de corcel árabe soberbio; cabeza; pequeña con las orejas altas, tendidas al menor ruido, ágiles y finos los remos y grupa redonda de donde arranca la cola esponjada como la cimera de un casco de combate.

Y qué arreo, espejando al sol las hebillas y el riendal y el albardón tejido de lo fino y un pretal encintado y qué braceos y qué aspirar el aire, bebiéndoselo a grandes huelgos y cómo se estremecen los músculos bajo la charolada piel azabache.

Con lento galope de gala dan una vuelta por las calles principales.

Frente a la torre alzan un madero de unos veinte metros y cuelgan una cuerda cuyo extremo sostienen el mantenedor del torneo; de la cuerda pende un gallo muerto.

Las amazonas que han acompañado a los campeones de la lid, se colocan en semi-círculo y en la colina y una especie de anfiteatro se apostan los curiosos, los invitados, las familias, las autoridades y el soberano pueblo.

¿No era esto una reminiscencia lejana y vaga, pero muy simpática de los torneos medioevales, cuando rompían lanzas por su Dios y por su dama esos caballeros tan bizarros como quijotescos que

al son de las trompetas de un heraldo se suministraban con gallardía palizas y garrotazos y caían bajo los cascos de sus corceles enfundados, en gualdrapas, sobándose los machucones y peladuras ante el brillante concurso de señores y cortesanos, matronas y nobles, que celebraban sonrientes los golpes y las victorias de los más audaces?

Para las festividades del Patrono guerrero, era natural añadir un simulacro de combate, aunque el rival no fuera sino un infeliz gallo muerto.

Listos los campeones, da la señal el heraldo de armas con una matraca o con un tarro y el afortunado caballero, algún indio aniñado, dispara a todo correr para coger el gallo con su diestra, mientras el mantenedor levanta la cuerda y lo burla muy donosamente, con grandes risas y vocería de la plebe que azuza a los más torpes, celebra la destreza de los más diestros, y grita y patea y pone motes y arma un barullo de mil demonios, como todas las plebes del mundo en tales casos.

Hasta ocho eran los campeones que se disputaban el volátil, pero creo más bien que el honor y la fama, aquella **"clara notitia cum laude"** de que nos habla el filósofo, porque desde antaño el gallo es duro de pelar y de coser y no es cosa de romperse los cascos por atrapar tan flaco premio.

El primero fué un mozalbete boliviano, moreno subido, caballero en un pingo zaino, flaco como

esqueleto; de él podía decirse lo de la copla: "Era negro el corcel, negro el arreo, negra tambien las relucientes armas" y para completar su negrura fué tambien negra su suerte, pues aquel proyecto de animal tropezó en un terrón y tiró al desdichado por las orejas, por suerte sin romperle ningún hueso.

Un flaco caballero de la región, en un chuncho, uno de esos caballitos cuartagos de triste apariencia, hizo un lucido juego, dió botes y rebotes y paró en seco al animal, llevándose grandes ovaciones de la multitud, pero no el gallo que era lo que más apetecía, a juzgar por su esmirriado especto.

La gente se divertía a pasto, llamaba a los campeones por sus sobrenombres: **"No le aflojes, pichuncho"**, le decían a un muchachote fornido que tenía arresto de sobra pero cuyo caballejo patizambo apenas se sostenía en sus patas.

Tres de los valientes lidiadores midieron el suelo con sus cuerpos; uno, el que mas prometía, estaba saturado con los vapores del alcohol y recorrió con la cabeza abajo varios metros, dejando un surco en la tierra, lo que denotaba o la blandura de la tierra o la dureza de su cráneo amelonado.

Un carabinero de talla jigantesca fué el penúltimo: Era hermoso prototipo de la raza araucana, parecía un príncipe ante los monigotes que le habían disputado el triunfo.

En una yegua baya, de carrera, hizo proezas de centauro, la manejaba con las piernas con habilidad y pericia consumada; a la segunda embestida atrapó al gallo y salió a todo correr, porque era la gracia, para ganar, dar una vuelta por todo el pueblo asaltado por sus rivales que pretendían arrancarle la presa, aunque fuera despresada.

En medio de la general expectación, como el relámpago que aparece y reaparece en el horizonte, salió, y a los cuantos minutos, distanciado de sus rivales, hizo su triunfal entrada llevando en alto, junto con la fusta, el cuello ensangrentado del bípedo.

Fué aplaudido con delirio y una de las damas, que hacía como de reina de la fiesta, un vástago de la estirpe de Alanoca, Celia, lo coronó con el sauce de la victoria, sirviéndole una copa rebosante del elixir codpeño: "Y la más hermosa corona al más fuerte de los vencedores".

III

EL CIRCO

Después de la fiesta tradicional, hubo juegos deportivos, carreras de ensacados, saltos, campeonatos de fútbol, todo un programa de pueblo sureño en las fiestas patrias.

En la noche procesión solemnísima, siendo su mayor lujo el recorrido de todo el pueblo, los cantos, las andas de la Virgen de la Candelaria de la vecina capilla que asistía, según el decir del mayordomo, como invitada.

En la noche una tertulia en casa de uno de los alféreces, con asistencia de las autoridades.

El juez, que se había puesto cuello limpio, como el mismo repetía, para contribuír a la pompa de aquel convite, bailó al son de la guitarra las primeras cuecas.

A pesar de la solemnidad de su aspecto, el juez era de una jovialidad contagiosa, ejercía influjo grande en sus súbditos desde el alto escabel de su tribunal; pero cuando quería descender a la arena, cambiaba como por arte de encantamiento: su mayor goce consistía en divertir a la gente con mímica graciosa y cuando se le calentaban los cascos, aquel anhelo se convertía en locura.

Era espectáculo intraducible, que hacía llorar de risa, cuando tomaba una guitarra y con toda su gravedad de magistrado y su reluciente calva de estadista, hacía arrumacos y dengues y con los ojos en blanco remedaba una canción que en la altiplanicie había oído de labios de una chola:

No me mates con cochillo
Mátame con tejerás,
Que de un solo rasguñando
Dos heridas me hacerás
Y yo morirás, yo morirás.

A una de las más pulidas y formales damas de la asistencia, que parecía ajena a todo lo que acontecía a su alrededor, se le sentó al lado proponiéndose hacerle reír: hizo muecas, grito, aulló, dijo chistes malos, le murmuró insulsos piropos, y nada, ella permanecía hermética, hasta que por fin imitó los gestos grotescos de un mono que se busca una pulga, y la criolla no pudo resistir, riendo a carcajadas, coreada por los circunstantes.

En honor de los huéspedes bailan el "Huanu" el baile nacional de Bolivia. Es solemne y triste, con figuras complejas y saludos y vueltas, venias y recitaciones, semeja un baile sagrado de la India, con movimientos ondulantes de serpiente y una cadencia monótona que guarda armonía con el temperamento racial de los indios del altiplano.

No hay como la alegría efervescente de la cueca chilena que estalla con el tamboreo y los gritos, y los palmetazos, y los repiqueteos, y esa vocería estrepitosa de los que acompañan al cantor, mientras la pareja se despercude, llevando el compás con destreza en un formidable zapateo.

Mientras nuevas parejas salen al medio, y la fiesta sigue su curso con júbilo redoblado, nos deslizamos cautelosamente hacia nuestro amable retiro que espera.

Acaba de llegar del interior, una compañía de circo ambulante, compuesta de tres curiosos personajes: el empresario y clown Loyola, su hijo, un muchachito de once años que hace contorsiones y salta como un cabritillo, y el ayudante, un ruin mozallón, crespo y fornido que discurre como una ostra.

Han puesto su carpa al lado de la Escuela y se aprestan para la función de gala, el 28 de Julio, día de fiestas patrias, en que Chile va a celebrar la libertad que dió a su vecina y ahora rival, la república del Perú.

Él es mestizo, hijo de español y de chilena, quijote y aventurero, ha recorrido con su farándula todo Chile y medio América, palmo a palmo. Con su nariz corva de pico de águila, sus ojos avizores que se esconden detrás de la zarza de sus cejas, su cara totalmente rasurada, da la impresión de un viejo cómico.

Su chicuelo regalón es flacucho y delicado, listo y ágil como un tití.

Cuenta su historia fantástica de aventuras de bohemio, de lucha incensante por el pan.

En poblachos indígenas hacía de médico, de mago, de sacristán, magnetizaba, vendía remedios con ensalmos y los indios poco a poco se le iban acercando, alentados por su semblante que, cuando quiere, toma un sello de bondad y de dulzura encantadora.

Sus artes son infinitas: cuando tiene tiempo hace de papel flores de artificio y guirnaldas, entiende de música y en Calama fué maestro de la banda municipal; toca la guitarra y canta tonadas sentimentales, ayuda misa y la canta cuando se le pide, sacando a luz unos registros de barítono desorbitado, que no hay más que oír; luego repica como diestro campanero. ¿Qué más? ¡Si ese maestro Loyola es un estuche!

Recorre a pie toda la sierra, como el judío errante, y donde hay gentío levanta su tienda y se viste su chupa de viejo payaso, se enharina el semblante, con un corcho dibuja las arrugas que finjen carcajadas, y salta a la calle, tocando la corneta, mientras va danzando la tragicómica cueca del payaso, que tiene sus barruntos socialistas:

¡Ay que mancha la pobreza!
¡Ay que cosa tan fatal!

¡Cuántas veces después de recorrer leguas y leguas con sus "monos" a cuesta, por caminos de cabras, se encontraba con que la indiada andaba pastoreando, o no hallaba local o se le emborrachaba el tony ayudante, ¡o le fallaba el cariñoso y respetable público!

Lo he visto después de uno de esos sonados fracasos, aplastado por el cansancio físico, hambriento, enfermo, pero con su ánimo entero, dispuesto a comenzar de nuevo, a reír lanzando sus manoseados chistes como si su espíritu tuviera una coraza de bronce que lo hiciera insensible a la buena o a la mala fortuna.

IV

LA MISA

En plena plaza se ha erigido el altar que va a conmemorar la independencia peruana y la acción chilena. Asiste todo el pueblo encabezado por el insignificante grupo de los que aún pretenden el dictatorial gobierno del Rimac; los más preclaros vecinos, comenzando por el incomparable Alvarez, Alanoca, los hermanos Pérez, los Zegarras, todos manifiestan a grito herido y con una sinceridad a toda prueba, su simpatía por Chile, a quien deben el grado de prosperidad en que se hallan.

El capellán, en el momento del Evangelio, les refiere la expedición libertadora que salió de Chile con soldados chilenos, con dinero chileno, a arrancarles de la servidumbre, y recuerda al genial guerrero argentino San Martín que mandaba aquella expedición de titanes que iban a clavar en pleno corazón de América del Sur la oriflama de la libertad.

Canta el capellán el bello himno latino al apóstol:

"Defensor almae Hispaniae".

El cantor Choque entona a todo pulmón el hermoso himno a la Virgen:

María, todo es María,
María todo es por Vos;
Toda la noche y el día
Se me va en pensar en Vos.

Toda Vos resplandecéis
Con soberano arrebol
Y vuestra casa en el sol
Dice David que teneís.

Vuestro zapato es la luna,
Vuestra vestidura el sol,
Manto bordado de estrellas,
Por corona el mismo Dios.

Estos laquitas o músicos, que tan importante papel desempeñan en las festividades religiosas de los pueblos indígenas, tienen su origen nada menos

que en la Madre Patria y se conservan tradicionalmente con el mismo organismo con que nacieron a la vida.

Se ligan con un compromiso formal bajo de la vara vengadora del caporal o jefe que, cuando es enérgico y de malas pulgas, los vapulea con entusiasmo y ellos no chistan, so pena de empeorar la situación y hacer que redoblen los golpes el chubasco.

Hacen sus ensayos con muchos meses de anticipación a la fiesta, en algún galpón olvidado; se traen una imagen de María, le colocan sus velas y ante ella entonan sus cantares con el desentono y los gritos que el caporal les tolera; que cuando el cuitado tiene mal oído aquella música se convierte en el concierto que han de tocar en los palacios del Averno.

Nada menos que en el siglo dieciséis, en viejas y polvorientas crónicas hallamos rastros de estos tocadores y danzarines y musicantes que servían como instrumentos públicos a la autoridad para sus fiestas y corridas o en último caso para meter susto a los súbditos supersticiosos.

He aquí una descripción que trae el maestro Gil González y Dávila:

"Son los danzantes y músicos indios con máscaras vestidos a la usanza antigua española, con ropones de razos y brocatos guarnecidos de pasama-

nería de plata, rapasejos y franjas y a las veces con sobrepuestos de plata de realce, bellotas y alamares y ese ropaje llamado librea.

Llevan también gorra con plumaje o torreones de plata, botas cuajadas de cascabeles y a veces un bastón en la mano.

Continuamente van danzando al son de tambor con que le sigue otro, haciendo a cada dos golpes acelerados una breve pausa o compás y tocando al mismo tiempo una flauta delgada de caña cuyo triste eco atraviesa las entrañas".

Aunque el moreno o laquita o musicante de la sierra no tiene la riqueza de atavíos de sus antecesores, lleva sus faldellines de terciopelo y sus chupas con bordados de plata y gorros florentinos con plumajes y airones dignos de figurar en el tocado de una elegante de pueblo y los más desengañados de semblante usan sus máscaras de carnaval.

Con mejor memoria que los hijos del Rimac, los belenitas se sienten gratos hacia su patria adoptiva, que consideran hoy como la suya propia y cuando se presenta la ocasión y también cuando no se presenta, hablan con satisfacción y hasta con orgullo de la bandera chilena y de sus glorias.

Cuanto a los demás, a los labradores, a los indígenas, para ellos el sentimiento de la patria es indefinido, sólo tienen cariño al pedazo de suelo donde han nacido, a la pampa estéril que conocen

palmo a palmo, a su choza de barro donde han hallado albergue para los rigores del invierno.

Aman con pasión su pobre choza, la capilla que encierra sus imágenes familiares, porque ellas constituyen su familia celestial; sus campos fecundados por el arduo trabajo cuotidiano, el rebaño de llamas, y nada les importa un gobierno lejano que tantas veces significa para ellos la cifra de todos los abusos y tiranías.

Sin ánimo de censurar un hecho, por otra parte muy americano, el gobierno del Rimac jamás tomó en cuenta, por supuesto antes de la guerra, esta región estéril donde la vida es difícil y la población está diseminada en larga extensión casi imposible de recorrer; vivían en abandono lastimoso, sin escuelas, ni médicos; apenas con un auxilio religioso que dejaba muchísimo que desear.

Los más ancianos, los que han vivido apegados al terruño, con fuertes raíces, en sus ratos de expansión tienen amargas quejas contra una patria ficticia y cuentan anécdotas y casos que dejan adivinar la hondura del mal.

Una demostración palpable de lo que voy narrando es la indiferencia con que miraron la pasada guerra: de esta región no fué ningún hombre en estado de cargas armas. Cuando pasaban las patrullas recogiendo a los servidores, el pueblo estaba en "silencio", hasta las mujeres desaparecían como

por encanto y eso que la mujer peruana es de ardoroso e intransigente patriotismo o mejor dicho patriotería.

A medio día se verificó el banquete oficial que los vecinos daban a las autoridades; hubo una compostura y orden admirables, se brindó repetidas veces por la solución próxima del problema: el Presidente de Chile fué vivado con entusiasmo, lo mismo el Obispo.

Como sello de la fiesta habló el capellán, demostrando que ya la solución estaba resuelta en esa brillante reunión de los elementos más representativos del pueblo, uniéndose en abrazo fraternal, bajo el pabellón chileno, todos los habitantes de la provincia.

El tricolor luce en la solapa del anfitrión, el imponderable don Alejandro, quien, después de los postres, se pone sentimental. En tiempos ya perdidos tras la bruma, perteneció al Ejército y por causa de accidentes sobre los cuales él ha echado el velo del olvido, tuvo que salir de mala manera, por eso puede repetir con el Escipión africano: "Ingrata patria, no poseerás mis huesos".

A las nueve la función de gala, anunciada por Loyola.

Como es de tono en nuestro mundo social, llego un poco atrasado. Al atravesar las callejas silenciosas veo un bulto como de mujer y, acercándome,

me quito el sombrero dando las buenas noches; me responde un gruñido de mal humor; era nada menos que un mastín respetable que cuidaba la casa.

Loyola está de desgracia; la mitad de su compañía está enferma: unas tercianas han hecho presa del pobre niño y, ya vestido con sus galas de punto, bordadas de brillantes lentejuelas, tirita sobre un montón de sacos en las angustias de la fiebre. El pobre le cuida maternalmente y así, llorando le da la quinina, que le va a aliviar. Los gritos del público impaciente le sacan de sus afanes y como en la opereta, sale a reír y hacer cabriolas ahogando los sollozos": "Ride, Pagliachi"

Por dicha, en los intervalos hay un magnífico suplente; uno de los personajes hace que la murga toque un baile y él, perdido ya el centro de gravedad, hace una cómica entrada, danzando una danza clásica y con un quiltro de la cola.

El público patea de alegría, se asusta el perro y volviéndose con rápido movimiento entierra los colmillos al danzarín, quien lanza un grito y con la mano ensangrentada desaparece por escotillón.

V

ESPIRITU RELIGIOSO

El espíritu religioso de este pueblo es profundo. Viéndolo en sus prácticas del culto, en las ceremonias, procesiones, uno piensa que aquí se verifica una vez más aquella clásica definición de hombre, animal religioso.

A pesar del abandono en que ha vivido, a pesar del ambiente hostil, de la vida afanosa y selvática que llevan, ese espíritu se mantiene en todo su empuje. La semilla evangélica que sembraron en sus rústicas almas los misioneros españoles se ha desarrollado y ha crecido, y todos sienten la presencia del Señor sobre sus cabezas, y llenan sus días con el pensamiento de una vida ultraterrena, donde han de recibir la recompensa de sus méritos.

Es verdad que la doctrina de Nuestro Señor está deformada, en parte, por supersticiones; que no le dan importancia a lo esencial, a la purificación interior, a los sacramentos fundamentales, a la Confesión, a la Eucaristía, al Matrimonio; que se imaginan que la vida religiosa se caracteriza y se distingue con puras exterioridades, pero también es verdad que en la mayor parte de las cosas, ellos no tienen la culpa.

Han pasado años de años sin ver siquiera a un sacerdote, y los pastores, cuyo recuerdo perdura en ellos, procuraban agradarlos, dando maravilloso realce a las ceremonias del culto, inaugurando las festividades religiosas con soberbias procesiones, con lujo de música, de atabales, de andas, de suntuosos ornamentos, y descuidando lastimosamente el cultivo espiritual, y de enseñar la bellísima doctrina de Jesús, tan fácil de ser comprendida, aun por las inteligencias más pobres.

No hay aldea, por miserable que sea, y por alejada que esté de todo centro, que no cuente con una capilla magnífica, dotada de los ornamentos principales, de altares e imágenes y con una riqueza de objetos sagrados de chafalonía que ha sido causa de la codicia de muchos trajinantes.

Hemos visto en iglesias pobrecitas, en medio de caseríos semiabandonados, un lujo estupendo en ornamentos, casullas de brocado, de oro de tejido riquísimos, capas pluviales repujadas, ornamentos que son guardados escrupulosamente por algún vecino de importancia, bajo un cuidadoso inventario.

A veces también el tal vecino, arrebatado por la tentación, se ha distraído con los bienes que guardaba, y desafiando al cielo y a la tierra. se ha hecho fuerte con lo ajeno. Pero el caso es develado a las autoridades y el individuo pierde el crédito para

siempre y heredando como un legado las maldiciones de todos los que han conocido su perfidia.

Así pasó en el pueblo de Belén con un incensario de plata que un hombrecito guardó para sí, por equivocación; el desprecio infamante le rodeó hasta hacerle la vida imposible.

Como se cuenta de los judíos, que se sentían orgullosos de su templo, y era para ellos lo más caro y venerable de la Santa Ciudad, así acontece con la gente serrana; su templo es el gran lujo de la aldea, lo muestran con no disimulado orgullo y hacen notar al viajero distraído aquello que es lo más valioso.

Si la ignorancia religiosa es uno de los males más hondos de la generación presente, esta ignorancia en los puebos del interior es una catástrofe: tienen barruntos muy vagos de la Iglesia; confunden los sacramentos; los mandamientos de la Ley de Dios no los conocen y, mucho menos, los de la Iglesia, se imaginan que los santos, medallas e imágenes son amuletos que los librarán de los males físicos y morales, y hasta del signo de la cruz han tenido supersticiones. Hay gente de mediana ilustración que participa de estos errores con una buena fe estupenda.

La obra del párroco es grande. Ha de comenzar por enseñar los elementos de la Doctrina Cristiana a grandes y chicos, adaptándose, poco a poco, al

ambiente, hablarles en su propio lenguaje, estudiando la mejor manera de darse a entender, buscando comparaciones y analogías tomadas de la vida campesina; ha de infiltrarles de nuevo el hábito de la piedad verdadera, sondeando aquellas oscuras simas donde tal vez, muy en el fondo, halla un ligero resplandor; ha de extirpar con prudencia las supersticiones, las costumbres sospechosas, los vicios ancestrales con que vienen manchando la pureza del dogma y de la moral, quién sabe desde cuántas generaciones.

Cada día ha de armarse de nueva paciencia para comenzar el combate, recibir indirectas, solapados ataques, zumbas, rumores malignos y como quien oye llover, haciendo, a muchas habladurías, oídos de mercader, los oídos más duros y acorazados de la tierra.

Se inician los Catecismos primero para niños, luego para adultos. Los niños son más fáciles, con el hechizo de unos confites acuden a millares, como las moscas. Y hay que hacerles instrucciones breves e interesantes, y enseñarles a cantar, que en esta región tienen afición desordenada por la música.

Ahora medimos la falta que nos hace el no haber sido buenos alumnos de Canto Gregoriano y el haber desoído los consejos y los clamores de don Clovis, el imponderable profesor de canto del Seminario.

El individuo más desentonado, puede educar su oído, a fuerza de paciencia, y de trabajo, y convertirse, de tarro, como éramos nosotros, en armoniosos instrumentos.

Aunque tarde para entonar el "**Mea culpa**" con provecho, dejamos constancia del arrepentimiento, para que otros experimenten en cabeza ejena.

Esta gente tiene pasión por la música; entonan sus canciones con una seriedad asombrosa, como ejecutando un rito sagrado, y dan a sus himnos, aún a los festivos, un dejo de tristeza, que es como el sello distintivo de su temperamento.

He querido enseñar a los dos roncos y viejos cantores, la Misa de "**Angelis**", de canto Gregoriano pero no les entra, resulta aquello una pelea de gatos, un desastre y hemos tenido que volver a lo antiguo.

Hay aquí un órgano, ése de que he hablado, con tubos de estaño y soldaduras de cera y ligaduras de alambre; pero suenan solamente unas cuatro notas. Tal vez hace un centenar de años era instrumento de consideración, pero ha pasado ya tanto tiempo, y a fuerza de parches y composturas, aquello se ha convertido en un catafalco inservible.

En el Catecismo, al empezar, atacamos un himno a María. El coro de voces de niños y niñas mantiene el orden y lleva el alto. El conjunto resulta placentero, las voces agudas de los sopranos se

unen a las voces de plata de las jóvenes y como se les ha prohibido cantar a los chantres de los oficios, el himno se alza como una turgente cascada de armonías en loor de la Patrona que allí, en lo alto, preside y sonríe a sus rústicos hijos.

Me ha llegado un precioso auxiliar, nada menos que el subdelegado de quien se me había hablado tan mal, como de individuo intransigente y sectario. Me ha referido que en su juventud fué religioso profundo, pero que la vida y sus borrascas y el puchero, exigen echarse la fe a la espalda, y teme él que practicando no le den en la medida que el quisiera ¡Oh heroíco Pilatos! ¿qué te has hecho?

Ahora está resuelto a manifestar sus fe y hace catecismo con una constancia y un fervor de catecúmeno. A veces suelta su disparate, para amenizar su instrucción, pero como el tema que se trata en los varios grupos se repite, haciéndose de él una breve síntesis, la cosa no es de mucha trascendencia.

Es un extraño espectáculo ver a la primera autoridad de la región, al representante del Presidente y del nuevo régimen, repitiendo con paciencia grande y con tono de dómine de escuela los Mandamientos divinos: Primero, Adorar y amar a Dios sobre todas las cosas; segundo: No jurar su santo nombre en vano; etc.

Nos trasladamos con el pensamiento a épocas

lejanas, tan lejanas que sólo la historia recuerda, en que la Iglesia estrechamente unida al Estado, levantaba cátedra de religión y de moral, bajo el amparo del poder público, y los magistrados, intachables, se gloriaban de su espíritu religioso y alentaban con el ejemplo la piedad de los súbditos.

Y los chicuelos van despertando rápidamente y a veces tienen sabrosas respuestas.

Explicándole a un negrillo, simpático y vivaracho como un ratoncillo, lo que era el prójimo, después de hablarle del significado del concepto el dómine le repetía: Un borrico, ¿será tu prójimo?.

Relucían los ojos del chicuelo galopín y sin arrugarse respondía: Mío, projimo?...Nó! es prójimo de éste, y al decir esto señalaba con picardía a uno de sus vecinos, de aspecto apavado y de orejas de Inca.

Y los apuros del improvisado catequista cuando alguno de la parvada le preguntaba con ingenuidad: ¿Los sacramentos se comen?

Es un consuelo que compensa las fatigas y las rabietas el ver cómo se van abriendo las inteligencias infantiles, tan frescas y puras; cómo aquellos corazoncitos inocentes, las flores de aquel oásis, van despertando poquito a poco y van bebiendo la maravillosa doctrina de Jesús; cómo se interesan por las cosas del alma; cómo averiguan y preguntan y se humedecen los ojuelos reflejando la

conmoción interna: aquel primer sentimiento cristiano los deja embelesados y uno ve palpablemente que la gracia de Jesucristo se ha adueñado de esas almas, naturalmente cristianas, atándolas con invisibles cadenas al pie del altar.

Cuando cae el día y el crepúsculo pinta maravillas en el cielo, la campana llama a la menuda gente, y bajan de los cerros y del faldeo los rebaños de ovejas, levantando polvareda dorada y los zagalejos, con el olor todavía del rebaño que acaban de dejar al reparo del corral, van brincando hacia la iglesita blanca que les abre maternalmente sus puertas centenarias.

La gente grande también acude para ver a sus vástagos lucir sus conocimientos y celebrar los chistes de los más listos y los brulotes de los que apenas saben persignarse.

Después es la pelea, cuando viene la repartición de caramelos y la rendición de cuentas para premiar con el doble a los que se han distinguido. Hay entonces barullo, gritos, protestas, hasta que al fin termina el incidente con tirar lo que resta a la chuña, en que toman partes hasta los solemnes catequistas.

Un ejemplo de amor fraternal y de comunismo; a dos chicuelos no les tocó sino un solo caramelo, se turnaron entonces: primero chupaba el mayor y luego el más chico, y todos en paz.

En la noche, después de la parca cena, compuesta las más de las veces de sopa, camarones secos, arroz o picante, y té con canela, nos vamos de nuevo a la capilla para el Catequismo de los grandes; hombres van solamente los jóvenes, atraídos por el canto, y un poco, por piedad.

El capellán procede como con los chicuelos, hablándoles con meridiana claridad, tomando los ejemplos de las cosas campesinas, de los cerros que se cubren de verdor en primavera, de los volcanes, de los llamas erguidas que pasan con elegante silueta, pero a lo mejor la pobre vejezuela, que escuchaba con los ojos de par en par abiertos, se va sintiendo magnetizada y en lo mejor de una elocuente explicación, de la cual esperaba un fruto portentoso, la oyente cabecea y se duerme, roncando con soberana placidez. Hay que esperar y tener paciencia ¡pobrecitos! hay que ver: se levantan antes que el sol y después de las duras faenas del sembrío, del riego, de pastorear los rebaños, hacer carbón, subir, bajar, andar leguas de leguas para cuidar la planta tierna, etc. cómo pueden aguantar el sueño a esa hora en que la costumbre de años y años las echaba de rondón al pobre lecho.

Para sacudirles de su modorra, un canto viene de perlas, aunque algunos se aprovechan para dormir mejor, arrullados por esa armonía cadenciosa.

Como el agua de riego es muy poca, a algunos

les toca el turno durante la noche y no se acortan para pasarla de una hebra en la ruda tarea de abrir los cauces y humedecer la tierra reseca con los soles. La mujer coopera valientemente en las labores campestres, riega y cava la tierra como labradora experta, y hemos visto hasta delicadas doncellas tomar el azadón y preparar los terrones con una fuerza y un vigor de robustos machos.

VI

PRIMERA COMUNION

La Primera Comunión ha resultado una fiesta de las mejores del año, tan solemne y bulliciosa como las fiestas patrias de Septiembre.

Suntuoso desfile de velos y gasas albas como armiño; pequeñas y grandes se han vestido la blanca túnica de las Bodas, ceñida la corona en las sienes, y los viejos y las madres con sus trajes endomingados han presenciado con un alboroso conmodor, el triunfo de la piedad cristiana en ese rincón de sierra, olvidado de los hombres. Hasta setenta jóvenes y una veintena de muchachos se han acercado por primera vez a recibir a Jesucristo en el santuario interior.

Ardía la iglesita como un ascua de oro, desplegando a! aire todas sus galas, pobres galas por otra parte, pues allí el culto deja que desear. Y a hacía cerca de veinte años que no se celebraba una primera Comunón solemne; nuestros antecesores no se preocupaban ni mucho ni poco de la cuestión piedad, tenían el encargo de mantener inextinguible el fuego sagrado del odio, un odio inexplicable para nosotros y morían en el cumplimiento del deber. Sin querer debemos imponernos de lamentables historias que la caridad cristiana me exige silenciar.

Los feligreses, en horas de sinceridad absoluta, raras por cierto, veladamente manifiestan sus quejas.

Oraciones y cánticos, purificados en lágrimas, suben al cielo aquella limpia mañana y nos sacuden de nuestra indiferencia y creemos ver resurgir una piedad más pura, más honda, piedad cristiana que ha brotado de la fuente secreta del alma, pasando apenas por los sentidos.

El subdelegado, olvidando antiguos requemores y siguiendo el ejemplo de aquellas autoridades patriarcales de nuestra República que se acercaban al Altar a la cabeza de sus súbditos en los grandes días, ha comulgado también con devoción.

Luego el chocolate clásico, servido por las madres de familia en una fraternidad íntima; los chi-

cos se repiten varias tazas, como si la piedad y la emoción que experimentan redoblaran el apetito.

En la noche, reunión solemne y Rosario con letanías cantadas.

La voz de los niños, con esa su entonación especial, teje la secular guirnalda de rosas a la Riena y Madre; voz de la niñez, voz del cielo que canta y reza al mismo tiempo, que tiene la ternura omnipotente de la Virgen María, cuando pide, exige; que agita alas como de paloma para volar hasta Dios y allí convertirse en torrentes de bendiciones. Y todos los que estamos allí, cual más cual menos, tenemos necesidad de impetrar gracias, de clamar paciencia y misericordia, de volcar allí el fardo de todas nuestras miserias para recibir en cambio el vigor misterioso que da Jesucristo a los que se le acercan con la sencillez y la confianza de la inocencia.

Los cánticos tienen sabor a lágrimas, pero de amor y de ternura.

El grupo masculino quiere también cantar, y un bajo, de voz acatarrada y resonante, infunde pavor con un solo estupendo que nos hace aterrizar de mala manera, cuando tan alto bogábamos en alas de la plegaria.

El frío ha ido disminuyendo. Los días transcurren monótonos, iguales, como los eslabones de una cadena interminable.

Por la mañana misa rezada: debo buscar a Juan de la Peña para que la ayude como mejor pueda, pues es de voluntad de oro; asisten tres o cuatro mujeres y algunos varones.

La Andrea abre la puerta con su gran manojo de llaves después de haber protestado del mucho trabajo que tiene que hacer; su marido ha bajado al pueblo o hace carbón en la montaña, y ella queda con su campo y con sus guaguas, cuatro mamones que no la dejan respirar tranquila.

En seguida a los enfermos, o recorro la parte alta del pueblo, cerca de la otra capilla donde se encaraman unas chozas bolivianas de buenos amigos.

A veces me invitan a tomar maiz tostado, y en cuclillas en torno del fuego, masco el fragante grano, seco y agradable como el maní y aquel sencillo acto, además de alimentar, sirve de símbolo de alianza. No hay medio más eficaz para ganar la confianza de este pueblo que adentrarse en sus hábitos e intimar participando en sus frugales comidas; el pan y la sal. En el hogar, reunidos bajo el terroso alero es cuando hablan con el corazón y manifiestan sus virtudes hospitalarias y hasta las rencillas pasajeras con que condimentan sus guisos.

He asistido a la cabecera de un enfermo, un hombre ya maduro que habita en una casita a los pies de la capilla.

Por una puertecita en que tengo que inclinarme llego hasta el lecho, compuesto de pieles de llama y de vicuña.

Allí vive en compañía de su mujer y cuatro hijos pequeños y hasta seis gallinas que se pasean, entran y salen como las dueñas de casa.

Está muy grave: un ronquido estertoroso que le impide sentarse y respirar le va desgarrando el pecho y la vida al mismo tiempo. Una comadre de buena voluntad le asiste con remedios caseros, tan caseros que no le producen alivio alguno.

Concurro con mi escaso botiquín, pensando que el diagnóstico es oscuro, aunque los síntomas de la pulmonía parecen claros: el yodo, la quinina el tilo hacen la fuerza.

Cuando le hablo del alma y de los remedios que también ella necesita, aquel pobre ser dolorido me queda mirando con extrañeza como si le hablara otro idioma. Explico...inútil.—"Después será"—dice. Se siente muy cansado y teme desvanecerse.

La religiosidad supersticiosa de esta raza no basta para que lleven a la práctica los principios cristianos que un día aprendieron. Les falta voluntad, temen lo que les puede sobrevenir, y prefieren dejarse arrastrar por su temperamento apático de una abulía inconmensurable.

Aquel hombre murió cuando el capellán estaba de viaje, separado por muchas leguas de distancia; lo llamó con acento desesperado, pero ya era tarde.

VII

EL LATRODECTUS

Creía que la altura y lo lejano de aquella aldea no era clima propicio para que se desarrollara el **Latrodectus formidabilis,** el anticlerical que suele prosperar en los climas templados y en una civilización mediocre.

Me he topado con un caso; un anticlerical desdeñoso del cual me habían hablado con cierto supersticioso terror.

Una tarde, cuando reposaba de mis lecturas en mi cuartito, y me deleitaba con los berridos de un chicuelo mimado que tengo de vecino, golpeó la puerta el inesperado visitante.

El medroso enemigo que tenía delante era una simpática persona: joven, bien vestido, de chambergo y cuidado bigote que se retorcía con cierta vanidad satisfecha: en un pueblo como el nuestro, era el amigo un dandy hecho y derecho.

Es interesante sondear estas almas inquietas, que tienen sus humos intelectuales y conservan ligero

barniz de lecturas mal digeridas, y en un medio social inferior, logran obtener patente de sabios de otro mundo.

Hablamos al principio de cosas indiferentes; él me estudia y yo lo observo, pero como él está impaciente, muy pronto despliega sus armas de combate y, con suficiencia de maestro y con su desdén irónico, pone sobre el tapete la cuestión religiosa. Lo dejo hablar, lo hace con cierta facilidad, pero sin comprender el significado de las palabras, le encantan los términos raros y las frases hechas, se lamenta de que viva entre gente que no le comprende, de un nivel intelectual semisalvaje.

Recuerdo como una pesadilla lo que me dijo aquel alto intelectual de la sierra. Al principio sacó a relucir el sobajeado infolio de las objeciones contra la Iglesia, contra la Divinidad, contra la Providencia Galileo y la Inquisición, los curas rebeldes y Alejandro VI salieron en orden de batalla, con la majadería de siempre, adornados además con vicios y cualidades que les había colocado lindamente el distinguido demagogo, quien de vez en vez lanzaba algunas expresiones nuevas por ej. **el culminismo anímico, la idiosincracia, la mesocracia**: a los antiguos habitantes del lugar, sólo los llamaba los aborígenes, mirándolos con un desdén superlativo.

Yo le escuchaba pacientemente, corrigiendo apenas ciertos yerros de mayor cuantía y aquel iconoclasta, ya arrebatado por el torrente de su verborrea, soltó cuanto disparate se había almacenado en su cerebro de neurasténico, durante los largos años que había permanecido en aislamiento. Decía frases enteras que no tenían sentido, sentaba proposiciones incoherentes, trazando proyectos para reformar la humanidad. Y pensar que era una alma buena, ingenua, vana, si se quiere, pero de una ignorancia inconmensurable—no sabía nada de nada, había acumulado lecturas sobre lecturas sin entender jota, porque sólo había estudiado en no sé qué colegio hasta segundo año, y los compañeros y la juventud borrascosa y el dulzarrón de Renán habían hecho el resto.

Se ahogaba en prejuicios, se imaginaba a los frailes poco menos que salteadores de caminos, hipócritas, intratables, mercachifles, y otras lindezas del mismo jaez.

Era el pobre un enfermo del espíritu que necesitaba, más que nada un régimen espiritual sano, porque en el fondo, muy en fondo, se adivinaba un alma bien puesta, con cierta nobleza nativa, con arrestos de vanidad fanfarrona que saltaba de goce cuando se le trataba de intelectual, de estudioso, de potente cèrebro.

Es increíble el fondo de orgullo que almacenaba en su espíritu este jovencito por haber leído a Renán; hablaba de su dilettantismo, de su misticismo, de su filosofía, de su anticlericalismo, y como yo apenas he leído fragmentos del ex-seminarista, me miraba con supino y profundo desprecio.

Para él, Renán llena la historia de Francia, es un ídolo, colocado sobre el Partenon, más grande que Descartes, que Napoleón, que Bossuet, que todos los sabios de la Francia y del mundo.

¡Pobre de Renán! sobre todas las desgracias que le han venido encima a su memoria, sobre el desdén de sus antiguos admiradores, de Barrés, de France, de Dumic, le cae ahora esta otra, la de ser interpretado por esta pobre ave de la sierra, este Renán rústico y fanfarrón que, hasta ensaya la ironía a las veces, para parecerse mejor a su maestro: esto ha de ser complemento de su sufrir.

No hay derecho para discutir con ignorancia tan crasa de todo, menos de su ídolo. Como me hablara de Francia le pregunto si ha conocido entre sus curiosidades a Musset y no lo ha oído ni siquiera nombrar. Le cuento quién es y sin ánimo de entrar en discusión, que sería perder el tiempo y la paciencia, le citó aquel verso clásico de Musset:

«Passer comme un troupeau les yeux fixés en terre
Et RENIER le reste ¿est-ce donc être heureux?
Non, C EST CESSER D ETRE HOMME ET DEGRADER SON MAE.

"Pasar como uno del rebaño con los ojos clavados en la tierra y renegar del resto, de todo ¿es acaso ser feliz?

¡Ocurrencia! Es dejar de ser hombre y degradar el alma"

Al cabo de un par de horas, algo mareados, por aquel torrente de ideas ondulantes en que habíamos navegado a la bolina, nos retiramos los mejores amigos del mundo; él, anunciando una nueva discusión, yo temblando ante otro alud semejante.

Las tardes las dedico a visitar a la feligresía, a imponerme de visu de las necesidades apremiantes, a dar confianza para recibir la misma moneda, para ejercer el oficio de pastor.

No es decible el alborozo con que reciben al Tata. Al principio recelaban, me miraban con ojos aviesos, y hasta uno, más audaz, iluminado por la llamarada del alcohol, tuvo la avilantez de preguntarme si era enviado por el Gobierno con fines políticos. Con urbanidad le contesté en tal forma, que le quité las ganas de repetir la pregunta.

Ese oficio del Buen Samaritano que ha de profesar el párroco, como elemental en su ministerio, es de una delicadeza suma; qué de heridas morales que sangran ha de curar con bálsamo divino, qué de turbaciones profundas, qué de sordos conflictos en que el rencor, el odio, la inquina se vislumbran solamente a través de las pupilas que chispean, o

de las medias palabras con que ocultan, a miradas profanas, aquello que va minando un hogar, destruyendo una vida, arrancando las virtudes familiares.

VIII

LAS TARDES

Otras tardes subo a un alcor que en un extremo del pueblo se destaca como para servir de atalaya, es Sta. Bárbara; desde allí se divisan los caminos, serpientes rojas o blancas que toman el sol, todo el pueblo se yergue a mi derecha, sumergido en una paz profunda y envidiable que se trasmite a las almas y hace el oficio de un calmante, cuando los nervios están de punta y la hermana melancolía viene a acompañar al solitario.

Los campos de sembrio, el hondo valle, la finca de la Virgen que pertenece a la capilla, y ahora está en profanas manos, las ricas tierras de don Marcelino, se divisan desde esa altura.

Desde allí, la vista abarca enorme extensión: la cadena de cerros de lado oriental, vestidos casi todo el año con graciosa veste gris y en tiempos de lluvias con un rico manto verde, limitan el horizonte.

Las tardes tienen allí encanto irresistible; la sierra se va sumergiendo lentamente en los suaves matices con que el sol la engalana, rojo carmíneo en el límite, con gradación de tonos hasta terminar en las aguas con un resplandor indefinible.

La poesía del crepúsculo rodea a cada ser y a cada cosa inanimada o viva, revistiéndola de formas y colores y haciéndolas vibrar en armonía con la hora.

Una extraña melancolía nos envuelve, y quedamos largos tiempo sin pensamiento ni sensación, trasfigurados en el momento presente.

Los faldeos y senderitos de la montaña, los blancos caminos, como brochazos de pintura en la sinfonía de la tarde, se llenan de rebaños que vienen a reposar a los corralillos, vecinos a las casas. La tarde adquiere una voz a esa hora, los balidos de las ovejas, que van apagándose y fundiéndose en la sombra y pronto, cuando ella ha colgado su pabellón, las estrellas comienzan su reinado, fulgiendo limpias en la serenidad del aire.

Lamentamos la ceguerra de aquella gente rústica que tiene ojos y no ve esas maravillas únicas, tiene oídos y no oye aquellas voces clamorosas que quedan resonando en el alma.

IX

EL ERMITAÑO

A veces nos acompaña en nuestra romántica peregrinación un amigo, el ermitaño, que a veces, cuando está de humor, se pone melancólico y, olvidando los cuidados presentes, va a poetizar sobre el peñón y como el Lord Byron de la leyenda, se juzga un trasplantado en tierra extranjera y se abandona a la caricia del ensueño y de la nostalgia.

Es un raro tipo de hombre éste; afortunado, de familia, de talento, con educación brillante, se sumergió en cuerpo y alma en la sierra desde hace quince años. A esta altura se ha convertido en un bohemio incorregible, feliz en su aislamiento· Ama a los criollos y a los indígenas con toda su alma: para él constituyen toda su familia y toda su riqueza.

Y no es el suyo un amor platónico, que se satisface con permanecer cerca de ese pueblo: El Ermitaño se ha impuesto sacrificios grandes para aliviar la condición de sus amigos; a dos generaciones les ha enseñado a leer, con paciencia de monje, instruyendo y desbastando esas inteligencias rudas y enseñándoles la honradez, la franqueza, el patriotismo, la abnegación, todo lo que constituye el patrimonio de un hombre de bien.

Desgraciadamente, no es la suya la caridad cristiana, pues apesar de sus cualidades de varón medioeval, no pertenece al catolicismo, sino por una vaga simpatía y una admiración profunda, vive, como si dijéramos, usufructúando de los principios espirituales que un lejano día llenaron su alma: ahora se alimenta de ilusiones, se forja hermosas utopías socialistas, soñando con un comunismo nebuloso que haría descender sobre la humanidad un Edén. Alma de poeta y de vidente, este joven, incomprendido de los suyos, pasa en relativa dicha, muy querido de todos los beneficiados, aunque a veces los ingratos se le han cruzado en el camino y le han herido, él sigue su camino jovialmente, mirándolo todo bajo el prisma amable de su filosofía.

Ha tenido su época de minero; ha acariciado un lejano vellocino de oro que lo convertirá, de la noche a la mañana, en un potentado, enderezador de todos los entuertos de la ciudad en que vive. Pero por mala suerte, la veta milagrosa ha huído como un espejismo, a medida que se acercaba a poseerla y, a pesar de sus fracasos, no pierde la fe y como el Anteo de la mitología, después de cada resfalón, al contacto con la madre tierra, recobra sus antiguas energías para seguir rastreando y soñando.

Muchas veces hacemos juntos las **passegiatas** de la tarde y de acuerdo sobre los tópicos esenciales que caen sobre el tapete, o discutiendo amablemente sobre asuntos religiosos y sociales, volamos muy alto sobre las nubes y sobre los huracanes no envidiando a los cóndores hieráticos que vuelan con majestad hacia la región de los truenos.

El compañero acaricia bellas teorías; se imagina que en breve la idea socialista se impondrá espontáneamente por la fuerza de su eficacia; que el mundo tendrá una nueva etapa gloriosa en que los hombres serán más dichosos y la pobreza, barrida de la tierra, nacionalizada la riqueza bajo un gobierno patriarcal de ángeles humanados, vivirá la Humanidad su edad de oro.

Mientras tanto Jesucristo, Él, que trajo al planeta la igualdad de los hombres, seguirá fulgiendo como el astro que ha alcanzado al cenit.

Sentados sobre aquel montón donde antes se levantaba la capilla de Santa Bárbara, la protectora de la agricultura, la que consigue las lluvias en tiempo oportuno, y aparta la borrasca cuando va a dañar a los sembrados, sentados junto a la cruz, vuelta la mirada al ancho boquete que se abre hacia el mar, y en donde reina siempre el fulgor de la primavera, seguimos divagando tejiendo ensueños, "esbeltos palacios con sueños azules,"

con la serenidad espiritual de un poeta incorregible que cambia la humanidad y la transforma, y la sublima y sacude los fundamentos sociales y arregla a su sabor a los gobiernos y une a los pueblos con vínculos nuevos, despreciando a las razas degeneradas, de sangre enferma y de músculos relajados, como el artífice que arroja lejos de sí la arcilla reseca y sucia que no le va a servir para su obra de arte.

X

SANTA BARBARA

Belén, como muchos pueblos serranos, siente devoción especial para la santa patrona que tiene poder sobre los truenos y sobre la tempestad. Hace un siglo existía en esa colina la ermita de la santa, y en los días de invierno, cuando tronaban las nubes en las montañas de la Puna y diluviaba, amenazando destrozar los campos la lluvia torrencial, los fieles subían la colina y oraban a la santa, iluminándola con millares de velas.

Cuando la sequía agosta los sembríos y achurrasca los papales y enflaquece y enyesca a los maizales del faldeo, acuden otra vez a la santa cla-

mándole lluvia, junto con los pajaritos que, al amanecer, la piden de esas nubes esponjadas como algodón en que vuelan muy alto, rumbo hacia el riñón de la sierra.

Los devotos habitantes rodean de algodon a la santa; el algodón símbolo de la nube; le envuelven el rostro y las manos y la espada para que al fin ella rompa, de un mandoble, aquello que le estorba, y los campos sedientos beban el agua que el Señor les ha concedido por la intercesión milagrosa.

Cuando la cosa llega a su colmo, organizan una resonante procesión presidida por el Tata, que va con la Capa pluvial clamando, con la misma vestidura litúrgica, lo que hace falta. La santa camina a retaguardia en andas desmanteladas, rodeada de todo el pueblo que grita, clama y canta. Así suben hasta un cerrillo a tres kilómetros del pueblo en donde hay un ojo de agua que con la sequía del cielo ya se cierra para siempre.

El lugar aquel se llama Misaña, porque el cura celebra misa a campo abierto, colocando en la cumbre a la santa y sumergiendo en el agua el asta del estandarte de Santa Bárbara.

A menudo acontece que la súplica tiene eficacia, y como en el monte Carmelo surge la nubecilla del horizonte y cubre los cielos y los belenitas, como los israelitas de Elías, tienen que bajar como exhalación con el párroco a la cabeza para que no los pille el chubasco.

Del templete de la santa sólo quedan hoy día los cimientos; reverdece allí una siembra de habas que cultiva la mayordoma de la santa, Enriqueta Ochoa.

Desde aquel lugar sagrado, que tanto significa para el pueblo de Belén, ya que está ligado íntimamente a su historia, pasamos largas horas en muda contemplación del panorama, sintiendo deslizarse la vida apacible de los vecinos.

Los humos de las rústicas cocinas se deslíen suavemente en el aire quieto, nos llegan canciones rotas, risas de chicuelos que juegan con bulliciosa alegría, regaños de mujeres: frente a nosotros vemos levantarse la silueta patriarcal de Patricio Santos, que tragina colgando trozos de carne de llama para secar, haciendo cecina para el invierno. Los sembríos de don Marcelino refulgen al sol con el agua del riego y él, impertérrito, con todas sus primaveras a cuestas, deshace los tacos, aporca los surcos, guanea las partes más estériles bajo la tierna mirada de doña Fernanda que le acompaña en sus traqueteos, envolviéndolo en sus cariñosos desvelos.

En el fondo del cuadro se abre una ancha faja entre las montañas oscuras de vegetación, desde allí se ve el cielo más azul y la línea de la cordillera, esfumada, desaparece anegada por la luz deslumbrante del poniente.

Con un libro cerrado en la mano, "Imitación de Cristo," o poesías de algún vate amigo, pues los estudios graves han quedado para las horas más pesadas del día y para nuestro gabinete encerrado, gozamos los crepúsculos que cada día tienen un encanto nuevo.

Los clásicos y los modernos tienen la palabra en aquellos momentos sicológicos en que es menester ponerse en armonía con la Creación embellecida por el momento. Becquer, Gabriel y Galan, Abel González, Donoso, Jammes, los que han penetrado mejor el encanto y el alma de la naturaleza triunfante, nos dejan oír sus melodías.

Ayer no más el galo melancólico de Vigny, cuyo espíritu diletante se presta para hacer soñar, nos decía, llevando la voz cantate, mientras las nubes y el cielo y el agua susurran:

La nature t' attend dans un silence austere
L' herbe éleve a tes pieds son nuages des soirs
El le soupir d' adieu du soleil a la terre,
Balance les beaux lis comme des enncensoirs.
La fôret a voilé ses colonnes profondes,
La montagne se cache, et sur les-pâles ondes
Le saule a suspendu ses chastes reposoirs.

La Naturaleza te aguarda con su silencio austero. La yerba eleva a tus plantas su maraña sombría y el suspiro de adiós, con que el sol despide a la

tierra. suavemente balancea los lirios, igual que fueran incensarios.

Ha velado la selva sus columnas profundas; se oculta la montaña y sobre las pálidas ondas del arroyo el sauce ha dejado deslizar su casto ramaje.

Y luego aquella otra estrofa evocadora del mismo poeta:

«Le crépuscule ami s' endort dans la vallée
Sur l' herbe d' èmeraude et sur l' or du gazon,
Sous les timides joncs de la source isolée»

Y aunque nos faltan muchos de los elementos del poeta de la "Casa del pastor" para reconstituír el paisaje, tenemos lo esencial, el austero silencio de la naturaleza que aguarda, y esa luz ceniza del crepúsculo que se ha tendido sobre el valle esmeralda y sobre el arroyo, bordeado de sauces, cuyo ramaje llama Vigny "chastes reposoirs".

Todos los senderos se han llenado de las ovejitas que vuelven al corral, contiguo a la choza, el cerrillo blanquisco de las tórtolas "Palomeque" es solamente un manchón negro y ya se ha borrado la roca del Kalacamareta hacia el oriente.

Los pastores belenitas, como sus hermanos los que recibieron el anuncio milagroso del nacimiento del Cristo, alegremente, arrean sus rebaños y cantan. Hay en el ambiente una música trémula de balidos y voces, la tarde ha encontrado su expresión armoniosa en ese conjunto vital que sugie-

re sensaciones nuevas y hace soñar con otra región incontaminada en que el hombre, pastor y poeta, podía comunicarse filialmente con su Dios, ascendiendo gradualmente hasta los cielos en esa hora única del pensar profundo y de la conciencia.

Después de aquel momento indefinible de la lucha entre la luz que fenece y la sombra, lucha que se prolonga largo rato a causa del resplandor que guardan las cumbres, van poco a poco apareciendo las estrellas: la Cruz del Sur, esa constelación que rige la vida de los pueblos serranos, familiar hasta para los niños, adquiere en estas regiones inusitado brillo, la Vía Lactea es un reguero ancho y diáfano que cruza el cielo, involuntariamante la vista se vuelve a la altura para recrearse en esa claridad bienhechora que hace luminosa la noche

En la casa del magistrado protector se reúne entonces la juventud en filarmónica tertulia; ensayan la música para las fiestas del Carnaval, las serenatas, los Huayños y las canciones de moda.

Alfredo es el maestro, ha hecho el servicio militar, así es que es un hombre de pro, y toca además con regular entonación la guitarra, aunque su voz áspera disuena un tanto.

Otro toca un viejo mandolín, el de más allá el charango, ese instrumento indígena fabricado con la piel seca del quirquincho, como caja de reso-

nancia; de sus cuerdas arranca el buen Rigoberto las notas de un vibrante Huayño.

El concertar los instrumentos es cosa de aburrir a un santo, pero luego las notas fundamentales están bien; adelante! y los aprendices y musicantes. guiados por el diestro director de orquesta, nos dejan oír sus dulzonas melodías serranas. El charango, en el conjunto, produce efecto, es una nota vibrante que marca los compases y hace destacarse el penetrante son de la guitarra.

Con gran anticipación se preparan las festividades paganas del Carnaval que tienen en toda la sierra una importancia grande y sobre todo en este pueblo donde se juega chaya con entusiasmo estrepitoso; con toda modestia me dicen que es como el Carnaval de Niza en Europa, pues acuden de los lugarejos circunvecinos desde muchas leguas a la redonda.

Los músicos viajeros tienen importante papel, amenizan los bailes y en la noche, cuando la fiesta se arde, y la vocería incendia las chozas ellos se unen al concierto con sus voces silbantes, contribuyendo de modo admirable al desorden.

Mientras tanto aforran sus gargantas y afirman el pulso con sendos vasos de puzitunca, que el pródigo anfitrión les escancia.

XI

CARABINEROS

Las funciones de la policía rural las ejercen los carabineros en toda la sierra.

Belén ha sido favorecido por una suerte envidiable con lo mejor.

Son graves y severos en sus siempre flamantes uniformes grises, polainas amarillas chispeando y el "chafle" y la inseparable carabina, adorno necesario en sus correrías por la montaña inhospitalaria.

Obedecen a la Tenencia de Putre. Con estricta disciplina y conscientes de su valer, se colocan a la altura de su misión de paz y de seguridad.

Causa placer el verlos desfilar en sus corceles bizarros, siempre en parejas como ciertas aves emigratorias, siempre limpios y gentiles, como guerreros de otra época, como esos gendarmes ingleses de gigantesco porte.

Hay raras escepciones como en toda institución humana; algún pajarraco rapàz que ha escondido su ruindad bajo el capote militar. Pero estos son aventados, apenas descubiertos, y van a expiar en lugar sombrío la insolencia de su felonía.

En reuniones sociales alternan con discreción y caballerosidad en las tertulias de alto coturno, man-

teniendo la circunspección de su investidura, no sin causar estragos en los corazones serranos, siempre fáciles para caer rendidos en las redes doradas de Marte.

En noches de luna organizan juegos de azar, alternando con bulliciosa alegría con los pilluelos y mozos, quienes les demuestran un respetuoso afecto.

Cooperadores en la obra civilizadora de los capellanes, se mantienen en su puesto, saliéndose en contados casos de su papel de guardadores del orden.

Es digno de loa el Comandante Marchant que los dirige, pues ha sabido imprimir un rumbo inflexible en esa institución de tanta trascedencia para estos pueblos, perdidos en la pampa, que sólo cuentan con tales abnegados servidores en su aislamiento.

Recuerdo con especial complacencia a los jefes y oficiales Díaz, Tagle, Maggio, Délano, Yamm Gatica, Robles, Maldonado y los suboficiales Villouta, Sepúlveda, Muñoz, Zúñiga.

———

XII

LOS DOMINGOS

Cuesta un triunfo llevar a esta gente a la misa mayor y única que se celebra en la iglesia parroquial.

Después de los tres repiques de regla, las madres de familia se quedan charlando en las puertas de sus viviendas con alguna vecina cotorra y se demoran siglos en emperifollar a sus chicuelos y engalanarse con el concho del baúl, mientras que los varones se escabuyen a regar sus sembríos o se esconden en el Club o despacho de Lucho a echar un párrafo sobre las últimas novedades de la región.

El capellán les suelta a un monaguillo que va con el cencerro, casa por casa, aunciando la solemnidad...ni por ésas.

Luego sale él con una cachaza de viejo pastor, arreando y correteando a los más rehacios.

La misa de nueve comienza por fin a las once, con el quorum casi completo, muchas veces presidido por el subdelegado, cuando está de humor. Entonces en el momento del Evangelio aprovecha el cura para lanzarles una rociada general, regañándolos paternalmente por esa negligencia musulmana que llevan impregnada en la masa de la san-

gre, mas por desgracia los que se llevan el revolcón son los menos culpables; los otros, los lobeznos, los resfaladizos como anguilas, se han quedado muy sueltos de cuerpos en sus chacras, en sus jolgorios, o durmiendo.

En la tarde hay un catequismo bien repicado, cantos piadosos, repartición de confites y una segunda parte de juegos infantiles, la barra famosa ya olvidada entre los vagos recuerdos de la infancia.

Hay que hacerse niño entre los niños y sacudirse un poco los abriles para menear los zancajos con rapidez sin temer hacer ridícula figura.

Se arma la barra—"se chucean" los dos más ágiles y luego, a echar los bofes apresando y dejándose apresar, libertando, pidiendo barra y vociferando como un galopín de quince.

Los carabineros organizan una partida de foot-ball y con una vieja pelota agujereada, reparten canillazos y pisotones y zancadillas como en los tiempos de la edad de piedra, cuando se jugaba con un adoquín.

Cuando la tarde va de caída, visitamos algunos enfermos, pues es la hora de la tristeza en que los cuitados se revuelcan desesperados en sus pobres lechos de adobe y pieles.

Los días Domingos, una nostalgia extraña va cayendo sobre el espíritu, tal una neblina impalpable que embotara nuestras energías interiores

y nos fuera sumergiendo en un sueño enfermizo de nirvana.

Viene entonces ese opio envenado del romanticismo, que dormita en todo ser humano, en que el "infelix homo" se siente desgraciado y solo y desterrado. ¿Recuerdan ustedes los sonsos gemidos de René y Atala que discurren por el bosque y pasan ante las ermitas diciendo unas lamentaciones lacrimosas y femeniles capaces de partir una roca?

Cuéntase que al canto de las sirenas, Ulises, el astuto, se hacía amarrar del palo mayor para no ser cautivado por esos halagos mortales, algo de eso tenemos que hacer nosotros; alejarnos de nuestros propios pensamientos, exacerbar nuestra fantasía acalambrada, variando el tema, echar a andar cuesta arriba hasta quedar con la lengua de fuera, sin ánimo ni para pensar, o acudir desalado a los eficases consuelos cristianos que tonifican el espíritu y barren de un solo impulso esas escorias malsanas que se van adhiriendo insensiblemente a lo más recóndito del ser.

El sentimentalismo de los románticos, la melancolía chatobrianesca, la estúpida tristeza que no tiene razón de ser, son enfermedades temibles para el alma y tantas veces mortales; una especie de consunción, tisis que empobrece la sangre y le chupa al organismo interior las fuerzas vivas que le pueden dar el triunfo.

A la oración, algún muchachuelo toca las campanadas del Angelus, que en la sierra significan plegarias por los difundos.

A ese conjuro armonioso que se difunde por el valle e hinche, como onda de perfumes toda la quebrada y golpea las rocas coronadas por la cruz y asciende hasta la cumbre donde se levanta la apacheta, a ese sonido misterioso uno se siente asido con vínculos de inmortalidad al mundo de lo invisible, hermano de millares de seres que sufren y esperan y aman, esparcidos sobre el ancho haz de la tierra.

Los fastamas aquellos que perturbaban, alzan el vuelo y una seguridad y una confianza supraterrena van llenando el ser entero, tal, que si aquel son de bronce y de plata, de la tierra y del cielo fuera la voz del mismo Cristo que vino un día a hermanar a los hombres de todas las razas y de todos los climas, a los vivos como a los difuntos, al indiecillo escondido entre los riscos del montañal, como al magnate de la ciudad, ensorberbecida y mal oliente.

XIII

UNA VISITA

Los Miércoles es día de correo, al amanecer llega el cartero, un viejo heroico, tapado de polvo y jadeante, tal como su famélico macho que mordisquea los yerbajos de la calle.

Ha hecho de dos jornadas veinte o más leguas para seguir indomable con su andadura cuartaga otros dos días, hasta el villorrio de Codpa, por caminos imposibles, pedregosos y agrios, como los peores de toda la región.

El pobre viejo llega encorvado, abre el bolsón de cuero, con gesto mecánico, y entrega todos aquellos mensajes del mundo civilizado.

Es día de fiesta; las voces de la familia, de la amistad, las noticias que gritan los periódicos forman un concierto que alegra el corazón. Son noticias añejísimas de veinte o más días y sin embargo se reciben con alborozo como novedades de última hora.

Y mientras el cartero acaricia su bestia y monta con movimientos automáticos, nos damos nosotros un hartazgo de diarios, cartas y revistas, abstrayéndonos totalmente del mundo.

Cuando hay mozos que están en el servicio militar las madres asaltan al impasible viejo y leen

sollozando los mensajes de amor que les envía el soldado de la patria y vienen las desilusiones, las ansias, la desesperación de la que nada recibe y todo lo esperaba.

Me anunciaban un día la visita de un capellán amigo que viene recorriendo desde Arica toda la sierra.

La noche siguiente, en las primeras horas, le daba el abrazo fraternal.

Ceremonia de bienvenida en la capilla llena de gente, un saludo y una presentación a las autoridades.

Olvidando antiguas usanzas, habla el recién llegado y niega sus méritos y los derechos a loa, se dice peregrino misionero que va predicando el Evangelio.

Es un sacerdote vehemente de rápido talento, de fácil palabra que va paseando su inquietud por esas serranías y visitando los más escondidos lugarejos de la sierra.

Le armamos catre de campaña en el cuartel de carabineros y cuando ya comienza a reposar, molidos los huesos después de la feròz caminata, vecinos principales arman un coro de músicos para entonarle al huésped un esquinazo o serenata, indiscretos en su afán de ser corteses.

Cuando ya le disparan con una canción festiva casi a boca de jarro, el asendereado caballero, que

no está para saludos los echa a pasear fresco, con razones poderosas y comedidas.

Al clarear del nuevo día ya está el capellán misionero con el pie en el estribo, rumbo hacia la Puna donde le aguardan aparejados para recibirlo las Doctrinas de la Puna, Choquelimpie, Caquena, Parinacota.

Por desgracia, los del coro ya que tenían el disparo preparado, fueron a perturbar al capellán propietario.

Ha pasado el visitante como un relámpago, y en cada caserío o poblacho, que encontraba en su camino, reunía a la gente, chicos y grandes, y los adoctrinaba con paciencia por un par de horas mientras descansaba su caballo.

Un mensajero llega desalado: un pobre viejo se muere en una choza a cuatro leguas de aquí; está abandonado, solo, sin tener ni perro que le ladre.

A regaña diente ensillamos caballo. El espíritu está pronto, mas la carne es flaca, y no es cosa de darle á esa carne flaca una corrida de baqueta y con alegría, sin embargo la reflexión piadosa, endereza nuestra intención y después de propinarnos, para nuestro foro interno, severa reprimenda, salimos de galope hacia la choza del moribundo. Un chicuelo astroso, ginete en una sardina nos sirve de guía.

Subir y bajar cuestas empinadas, bordear torrenteras, hacer equilibrio en senderillas de cabras:

6

después de una carrera desenfrenada, estamos ante la casucha del enfermo.

En un rincón de un cuarto mal oliente, sobre pieles y sacos, un anciano se muere a chorros. A su lado una buena vieja caritativa la asiste, rezándole las preces de los agonizantes y propinándole de tiempo en tiempo una pócima espesa y negruzca como engrudo.

Y aquello ha de ser una medicina embrujada, pues la muerte se apresura. El pobrecillo, con los pies descubiertos, y empalados por el hielo, se agita, y de su pecho brota el ronquido peculiar de la agonía, ese ronquido que remeda el hervir de una olla.

Le acomodamos en el pobre lecho, después de conseguir más abrigo, una almohada para levantar la hundida cabeza, hermosa cabeza de anciano con unas barbas blancas de nieve y una noble nariz aquilina, afilada aún más por la próxima muerte.

La Extramaunción y la confesión, y luego las medicinas del botiquín misérrimo que nos acompaña siempre: Bicarbonato, yodo, quinina, aspirina y otros cuantos remedios fáciles.

Con maña, después de largo interrogatorio sacamos el diagnóstico de los labios de la caritativa cuidadora. Una gripe mal cuidada que se ha trasformado en una pulmonía y que el fortísimo viejo cogió después de quince días de desenfrenada borrachera, con aguardiente de cuarenta grados.

En esos pueblecitos los "meicos" de afición, que abundan, suministran para la pulmonía un remedio digno de figurar en la farmacopea universal. Hélo aquí: pillan un gato negro, o conejo o liebre, es preferible el gato, porque su piel tiene un secreto diabólico; lo estrangulan y después de abrirlo en canal, dentro de la carne fresca, machacados los huesos, le introducen copal, aceite de almendras amargas, mostaza, incienso bendito, palqui y otros ingredientes del mismo jaez; luego ciñen aquella masa nauseabunda a las espaldas del paciente, a manera de un chaleco, y es seguro si el enfermo no tuerce la esquina, yá puede darse por feliz, porque las siete vidas de los gatos se les ha infundido a través de su macerada carne.

Ya los vecinos buscaban en los hogares de las choza cercanas el gato misterioso que iba a apresurar la muerte.

Cuando nos alejamos, antes que anochezca, el enfermo está más sereno, respira con regularidad, la fiebre violenta le ha bajado y hay una vaga esperanza de que salve, a no ser que el engrudo o el gato caigan sobre él.

A los doce días está convalesciente, rejuvenecido; todos los remedios de consuno y la ayuda del Señor hicieron la obra.

Como este caso podíamos citar muchísimos; la miseria, la mugre, la falta de medios, el abandono,

y esas medicinas supersticiosas acaban con la vida de la mitad de los habitantes.

Vaya usted a convencerlos de que pueden salvar si le dan a tiempo a la elemental higiene el cuidado que un enfermo grave exige.

Por eso las epidemias son los flajelos más terribles que acaban con las poblaciones en un dos por tres, como aconteció con Chapiquiña y Pachama en tiempo de la viruela.

XIV

LOS CEMENTERIOS

Hay dos cementerios en el pueblo; uno al lado de la iglesia en una baldía ladera, asaeteada de cruces donde descansa el polvo de muchas generaciones a pocos pasos donde funciona el juzgado de subdelegación.

Desde la calle principal se divisa este rincón de la muerte, tan triste y yermo, que apena el alma. Aquí yacen los abuelos del pueblo y un famoso cura Valdivia que murió en temprena edad después de una fama bien ganada de virtudes. Le hemos rezado responsos junto al sitio donde sus huesos se hiceron polvo hace más de cuarenta años, y junto con nosotros han rezado sus feligreses que le recuerdan.

El otro Cementerio es moderno y está a la entrada, hacia el Poniente, custodiado por un grupo

de eucaliptos desmadejados, negros y tétricos como sepultureros.

Hacia allá dirigimos los pasos algunas tardes, siguiendo el faldeo del cerro. En una esquina, junto al arroyo vocinglero que va a regar la campiña, nos sentamos a meditar, a leer, a soñar, a vislumbrar el horizonte y los caminos por donde discurren los rebaños en las tardes hacia los campos verdinegros que se esconden entre los riscos.

Desde este sitio rumoroso, tapizado de grama, contemplamos la ciudad moderna de los muertos donde la vanidad de algunos vivos ha dejado su marca en algún efímero monumento de piedra.

Suele frecuentar estos sitios la Serginia, robusta y hermosa zagala que pastorea un breve rebaño conduciéndolo hacia el monte.

La divisamos internarse con ligereza por entre el breñal y reunir y regañar y acariciar sus ovejillas con su bronco acento muy distante del melifluo que le suponen Garcilaso y Virgilio a sus hermanas, tan acarameladas y falsas como son las que han fingido en sus églogas los poetas clásicos.

Pero no es triste aquel paisaje, ni deja en el ánimo, a pesar de la vecindad, esa herrumbe malhadada de la melancolía; la lumbre del buen sol embellece las cosas, las siembras de un verde muy tierno de las habas, los potrerillos de alfalfa en flor donde azulean los cardos y refulgen las retamas, la mancha blanca del cerro del frente y las

casas lejanas, cuyos techos grises asoman por entre los arbustos.

Unos pichunchos traviesos, los plebeyos chincoles del sur, con el plumaje más brillante y el ademán más pintoresco, juguetean y se persiguen como galopines en recreo, sin importarles mi presencia; más lejos, en el bardal, los chihuancos grises de la familia de los zorzales, pero sus apariencias son de pobres diablos, pues son más pequeños y más voraces, charlotean alegrando a los grises eucaliptos.

Más cerca, en la orilla misma del arroyo, crece la "retaña" de color granate, florecilla de fragantes pétalos que se balancea con la brisa y exhala su olor, tenue como una oración al Señor.

Al abrir el Kempis oigo sus divinos acentos que me enseñan a servirme de las cosas exteriores para el aprovechamiento del alma:

"Si tu corazón fuere recto, dice, entonces sería cada criatura espejo de vida y libro de santa doctrina.

"No hay criatura tan pequeña y vil que no represente la Bondad de Dios".

Veo entonces en esas minúsculas florecillas y en las aves y en las nubes que van bogando hacia el mar, espejo clarísimo que me dan a comprender, por modo admirable, la infinita belleza y bondad y misericordia del Supremo Señor y me parece escuchar la vocecilla poderosa de esas criaturas que me

impelen a amar al "Padre nuestro que está en los cielos" y a entregarme en brazos de su infinita Providencia, que me ha concedido esa hora para gozar plácidamente en ese rincón retirado.

En esta hora tan dulcemente candorosa, la muerte misma representada por los árboles que velan, parecería una cosa apetecible, un descender de la colina hacia el arroyito escondido y luego tenderse sobre la alfombra, espesa de yerbas y flores, y exhalar allí el espíritu, sin un gesto de rebeldía, para sumergirse en el regazo inmenso de Dios, y dejar que la carne se disuelva y se haga polvo y dé la vida y el color a las flores y sirva de claro lecho al arroyo, mientras el alma, sin trabas ni cadenas, vuela hacia la luz del Oriente.

Cuando se desgrana la postrera campanada de la oración y se recogen los campos bajo la umbría y todo el valle se ha llenado con los himnos de la creación al Autor: gritos de animales, resonar de esquilas, voces humanas que vibran en el aire quieto, volvemos a la querencia lentamente, conversando con algún pastor rezagado, sobre sus ovejitas, sobre sus pequeños asuntos, que, para él, valen más que el mundo.

Se van encendiendo una a una las estrellas y nos acompañan hasta el hogar.

Sobre nuestra cabeza la Cruz del Sur traza un rectángulo radioso como un símbolo, protegiendo

aquel pueblito escondido donde el signo redentor corona las chozas y casucas y está grabado a fuego en la propia carne del corazón.

Callamos entonces, embargados de conmoción interior por nuestra pequeñez y a la vez por nuestra grandeza, y el Padre Nuestro que nos pidieron las campanas, sale limpio y tembloroso del fondo del ser hacia el cielo ya totalmente tachonado de luceros....

"Flotan extraños rumores, en el seno de la noche callada."

XV

LA ESCUELA

En este villorrio de la montaña he podido comprender mejor la importancia capital que tiene para la sociedad la instrucción del pueblo y la infinita diferencia que hay entre instrucción y educación.

La Escuela es aquí pequeñita, está en una coquetona casuca bajo la sombra de la montaña de la "Cruz del milagro" al lado del Oficial Civil, frente al Cementerio y a la Iglesia. Con estos datos, nadie se pierde.

Además es edificio de dos pisos, tal vez el mejor o al menos el de más ínfulas, perteneció al señor García, el imponderable Subdelegado que ejercía el mando hace diez años con cetro patriarcal.

Al acercarse, se siente el runruneo de los chicuelos que alborotan, como las abejas en su colmenar; mientras la maestra pone en orden el cotarro y deja oír su voz de tiple.

Es escuela mixta: hombres y mujeres se abrevan de la ciencia humana en aquel plantel rústico y aprenden los variados conocimientos del saber humano desde el **Ojo** del Silabario Matte, hasta la división de quebrados, que es como la Matemática pura, la Metafísica altísima de aquel centro científico.

La maestra tiene que armarse de paciencia suma, de paciencia máxima, para hacer entrar en vereda a aquel abigarrado cotarro en que lucen sus morenos semblantes los criollos y criollas de la sociedad belenita.

A veces, es menester que junto con la paciencia se arme también de una varilla para sofrenar a los más audaces. Y hay que decir, en honor de la verdad, que las chicas son más ágiles y avispadas que los varones; éstos hacen triste papel semiamodorrados o envían sus mensajes, cuando la maestra se descuida, con los alados vehiculos de que se han valido todos los chicuelos del mundo.

La maestra ha de enseñarles los rudimentos de la higiene, que sus alumnos como bestiecillas selváticas, ingnoran totalmente.

Se les pone en contacto íntimo con el agua que apenas conocen de vista, se les sumerge en la onda

del arroyo para que hagan las paces y, por algún tiempo, se les lava la cara para que ellos lo hagan más tarde por su cuenta y riesgo, cuando adquieran pericia y hábito. Es de verlos como llegan, tiesos de mugre, quiscudos, mal olientes, y después de recias abluciones y fricciones violentas van apareciendo otros, tanto que es de temer que la mamita no los conozca cuando regresen de las aulas.

Al principio hay que pillarlos a lazo, acostumbrados como están a la libertad absoluta, a pastorear sus rebañitos en la montaña, a mataperrear sin yugos ni cadenas.

Es para ellos duro tormento tener que someterse a una ley, y, a veces, con la complicidad de los padres, los pillastres burlan la vigilancia pedagógica y recobran la libertad. Ha sido necesario la amenaza de multas y la prédica incesante del capellán, acudiendo al convencimiento con lujo de razones de sentido común, para que al fin el egoísmo de los padres consienta y coopere a la obra del maestro.

En verdad, los padres a veces tienen razón; el año es malo, no han vendido sus productos o se han secado los campos o la cosecha de papas ha sido lastimosa, entonces es menester que el vástago contribuya con su labor para comer el pan y ya lo dice el axioma: "Primero es vivir que filosofar".

Hay que echar mano del chico para pastorear las cabras y ovejas mientras el padre se va de madrugada a la montaña a hacer carbón.

Aun, en esos casos raros, es necesario sacrificar aun a la madre; que ella pastorea, acordándose de sus verdes mocedades, a trueque de que el vástago se eduque e instruya. Si no lo hacen ahora, la mollera se les endurece y la inteligencia, sin uso, se les enmohecerá y luego serán hombres que no están preparados para luchar por la vida.

La maestra tiene que ser un apóstol para realizar su labor a conciencia, visitando a los padres a sus propias chozas para hacerles palpar los beneficios de la instrucción, dando y cavando en las cerradas inteligencias, hasta que permitan que el chico vaya a la escuela a desasnarse.

Conseguida esta primera victoria, le queda la grande obra, monumental, ardua y oscura como pocas, desmalezar aquella tierra bravía y estéril, romper aquella costra de prejuicios ancestrales, servirse de la idea religiosa y de la idea moral, del sentimiento de nobleza y de la emulación para hacer de nuevo aquel ser, descubriendo con maña y paciencia la obra maestra del Supremo Artífice, el contorno apolíneo que el Creador grabó en aquella basta e informe masa de arcilla.

Por dicha, el Gobierno ha sabido escoger sus colaboradoras en esta acción de redención social; las maestras: doña Anita, Misia Elvirita, Misia

Teresita, y otras venerables matronas, así tratadas por el cariño de sus discípulos, han mantenido sus escuelas en el lugar altísimo que les corresponde, y han hecho del capellán un cooperador de su labor, contraviniendo muchas veces alguna misteriosa orden emanada de alguien, que guarda como consigna de combate "guerra hacia el templo, hacia la idea religiosa, hacia el sentimiento religioso".

En síntesis, reducir a su mínimo esa bellísima enseñanza del Catequismo, que es purísimo manantial de virtudes, de abnegación, de civilización.

El visitador actual de las escuelas de la Provincia, el experto pedagogo señor Riquelme, apasionado de su profesión y comprendiendo la importante tarea que le cabe, ha recorrido vigilante las escuelas, inspeccionado y revisando con cariño las deficeencias para remediarlas.

Muchas tardes, antes que abran la puerta a la pajarera voy a conversar con los muchachos, después de presentarle mis respetos a la Maestra, que vijila complacida las travesuras y juegos de su pequeña chusma.

Las chicuelas mayores se pasean a la sombra del muro, las más pequeñas alborotan dando chillidos de alegría al correteàrse como avecillas entre el ramaje.

Los granujas más grandes pretenden treparse a la tapia con intenciones no muy santas. Cuando me ven, me rodean y como buenos amigos conversamos y no faltan los caramelos o melcochas escondidas en los profundos bolsillos.

Ahora los chicuelos están limpios; peinadas las hirsutas greñas, en cuanto es posible, presentan un aspecto simpático. ¡Quien te ha visto y quien te ve!

Llegaron hace poco, cerriles e indómitos, que huían de la gente y apenas articulaban palabras, ahora son personas y las pequeñas indias hasta se gastan su coquetería, echándose su manito de gato y dejándose caer la negra trenza por delante con una pizca de vanidad femenil.

Bendita colaboración del sacerdote y del maestro, de la escuela y del templo, que permite ir modelando con paciencia esas almitas vírgenes, al mismo tiempo que adquiren un barniz de cultura.

Hace cincuenta años, por los rastros que quedan, estos pueblos estaban totalmente abandonados; ni escuela ni maestro, las generaciones se sevaltizaban y degradaban con pasmosa rapidez. Eran las fiestas, orgías ruidosas en que corría el maldito puzitunca en arroyos y en riachuelos, y los chicos iban bebiendo esos ejemplos de vicios y de corrupción, desde la misma cuna.

¿Qué importaba si en cambio se les predicaba en todos los tonos un odio virulento, enfermizo, hacia el pueblo vecino?

¡Oh maestra lejana que enseñáis como el divino Maestro en la pobre escuelita de la sierra, cómo he recordado la sublime plegaria de la Mistral al ver vuestra obra salvadora:

Dice la Maestra a su Señor: "Maestro, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste sobre la Tierra.

"Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes".

"Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia, que aun me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de los que enseñe".

Sobretodo está última frase ha de repetirla amenudo la maestra serrana, la maestra olvidada entre los ásperos vericuetos de las sierra; **"Hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto"**. Si no se reviste su ser entero de esa coraza cristiana de la paciencia, si no ve delante de sus pasos la figura del Maestro Divino, si no alienta en su corazón la lumbre ardiente de la fe; será una mísera asalariada, una esclava amarrada al banco con fuertes eslabones y nada más, nada más.

La mujer apóstol habrá desaparecido para siempre.

XVI

EL SERVICIO MILITAR

A la edad propicia, veinte años, llama la Patria a sus hijos para que se apresten a servirla en las filas, haciéndose hombres bajo la disciplina del ejército.

Es este servicio militar el complemento de la educación cívica del individuo y, en estas regiones desamparadas, un complemento absolutamente necesario para acabar con la obra comenzada en las escuelas, robustecer el cuerpo y la voluntad.

El cuerpo, jibado por el constante manejo de la azada, se endereza, se infla el tórax estrecho, los músculos se aceran, y vibran los nervios al contacto del soplo nuevo.

El embotado cerebro, amodorrado por la monotonía de la pampa, siempre gris, se vuelve alerta y la visión se hace más amplia y luminosa; el serrano criollo ha recibido un baño espiritual que lo ha despertado a una vida más generosa, ha conocido otro aspecto de la patria y el roce cuotidiano con otros hombres más ágiles, de idiosincracia diferente, les produce un efecto sorprendente.

Los he visto al partir, tímidos, acorralados; con pavor extraño en el fondo de las pupilas caminaban con sus hatillos al hombro como quien camina

a la cárcel y luego los he contemplado en los cuarteles, en sus uniformes de brin, erguidos, serenos, limpios, conscientes de su personalidad.

Ahora en la pupila hay una chispa de inteligencia y los ademanes no son torpes ni desmañados como antaño.

Puedo citar nombres que no me dejarán mentir: allí esta Pedro Pérez que fué de mala gana, recelando de lo que le aguardaba en aquel mundo misterioso del sur, que sólo conocía de nombre y volvió más patriota y orgulloso de su Chile, de sus jefes, de su bandera, cuya grandeza ni soñaba; y como él otros tantos: David Pacci Cocci que parece por su apellido un florentino del Renacimiento, y es más belenita que el cerrillo de Santa Bárbara, así volvieron los otros: César Santos, Alfredo Zegarra, Serjio Catacora, Arturo León, Rufino Pérez, Filiberto Portales—Muchos de éstos han aprendido a leer en el Regimiento, han escrito sus cartas originales a la mamita y la han hecho llorar de orgullo al ver esos caracteres de patas de gallo, que eran de puño y letra de sus bizarros guainas.

Allá se les ha enseñado a pensar, a discurrir a enhebrar frases con cierto sentido.

Tantos mantenían el cerebro guardado y sin uso, como nuevo, otros tenían atrofiada y enferma la

voluntad; al contacto maravilloso ya chispea en la frente la idea y siente brotar del fondo una secreta fuerza espiritual de que no se creían capaces; ya quieren con eficacia y sienten y penan, en una palabra son hombres y hombres de provecho.

Cuando vuelven a los lares paternos, al rancho oscuro, tendrán iniciativa, se les ocurrirá que todo aquello que están viendo es suceptible de progreso; amarán eficazmente su terruño, esforzándose en sacarle verdadera utilidad a la pródiga madre tierra que, para ellos era estéril nodriza que apenas les suministraba lo indispensable.

El buen amigo Alfredo Zegarra, que en sus verdes mocedades dicurría con la destreza de una mula, y que me acompañó como guía en una famosa excursión al valle de Lluta, ahora está trasformado, gentil caballeroso; piensa sobriamente, tiene iniciativas y se ha puesto hasta buen mozo después de su brillante carrera militar.

Basta decir en su abono que ha formado un escuadrón de chicuelos del pueblo; los arma de garrotes y les enseña los rudimentos del cuartel, marchas, giros, formaciones, armas al hombro, etc. etc. y aun cuando es verdad que su bizoño regimiento, a veces causa risa, y que al marchar se suelen pisar los talones, también es cierto que aquello progresa y que el gentil alférez Zegarra va comunicando sus conocimientos rápidamente, y pronto tendrá

una aguerrida falange dispuesta a vencer o a mórir en el momento del peligro.

Puedo pues decir a boca llena, poniendo por testigo a todos los habitantes de la montaña, aun de los pueblos más hundidos en las breñas, como ser Tignamar y Timar:

El sevicio militar obligatorio es una escuela cívica y de civilización integral, insustituible; junto con la instrucción que la Escuela proporciona gratuitamente en todos los poblachos y caseríos, contribuye eficazmente a formar hombres útiles para la sociedad, que de otra manera habrían vegetado, como parásitos, adheridos a la gleba, como aquellos tristes campesinos semi-salvajes que vió el filósofo francés.

Un día vi en el pueblo vecino de Tignamar la transformación total de un ser, por ese filtro mágico de la instrucción civil y militar de los cuarteles.

Cito el nombre para testificar y comprobar la verdad del hecho: Recaredo Andía era un indiecillo hirsuto que medraba apenas el sustento cultivando una parcela miserable de sus mayores.

Tenía el aspecto sumiso y encogido de los aymaráes: envuelto en su poncho gris y con las greñas hasta los ojos, causaba penosa impresión. Fué al cuartel del O' Higgins, cuando la hora llegó, y al año la trasformación estaba hecha. El

Ejército devolvía a la sociedad otro hombre en lugar del guiñapo humano que había recibido. Recaredo era ahora un mozallón cobrizo, de ancho tórax, con hábitos de cultura, respetuoso, podía conversar de cualquier tema, sabía leer correctamente y con gallardía llevaba su traje de paño del campesino acomodado.

Cuando regresó, sus padres apenas le conocieron, y el señor Vicario Edwards y el capellán que esto escribe contemplaron asombrados la obra educadora del servicio militar chileno.

XVI

UN VELORIO DE LA SIERRA

Han venido a buscarme para asistir a un velorio: un chicuelo de una india murió esta tarde de una enfermedad rara; una sorda fiebrecilla que le fué agotando y estrujando como una maldita víbora roja, hasta ahogarle.

Llamaron al Tata para que le rezara sus preces, el Evangelio de San Juan, que desde hace siglos se pronuncia sobre los niños enfermos: todo fué inútil.

Ni las pócimas de medicinales yerbas, ni el gato muerto, aplicado a la espalda...... el chico

murió cuando se encendian las primeras estrellas; la india lanzó un grito, una especia de salvaje aullido que se escuchó en todo el valle y, estrujando aquel pedazo de sus entrañas contra su corazón, daba muestras de la hondura de su enorme e insondable pena. Y yo que imaginaba que estos seres impasibles, graves y tristes, no sentían con tal intensidad

Era al fin madre y todas las madres del mundo en casos tales se retuercen en el paroxismo de su dolor.

Era velorio de importancia, pues los padres del angelito, antiguos vecinos del valle, tenían situación floreciente.

En una sala desmantela colocaron un andamiaje y sobre una mesa alta, el cuerpo del niño adornado con flores naturales, claveles y retamos, papeles y guirnaldas: allí recibiría el homenaje de sus parientes y de los íntimos.

A los pies de aquel improvisado catafalco ardían los carbones rojos, en un braserillo de cobre, en donde el incienso se iba quemando y lentamente se desenvolvía humo azuloso y fragante, símbolo de las plegarias y votos de los amigos y de los padres.

En el fondo de la pieza, arropados en las sombras, se agitaba una masa informe, eran los dolientes, los buenos amigos que se escurrían

como duendes y en la posición predilecta, en cuclillas, rendían el homenaje de su devoción al muerto y de amistad a la familia; lúgubre y lastimero gemido brotaba indefinible de aquella masa humana.

Era un chorro intermitente en que la pena y la plegaria se condensaba en una salmodia de brujas, y uno que otro sollozos; pero allí también estaba la madre, volcada por el dolor, rígidos los brazos, los dedos se crispaban hacia lo alto donde estaba la apoteósis de su hijo, mientras que de los labios entreabiertos nacía un grito inarticulado como la cifra de un dolor indecible.

De vez en vez la puertecita se abría, dejando ver el cielo diáfano, sembrado de estrellas, y con la suave lumbre de arriba se colaba un hielo polar que nos estremecía hasta los tuétanos.

Entraba entonces algún visitante y, silenciosamente, iba a tomar un lugar entre los pensativos acompañantes.

Trajeron un brasero encendido y hubo en todos un placer animal, porque ya el frío laceraba las carnes y congelaba el aliento.

En esto, un viejo indio se puso en pie y, cojeando fué con un cántaro, repartiendo el licor de la ceremonia, un vinillo de la quebrada, espeso y dulzón que se iba deslizando como miel, garganta adentro.

Era el viejo momificado, con híspidos bigotes y todo el semblante arcilloso y arrugado cual corteza del árbol. Los contertulios bebían ávidamente en el mismo vaso, mirando al angelito y decían por turno, después de limpiarse los labios, el saludo de ritual: ¡Que sea en buena hora!

Con aquel néctar negruzco, rebrillaban los ojos con fulgor extraño y se redoblaban los gemidos, y un sopor y una laxitud rara iban invadiendo a los dolientes y más de alguna vejezuela, dulcemente arrobada, se daba a roncar como si se hallara en las mismas antesalas del paraíso.

¡Oh! era muy feliz allá arriba el angelito, iluminado con las luces amarillentas de los velones, entibiado por el rescoldo del pebetero y aromado con el incienso que chisporroteaba al consumirse, y más de algún indiecillo, que asomaba su roja nariz por entre la bayeta materna, debió mirar con envidia al compañero glorificado que hasta tenía a sus pies caramelos y colaciones para endulzar la breve jornada.

Algunos, impacientes o ajenos al tumulto emotivo que dominaba a la concurrencia, hablaron en voz baja y un sordo cuchicheo, susurro del viento entre las cañas, llenó el ámbito.

Alguien trajo el charango y lo entregó a un forastero que en un rincón observaba y callaba, envuelto en un amplio poncho de alpaca, color

plomizo. El semblante impávido de aquel hombre, que no había visto otras veces, se animó, sus ojos deslavados, llamearon breves instantes y acariciaron el instrumento indígena con verdadera voluptuosidad.

Hubo largo silencio; calló la india y, como por arte de encantamiento, se apagaron todos los rumores; sólo algun chisporroteo acompañó los primeros sones del tocador: **¡Chungun! chungún chüingun.—Chungun ¡chungun chüingun!**

El forastero aquel miró las estrellas, al techo, luego se ladeó hacia el túmulo y con voz quebrada y áspera que, apesar de todo tenía un secreto encanto, una conmoción del alma, entonó sus endechas al angelito:

¡Ay! tan bonito el angelito
!Si ya ja ya jay
Más bonito el arroyuelo
Que corre el monte
¡Si ya ja ya jay!

Era la letra rústica e incoherente, con truncas frases y unos requiebros finales en el tono que habrían merecido un reflicha en otra ocación, pero aquella vez, en aquel ambiente heterogéneo, que trascendía a lágrimas, iba aquella endecha trágica a conmover hasta la última fibra de la entraña.

¡Que más se querían las mujeres para soltar el trapo a llorar ruidosamente, y algunos, que se

habían repetido el espeso licor de Codpa, le seguían con fervor llevando la nota alta. La pobre madre, desgarrada por su tormento, se sacudía estrujando los sollozos en su garganta.

¡Qué fuerza extraña tiene la música, que secreto poder lleva en sus ondas para alcanzar hasta los límites del espíritu y adueñarse totalmente del ser con dominio absoluto e incontrastable. Aquella melodía simple, arrancada del primitivo instrumento incaico, y por una mano poco diestra, fué suficiente para conmovernos y sojuzgarnos a todos los presentes; todos quedamos traspuestos, escuchando al cantor que, con su tono áspero, pero que brotaba de lo íntimo, fué desenvolviendo su canción junto con los espirales de humo que se levantaban del pebetero.

Ya la india estaba más serena, ahora lloraba blandamente, como si una mano piadosa se hubiera tendido sobre ella para acariciar su desgarrada alma.

La fe religiosa hizo el resto; una de las doncellas que asistían, de la noble extirpe de los Alanoca, se arrodilló y rezó un Padrenuestro con fervorosa devoción, Padrenuestro que fué coreado por los asistentes.

En época lejana, nos cuentan, esa fe robusta de ahora estaba mancillada y deslustrada con supersticiones de grueso calibre. Reinaban las brujas con

sus ensalmos y ojeaduras y hacían su agosto amenazando y enredando a los pacíficos moradores de la sierra. Hoy no se conocen; las brujas son ellas, doncellas de alma pura, que socorren a los pobres y enseñan el catequismo, y en el hogar y fuera de él se mantienen modestas y hacendosas, dignas herederas de las virtudes maternas.

Seguramente quedarán aun supersticiones en el alma campesina, pero como flotantes girones de un sudario; ahora la fe crecía y se adentraba en los espíritus e iluminaba y consolaba con divina eficacia: allí estaban la mujer y el viejo momificado, rezando con un ardor y una confianza que contagiaban hasta a los indiferentes, hasta a ese señor calvo y solemne que mostró reverencia a la fe de los demás con sus ademanes y con su silencio.

No faltó una nota cómica para terminar la ceremonia; ese mismo señor calvo y solemne, con esas mondas calvicies que conmueven el ánimo, se quedó dormitando al calor del brasero, ya entibiada su sangre con las repetidas libaciones, la música lo tenía sin cuidado, aun le servía para arrullarle su sueño; qué le iba a llegar al espíritu, envuelto como estaba en la espesa capa de tejido adiposo. Algún son más fuerte del charango o algún grito menos armonioso del rapsoda lo estremecieron, y el cuitado, creyéndose en una reunión de otra naturaleza, y sin despertar del todo, rompió con bronco acento:

¡Cantemos las glorias del triunfo marcial
Que el pueblo chileno obtuvo en Yungay!

Hubo un desconcierto atroz; gritos de protesta, carcajadas mal contenidas. Los dolientes no salían de su asombro imaginándose hallárselas con un demente.

Salimos del rancho; en la bóveda de una diafanidad de cristal hay un milagroso florecimiento de estrellas, la Chascosa (la brilladora) el astro de la noche tiene un fulgor, como jamás lo había visto, y sobre el negro cerco del Panteón rojea Marte con sangriento destello; sigue corriendo el glacial vientecillo, hecho de nieve y tal, que martiriza la carne y hace castañetear los dientes, mas en aquella hora está saturado con las flores de la sierra.

Y pensamos con el poético pensar de los serranos que una estrella se ha desvanecido en la claridad del sol y se ha marchitado para siempre una flor de la montaña.

XVII

DE GRAMATICA

Los habitantes de estos villorrios de la sierra, por poca o nula cultura que tengan, pronuncian el castellano mucho mejor que nosotros los del sur, silabean las palabras, hacen sonar las dees y las eses finales, a veces colocan el "pues" con picaresca elegancia y se burlan de los que nos comemos letras y suprimimos vocales con esa despreocupación elegante de nuestra gente, desde el roto descamisado hasta el diputado con levita.

Como he visto sonreír a más de alguno de mis oyentes, me voy fijando más en mi pronunciación y la hallo desastroza. Comienzo entonces una auto-educación para no atropellar con tanta desfachatez las reglas de la ortología. Sin embargo he de renunciar a ello, no resulta; uno se siente como con zapatos apretados o con cuello estrecho y con cierto afeminamiento que no sienta a nuestra dura modalidad. Y me quedo con la libertad de siempre para hablar como todos los de mi región, respetando por otra parte los fueros elementales del idioma.

En cambio de esa pronunciación sonante y vocalizada, los nativos la han emprendido contra

la sintaxis, haciendo en ella verdaderos estragos y con perfecta inconsciencia.

Para empezar, el verbo saber está convertido en auxiliar del mismo valor que ser o estar; V.gr., para decir: Este señor se ha embriagado o curado "ellos dicen, arremilgadamente: "Había sabido marearse".

Es el verbo **get o go** de los ingleses y que se usa para todo; "Este caballo ha sabido espantarse"; "aquella cacerola ha sabido estar rota y saliendo" "mi papacito había sabido caer enfermo enteramente".

Y es tal la majadería, que de tanto oirla después de pocos días, uno se contagia y sabe aburrirse, sabe dar una ronca, sabe dar de consejo, convirtiendose en un sabiondo de tomo y lomo.

Son inclinados a los diminutivos, empleando en su léxico una infinidad: cuando le preguntan a una india cuántos hijos tiene, responde con seguridad: **"Unito o tresito o ningunito".**

Para las distancias disminuyen los adverbios para indicar cercanía: Vgr; **Allicito, aquicito, ahorita, mañanita.**

Luego demuestran su cariño o su timidez apechugando con el resto de los vocablos tiernos: mi tatita, la ñañita, la mamita.

Usan también palabras de pura cepa castellana y con mejor propiedad que entre nosotros, así el verbo **halar** en el significado de alzar o empujar.

Un chico acusa a su hermana que lo empuja y dice: "Mamita; Rigo me está jalando (aspirando la h del verbo).

Halame esta mesa.

He oído mucho los verbos, **malograr-amañar,** por adherirse o plegarse, **charar,** por pedir prestado **aupar** por levantar.

El aymará va disminuyendo en casi todos los poblados: en Belén habrá cincuenta personas aymaristas.

En total, en toda la región del departamento, incluyendo la Puna, es decir los pueblos de Choquelimpie, Hauyatire, Parinacota, Cauquena, Timanchaca se contarán unos ochocientos o más hombres que hablan solamente el aymará.

La palabra aymará quiere decir, según los más entendidos intérpretes; **"Idioma de lejanas naciones"** se ha producido la síncope de las siguientes palabras: **ay** de haya; **ma** de marca y **a** de aru.

Es considerado por los etnólogos, por los lingüistas y filólogos como uno de los idiomas más antiguos y nobles de América, y tal vez del mundo; hasta le atribuyen la particularidad de haber sido el idioma sagrado de los Incas, con el que daban sus decretos reales y se comunicaban con los príncipes y letrados, dejando el **quechua** para el grosero vulgo.

Los Incas primitivos, aquellos misteriosos hijos

del sol, cuya autoridad indiscutible como emanada del Astro, Soberano y dios, el Inti, habían adoptado para sus ordenanzas y decretos el riquísimo idioma, mientras que el pueblo esclavizado se batía en sus conversaciones y en sus lamentos con el quechua, adoraba en su quechua y hasta solía sublevarse en quechua, idioma plebeyo, pero de mayor suavidad fonética, que el idioma de la nobleza.

La caída de los soberanos incas y la disolución de la corte, derramó el idioma por todo el altiplano y con gran facilidad por la semejanza de construcción y por esa fama de nobleza real con algo de religioso que llevaba consigo, ya que no tenían la sombra del soberano, hijo del sol, presidiendo sus destinos, habia que conformarse con el idioma.

Es considerado el aymará por el americanista Acosta, como el sanscrito en las lenguas primitivas, una especie de idioma perfecto, de donde han salido todos los demás y por esta razón han imaginado muchos que el aymará, ya desarrollado en toda su potencialidad, se convirtió en una semejanza con el quechua.

Se funda el sabio americanista para segurar su tesis de la riqueza y antigüedad de tal idioma en una serie de razones de las cuales tomamos solamente tres, las que consideramos más fuertes;

1.ª—Según los estudios etnológicos e históricos

del altiplano, aquella región donde floreció el pueblo más culto y más comercial, era ocupado por gente de la raza aymará que conservaba en sus momias y monumentos los caracteres raciales, tal como existen ahora en esa raza.

Los Huacos y monumentos son los más antiguos y llevan las inscripciones en idioma aymará.

2.ª—Los nombres aplicados a las cosas de uso familiar y a los animales tienen sonidos guturales y cacofónicos que guardan íntima relación con la naturaleza del objeto o del animal nombrado, en una palabra, son más onomatopéyicos.

3.ª—Los nombres que se han aplicado a las montañas a los ríos, a los volcanes, en general, casi todos los nombres geográficos son aymarás, conservándose tal cual fueron en su origen o con muy pequeñas corruptelas, con la curiosa circunstancias de guardar relación estrecha, natural analogía con el lugar o con la montaña.

Y por último, aquella pre-histórica civilización de Tiawanacu, tal vez la más adelantada y la más memorable de todas las regiones de América, se halla en tierra aymará, con inscripciones tumbales y figuras que recuerdan la raza y el idioma.

Contentémonos con saber que el misterioso idioma, sobre cuyo origen y riqueza y extensión disputan acre e inútilmente los americanistas y etnólogos y lingüistas constituye la huella de uno

prodigiosa civilización, cuya grandeza y profundidad no podemos ni vislumbrar, y esto en plena sierra.

Han quedado pues flotando en el altiplano, como girones de riquísimo manto real, de púrpura, las voces de este idioma, áspero, gutural, y a la par de extraña ductilidad para expresar quién sabe qué delicados matices del espíritu, y, aunque no podemos medir la extensión de esa cultura y su profundidad, dejan sin embargo adivinar esas voces enorme civilización histórica. Aunque esa púrpura real es ahora un sudario, hace comprender demasiado que perteneció a un cuerpo gigantesco que lo llevó con gloria a través de un continente.

Pasó el pueblo aymará, como han pasado el imperio asirio, el persa, el griego y el romano, y nos ha dejado, como la incógnita de un enigma indisoluble, el idioma; les queda a los intérpretes y a los que viven buscando en el pasado, la solución de esa incógnita.

Lo que podemos afirmar que es un idioma endiablado más difícil que el elemán, que el griego y el hebreo; es áspero y gutural, se raspa la garganta con esas haches, jotas, ges que están diseminadas con profusión, aun en las más dulces palabras.

Villamil sostiene que es el idioma más pródigo de expresión y de vocales, que convierte a todos los seres de la creación en seres con vida, y hace

verbos a millares, de tal manera que el más infeliz indio tiene una abundancia de términos para expresar una idea, hasta con los más delicados matices de sentimiento. Es un consuelo poseer tanta riqueza de palabras ya que apenas tienen qué comer y con qué vestirse.

Ahora que estamos en pobreza suma, sería ganancia para nosotros enseñar el aymará a nuestros legisladores para que nos regalaran lo que nada les cuestas; palabras y palabras.

Una muestra de su dificultad es la enumeración: hasta, diez vamos regularmente, pero cuando hay decenas y centenas la cosa se complica.

Maya es uno, pusi es cuatro, tunca es diez; por tanto el cardinal cuarenta es **pusi tunca** como quien dice, cuatro y diez.

Este número es muy popular; los indios era tigres para el alcohol, y no les gustaban grados inferiores, se tiraban al cuarenta como mínimo; de aquí **el pusi-tunca,** es un número clásico y el aguardiente se transformó para ellos en un reconfortante **pusi-tunca** que los dejaba mejor que nuevos.

Para contar cantidades mayores es necesario tener una tranquilidad de espíritu grande, así el número ciento ochenta me ha costado sudores repetirlo. Hagan la prueba; **Patacquimsakallcotunkaini.**

Por otra parte, los indígenas son altivos cuando se trata de su idioma, y el que se aventura a

rasparse la garganta con las guturales lo ha de pronunciar lo mejor posible para que le entiendan, pues en esto las tienen tiesas con los ingleses.

Me enseñaron a preguntar la distancia que mediaba de un pueblo a otro. En mis viajes, al indio que me topaba le deserrajaba a boca de jarro la preguntita. Al principio me miraban y se sonreían o murmuraban: **"Haniwa unanchaña"** que más menos quiere decir: "No te entiendo ñato".

Mi pregunta era: Acata marcaru caicau tupus utji?

Que se analiza así: Acat-cúantas.

Marcáru—al pueblo
Caicau—De aquí
Tupus—leguas o topôs
Útji—hay

El error mío era no hacer zumbar las ka en caicau. Cuando la pillé, los indios gozosos me respondían, pero era el caso de que la respuesta me dejaba en ayunas.

Uno no se ha de confiar demasiado cuando le enseñan el léxico, que a lo mejor se lo pitorrean en forma indigna.

A un personaje nuestro le pasó un caso gracioso. Le pidió a uno de sus compiches que le enseñara alguna frase de galantería para dispararsela a las doncellas que, como sus hermanas las belenitas del

Oriente, van a la entrada del pueblo a buscar agua con su cántaro al hombro.

El gentil mozo se colocó en posición estratégica y, en romántica actitud, preparado de manpuesto para granjearse, con su donaire, la voluntad de las serranas.

Dicho y hecho; pero ¿cuál sería su asombro al ver la cara airada y los respingos que respondieron a la almibarada frase aymará que les soltaba el galanteador con la más escogida de sus sonrisas?

Dos veces le pasó, y cuando se lamentaba de su mala fortuna y del agrio carácter de sus intelocutoras, se le rieron en su cara, porque aquella frase, en la cual cifraba su triunfo, era nada menos que una burla grosera e hiriente.

Les decía sonriendo: "Amuki laparara, imilla"

Que en buen aymará quiere decir: "Callate, chiquilla piojosa".

Y no mire con mucho orgullo y desvío el pulcro idioma castellano al colega de la altiplanicie, alegando lo limpio y esclarecido de sus blasones latinos.

He hallado sin esfuerzo muchas palabras de uso corriente entre nosotros, tomadas del léxico indígena. Así guagua viene de **huahua** y quiere decir, **"niño de pecho"** en aymará; **huacho,** de huérfano en aymará.

Charqui—es cecina o carne seca y salada. **Paila**—es fondo. **Carachi**—es grano o sarna. **Lapa**—es piojo.

En la región la palabra camanchaca admitida por la academia es tomada y formada con raíz aymará, de casi—chamaca.

Así y todo, se recomienda a los que se internan por la sierra con misión especial, a los sacerdotes, capellanes, a las autoridades, no se vayan ayunos del idioma, siquiera pronuncien las frases más usuales, tómense el trabajo de estudiar las raíces y verán, con mejor claridad, la sicología de la raza que no se entrega así no más a cualquier advenedizo, que es desconfiada y recelosa por temperamento, y que abre de par en par las puertas de sus chozas y de sus almas al que les va a hablar en el lenguaje materno, aunque más no sea el gutural e intrincado idioma de los Incas.

XVIII

EPISODIO TRAGICO

He vuelto a mi rincón, después de las nueve, porque nos detuvimos jovialmente con el mayordomo Cutipa, arreglando la gloriosa miseria de la sacristía y los zurcidos manteles del altar.

El cielo está limpio de nubes y radiante con la claridad estelar, y como es lógico, aumenta el hielo

de la noche, ese hielo que hace destrozos en las chacras y que marchita y seca las habas y empuja bajo las mantas a los seres humanos..

En las dos callejas que llevan a mi mansión no hay un alma. Sin embargo, frente al despacho de Salomón una luz rojiza se filtra por las junturas de las puertas. Es seguro que el infatigable mercader cuenta sus escasas ganancias o riñe a su hijuelo, ese turquito, pierna de Judas, que hace estragos entre la parvada belenita.

De repente me hallo de manos a boca con mi buen amigo Humberto Bustos; es un criollo de rejo que, en ocasiones, a pesar de su mancadura, se las tiene tiesas con el más pintado. Ahora está alegrucho, pues viene de una visita de cumplimiento. Me pregunta:—¿Qué le pasa, mi capellán?

—Estoy entumido.

Con sus dos brazos sin manos me estrecha y me dice con cariño: Yo lo abrigaré contra mi corazón.

El zunquito Busto es un hombre de valer. Caritativo patriota y de gran corazón, siempre está dispuesto a acudir en auxilio de los que sufren, por eso, aquella frase afectuosa no me causa admiración y sería capaz de entregarme su poncho para que no sintiera frío, y eso que su poncho es su lujo y su regalo.

He recordado el trágico episodio de su vida y que fué causa de su desgracia.

Se aprestaba el pueblo para celebrar la fiesta del Patrono, el venerable Apóstol Santiago.

Matronas y doncellas belenitas habían traído del campo ramas y flores para adornar las andas que lo iban a pasear en triunfo por las calles de la ciudad.

También los hombres contribuían con su trabajo, preparando las camaretas para el momento culminante. Humberto Bustos, entre todos, trabajaba también con ahinco.

Todo listo, llegó la hora de la procesión.

Una señora llamó a Humberto para que llevara los tiros de dinamita al sitio donde se revientan, un aislado peñón, a un tiro de piedra desde donde lanzan el estampido de saludo, pero Humberto puso mala cara, tenia otras cosas que hacer, estaba ocupado. Le insistieron y por fin aceptó.

Llevaba preparada la mecha, listo el fulminante, y ya en la altura, cuando la procesión se ponía en movimiento, estalló un formidable tiro y resonó al mismo tiempo un ¡ay! desgarrador. El fulminante había reventado, cuando aun le conservaba en una mano, y se le había adherido fuertemente, destrozándole totalmente las dos manos.

Sin sentido fué llevado a su casa.

Mientras tanto la procesión seguía su curso. Al regresar el cortejo, y al pasar frente a la mansión

de Humberto, se vió un extraño espectáculo: el herido, vuelto en sí, atribuyendo su desgracia a un manifiesto castigo del santo, por su mala voluntad para servirle, salió a la calle y levantado en alto sus ensangrentados muñones, que chorreaban sangre, clavaba su mirada dolorida en la faz del santo, pidiéndole perdón a gritos.

A nadie le cupo la menor duda de que aquello era castigo del inexorable Patrono del pueblo que, como santo guerrero, manejaba a sus devotos con rigor.

El carácter de Humberto se dulcificó y se fortaleció con aquella aventura; su piedad fué creciendo y es ahora un varón de provecho, abnegado y compasivo, que refiere a quien quiera lo que él considera un castigo.

XIX

DIA DE DIFUNTOS

El día de Todo los Santos hemos engalanado la capilla con todos sus lujos, sacando a relucir esos candelabros de latón y esas columnas de madera de las fiestas de primera clase.

Como en ocasiones semejantes, se han forrado con ramas verdes las dichosas columnas, y sobre

la repisa de Nuestra Señora del Carmen, bellísima repisa de estilo churrigueresco, con fino laboreo, y con un encaje de madera roja y verde, sobre esa repisa, hemos colocado los claveles rojos y blancos del jardín de los Ajata.

El día ha amanecido triste; gasas de nieblas flotan sobre el cerro de la Cruz y la sombra de los nubarrones de la Puna se ha extendido como fatídico agüero sobre el pueblo y sobre el valle.

Se prepara la región de la montaña para su tétrico invierno.

Desde temprano marchan escuadrones de nubes, escuadrones de fieras grises que van a su madriguera.

Muy lejano, muy lejano, ha redoblado el trueno con su artillería de grueso calibre.

La naturaleza influye sobremanera en el ánimo de los nativos. Aunque hemos echado a volar los Aleluyas de las campanas, invitando a la gloria de los bienaventurados, la nube de arriba y la proximidad de los difuntos, cuyo reinado se acerca, han helado la sonrisa en los labios.

Después de la misa mayor, han doblado las campanas anunciando al pueblo que las almas de los difuntos toman posesión de su antiguo hogar.

El sonido de las campanas es largo y sollozante, dijérase un gemido prolongado por el viento serrano

y repetido y balanceado por el eco de la montaña, velado ahora bajo los tules de la neblina que desciende.

¿Habéis oído esos versos tristes, que tanto evocan, del raro poeta norteamericano Edgardo Poe? En ellos habla de unas campanas de hierro y bronce de su país natal, que hacía surgir un mundo de espectros de esa región que se prolonga más allá de la tumba.

Dice: "Las campanas de hierro suenan tristes —con monótona y lenta melodía—y sus acentos funerales llenan—el alma de letal melancolía".

"Todos piensan en lo breve de la cara vida humana—en el lóbrego misterio del incógnito mañana—escuchando como dobla, como gime, como llora la campana funeral, la campana aterradora que recuerda a la conciencia que el placer no es eternal".

Los habitantes de esta sierra, cristianos a machamartillo, han sintetizado su creencia en el Purgatorio y en las ánimas que lo pueblan, en esas fiestas del día de difuntos, materializando en sus rudos ingenios a las almas y redoblando en esos días las oraciones y los sufragios por los seres queridos que ya no existen.

Un respetuoso temor los domina en estas horas.

Las dos callejas se ven desiertas: uno que otro peatón se aventura, calladamente, pegado a los muros, en tanto que las dueñas de casa con sus ayudantes preparan las viandas para los difuntos.

Creen a pie juntillas que a eso de la oración las almas que andaban vagando por los alrededores se acercan a sus mansiones y allí comen de sus manjares predilectos. La Omnipotencia y la Misericordia del Señor les permiten, en este día que salgan de sus hórridos calabozos y que vayan de juerga por el mundo de los vivos.

Por eso, en todo la octava, las dignas matronas y las delicadas doncellas agotan en el fogón sus artes culinarias: de allí salen aquellas frutas de sartén, exquisitas hojaldres y biscochuelos, tortas, bollos y queques, y luego los platos fuertes que constituyen el ideal de los gastrónomos: aquellos picantes rojizos, esas espesas cazuelas doradas, los emparedados, los camarones al jugo, y hasta los advenedizos y latigudos tallerines.

En la sala principal de la casa se arma la mesa de la ceremonia. Adornada de flores y humeando las viandas, y en bello desorden las galletas y las masas y panes de dulce, todo es una invitación a la gula.

Llegan las visitas, con semblante apropiado a las circunstancias, y los de la casa los atienden con singular gentileza. Cuando han recordado al difun-

to o han conversado de cosas triviales, les ofrecen de lo que hay con profusión sobre los albos manteles bordados; y las visitas, dolientes o no, como que no quiere la cosa, van engullendo suavemente aquello que agradó al difunto.

En esta solemne ocasión hacen una chicha de jora, (de maíz), de muy agradable sabor, chicha fresca y de un matiz turbio, tirando a rubio, que paladean con fruición los nativos, a pesar de que no tiene pizca de alcohol.

Es de buena educación en tales casos, que el visitante se ponga de pie y quede un momento abstraído, como en oración, y luego murmure una plegaria en honra del alma del difunto, y que se le responda: ¡Que sea en buena hora!

La gente maleante, los galopines y forasteros, hacen su agosto en estos días, pues llenan la tripa, en honor de las almas de los que ya no existen, y hacen la ronda, casa por casa, murmurando plegarias o haciéndose que rezan.

Después de largo crepúsculo, llega la noche, como enlutada soberana, en cuya negro capuz apenas luce alguna estrella. Las puertas de la iglesia están abiertas de par en par y así permanecerán toda la noche.

Severo catafalco se alza al medio, está ornado de símbolos y emblemas tumbales: calaveras y

canillas cruzadas, semblantes diabólicos aplastados por el vencedor de la muerte, dibujos primitivos, que tiene la ingenuidad de las pinturas y trazos de las catacumbas.

En torno del catafalco, las familias que quieren, erigen sus tumbas, pequeños túmulos llenos de siemprevivas y guirnaldas y cirios para velar al difunto o los difuntos del hogar. Antaño, ante el triste simulacro de la muerte, colocaban frutas y guisos, las que más apeteció aquel cuyo recuerdo está en la memoria de todos; pero esta costumbre, tan pagana, de tan crudo materialismo y, tan reñida con el ideal cristiano, es combatida discretamente por el Tata y se suprime de una plumada.

Todo el pueblo ha acudido: viejos y mozos, veteranas que apenas chancletean, y niños que dan los primeros pasos rodean los túmulos con la misma idea piadosa: rendir un homenaje de amor y de plegaria a los que ya no existen.

Bendito sentimiento de inmortalidad, que levanta el espíritu y consuela, que reúne a las almas en un solo impulso de fraternidad y estrechamente abraza a los vivos y a los muertos, a la viejecilla indígena que apenas alienta y al mozalbete, ardiente de salud.

Fulge la iglesita, iluminada con las luces agonizantes de las lamparillas y con el fulgor amarillento de millares y millares de cirios, se difunde por el

ambiente, henchido de lágrimas, el sacro aroma del incienso.

Después rezan el Rosario, coreado por los fieles, con más devoción que de costumbre.

Esta escena tan emotiva, tan sencilla, de un sentido cristiano tan profundo, ha sido narrada en verso por un poeta italiano, Páscoli, y con tanto colorido como si hubiera asistido a esa reunión piadosa de los rústicos campesinos que en torno de un túmulo, el día de los muertos, rezan el Rosario recordándolos.

Pinta el poeta un cuadro de costumbres toscanas, cuando en la noche de los difuntos, el viejecillo y la abuela con los nietos, se reúnen para conversar con los seres queridos, que ya no están en la tierra, pero que han acudido aquella noche sin luna a recibir ese tributo de oraciones y de lágrimas.

La armonía intraducible del italiano, y ese dejo melancólico que el dulce Páscoli sabe dar a sus composiciones campesinas, admirablemente lo adaptan para pintar el sencilo cuadro.

He aquí dos estrofas de esa composición, que no he resistido colocarlas aquí:

«E forse (io non odo non sento
che il fiume pasare, portare
quel múrmure al mare d'un lento
vegliardo la trémula voce
che intuona il Rosario e che pare

che venga da sotto una croce,
da sotto un gran peso; da lunge—
Quei poveri vecchi bisbigli,
Sonora una romba raggiunge—
col trillo dei figli de' figli.
¡Oh morti. Pregarono anchíessi
la notte dei morti, per quelli
che tacciono sotto i cipressi.
Pasarono...Sopra la luna
che tacita sembra che chiami.
Io vedo passare un velo, una
breve ombra, ma bianca, di sciam.

(*La notte dei morti*).

El capellán les habla procurando poner en sus palabras la sencillez y la emoción evangélica. El tema de la plática es el de la fiesta: "Concédeles, Señor, el eterno descanso y brille sobre ellas la perpetua luz".

Esas almas de los que han muerto en la paz de Jesucristo, van a terminar de purificarse para entrar al Reino que Dios les tiene reservado, a un lugar de expiación, al Purgatorio.

Esas almas no tienen necesidad de alimento, no están sujetas a las miserias de los humanos, viven otra vida más pura y más alta, sólo desean oraciones y sufragios. Por eso, en estos días santos, no es extraño que ellas se acerquen a nosotros y nos pidan, con clamores, un recuerdo. Ése es también nuestro destino final, no el destino de las bestias

que nos rodean y nos sirven, del borrico que lleva nuestra carga, del caballo que nos conduce a través del desierto.

Terminada la jornada de nuestra existencia terrena, deshecho nuestro cuerpo y convertido en un puñado de polvo, volará el alma después de purificada hacia el seno del Señor.

La claridad y la belleza del Dogma cristiano es para ellos otro horizonte nuevo que se les presenta, en la noche espesa de supersticiones en que viven sumergidos. Pero es necesario dar y cavar mucho y con paciencia para dejar brecha en esa tupida maraña de creencias y errores, que han venido forjándose desde tiempo inmemoriales, ayudados tal vez con la complicidad de buena fe del que los debía guiar.

A eso de la once vamos en peregrinación al lejano Cementerio, con hachones y linternas.

Lentamente subimos, faldeando el cerro, por un senderillo al lado de la acequia que riega las siembras. Más adelante, luces rojas horadan las tinieblas, señalando el camino.

Casi todas las tumbas están iluminadas y los deudos, sombras en medio de las sombras, van rezando con ejemplar piedad, junto a los huesos de sus parientes y amigos.

El capellán cumple su ministerio; y por una larga hora dice los Responsos por aquellos que duermen en el solitario rincón, bajo la sombra de la cruz, y ya pasada la media noche, vuelve a la capilla del pueblo, platicando plácidamente de altos temas religiosos, acompañado con el grupo de fieles, sobrecogidos de emoción

Sobre la masa negra de lomas y cerros que ondulan hacia el poniente, Sirio ha surgido, rompiendo las nubes con su fulgor de diamante y aquella luz que llega de lo alto es un mensaje de amor y de esperanza.

Toda la noche velan los deudos, que han levantado las tumbas en la iglesia, y rezan rosarios interminables, por todo lo que no han rezado en el año.

Al día siguiente amanecen, mustios los semblantes; las bandas de morenos, desde temprano, entonan con sus instrumentos los aires más lúgubres y dolientes de su repertorio.

Despues de las misas de rúbrica, nueva peregrinación al Cementerio.

Vamos primero al del pueblo, ya henchido de habitantes. Aquí descansan los antepasados del pueblo, los fundadors de las familias, los viejos párrocos, algunos de los cuales están enterrados en la fosa común.

Se renuevan entonces los Responsos para todos, yendo de tumba en tumba con el agua bendita y el hisopo, elevando las plegarias oficiales de la Iglesia por esos cristianos que hace luengos años no han recibido sufragio alguno.

Han pasado tres horas, ya ni el sacristán ni el Tata dan más, y la gente incansable e importuna pide nuevos Responsos para el tatarabuelo, abuelo, padre, madre, compadre, etc., etc.

En la tarde envían los obsequios tradicionales, los biscochos y las tortas y panecillos como un dulce recuerdo de las almas ausentes.

A esa misma hora hay un Agape fraternal en la plaza ante la iglesia.

Presiden las autoridades, rodeando al Pastor. Cada familia prepara algún guiso, por piadosa obligación, así es que aquello se convierte en un banquete interminable, en que el imponderable picante hace llorar con más o menos enternecimiento a los comensales noveles. Y si fuera un solo guiso...los picantes se suceden, en fastuoso desfile, y hay que probarlos, porque las familias que han armado su cocina muy cerca, espían con ojos inquisitoriales y se sentirían heridas en su dignidad si alguien les despreciara lo que han preparado, agotando sus conocimientos culinarios.

Algunos de los comensales se comportan a la altura del banquete: concienzudamente van sirviéndose de todas las viandas; serios y dignos como si el cejar en el combate les comprometiera la honrilla.

Por suerte, se ayudan con pan y en los intervalos, los invitantes recorren las mesas con enorme jarras de chicha de jora, y esto les da aliento para continuar la jornada.

Entretanto, muchos dolientes rondan la plaza solicitando plegarias por sus muertos y obsequiando a los amigos con galletas y biscochuelos que han fabricado con sus manos pecadoras.

Ha terminado el Día de difuntos; la Compañía de morenos se despide, casa por casa del vecindario, tocando sus zampoñas y flautas y danzando en vertiginosa danza; ésta es la Cacharpayita, o el adiós hasta el año siguiente.

Por último, hay que despedir a los difuntos que han visitado, como huéspedes de honor, el pueblo, y a eso de la media noche, en bulliciosa comparsa van hasta las afueras y allí, después de largos cantos y parabienes mutuos, derraman el vino y la chicha que ha quedado y que sería un sacrílego robo destinarlos para otros usos profanos.

Desde mi lecho oigo el lejano vocerío de la Cacharpaya y pienso en la bondad de este pueblo que en sus alegrías y en sus duelos, recuerda a sus

muertos y continúa la tradición de sus antepasados con una perseverancia ejemplar.

Bien ha dicho uno de nuestros pensadores: "Un pueblo sin tradiciones, sin fuertes raíces en lo pasado, es un pueblo muerto".

Queda ahora a la autoridad, al sacerdote, al maestro levantar esas tradiciones poniendo en ellas alguna espiritualidad, algún ideal cristiano y desbrozar lo impuro y grosero y pagano y que se ha ido mezclando y ha ido creciendo paulatinamente.

XX

EL PACHAYAMPE

¡Vaya usted a averiguar el significado etimológico de la palabra ésa, aymará de pura cepa!

Lo pregunté a mis técnicos consultores y ni lo sabía el patriarca On Tiburcio, ni la Petronila que habla un aymará clásico! Sólo estaban de acuerdo en que era aquello una fiesta y de las más sonadas del valle.

Su objeto es ayudar al mayordomo de la iglesia en las siembras que hace en el terreno que la comunidad le da, para que haga los gastos del culto.

Por tanto, es fiesta religiosa social, con música y cantos a lo divino y a lo humano, danzas y licores al por mayor

Los dos mayordomos se unen para hacer los gastos, porque la cosa cuesta caro. Ahora están de turno el inponderable Sebastián Cutipa y Silvano Mamani con sus respectivas caras mitades.

El terreno elegido es una parcela, que dicen, muy rica, en el sitio llamado **El Romeral**, distante sus quince cuadras del pueblo.

En la víspera se trasladan los mayordomos a regar la tierra para alistarla para el gran día.

Por la mañana sale entre retumbos de camaretas y cohetes, la alegre comparsa de mozallones y garridos donceles en sus borricos enflorados, llevando en árguenas y ancaches la semilla de papas o habas que van a sembrar.

Van ellos también, como sus grises y pacientes rucios, con flores en los sombreros o con fetivos trajes de Carnaval; es un desfile pintoresco celebrado con gran vocería y carcajadas por los pobladores, mientras recorren todas las calles en ese dulce trotecito asnal hasta desembocar al campo, ya dorado por ese otoño **sui generis** de la sierra.

Esa tenue melancolía de la estación de las siembras, comunicada más que todo por los espesos nubarrones que se ciernen sobre la Puna, está aquí temperada por el regocijo de la fiesta próxima. Todos los belenitas están trajeados con sus atavíos de lujo y las matronas y doncellas llevan a cuestas sus lligllias multicolores.

Después de almuerzo se encaminan todos hacia el sitio de la fiesta; las mujeres llevan en pequeñas andas al Niño Dios en una urna de cristal: Va envuelto con un poncho de vicuña y con chalina gris, para que el aire helado no le hiera sus delicados miembros, y así El proteja de las escarchas y hielos del invierno a la siembra, que en su nombre se va a realizar.

La gente de pro va a caballo. Veo a don Marcelino y su reposada mujer doña Fernanda, la ilustre prosapia de los Catacora, Arturo Astigueta va en su potrillo negro, que agita como penacho su cola nerviosa y, como en las solemnes procesiones de las metrópolis, al final, medio guerrero y medio sacerdote, cucalón gris y blusa kaki, la cruz violeta al pecho, demasiado grande para condecoración, pero siempre de magnífico efecto, va pausadamente el capellán a presidir aquella ceremonia semi-pagana, cristianizándola con su presencia y sus bendiciones.

Dos carabineros sostienen con bizarría los bríos de sus corceles con el riendaje de parada; son ellos del cortejo real, como la escolta principesca que da a la comitiva cierto aire de grandeza. Acompañan a la autoridad y al subdelegado, don Graciano Bermales Riesco que va cabalgando un indómito potrón de pura cepa andaluza.

Hemos llegado por fin al faldeo abrupto donde se divisan los primeros labradores.

Hay que dejar los caballos y descender con agilidad por un rodado de pedrezuelas sueltas que se deslizan junto con el excursionista. Los jóvenes turcos también asisten con devoción, no fingida, acompañándolos el magistrado de luciente calva y otros personajes de igual prosopopeya.

Ha comenzado la faena; el galán labrador, en mangas de camisa, elige una guayna o huaña, de compañera, que le lleva en un saquillo o atado las semillas que él va a arrojar al surco ya abierto.

Están las damas coronadas de flores, así como los varones, y todas ellas, bajo la mirada materna, esperando al que las va a alegir de compañera.

Él se acerca, ella acepta sonriente y le coloca el obsequio, algún lazo de seda, algún ramillete oloroso o un billetito azul o joya de similor o el modesto papel con que la puede adquirir.

Diez a quince parejas van recorriendo los surcos con gran algazara, sudando y riendo el varón al ahondar el surco, y ella, con melindres, echando la semilla. Todo esto bajo la mirada vigilante del Mayordomo, que es dueño de casa, y de sus esposas que vigilan el lunch y el vino para cuando la fiesta termine.

La siembra ha durado unas dos horas; la morena tierra ha cubierto de nuevo el surco y las parejas, coronadas de nuevo con flores frescas, fragantes

flores campesinas, cogidas allí mismo, conversan y se aprestan para la danza del ceremonial.

Las guitarras, manejadas por los maestros Choque y Zegarra, el bajo con carraspera y el tenor abaritonado, dan los primeros compases.

El sol está resbalando hacia el mar y ha manchado de carmín y de oro viejo los cerros vecinos, la ladera de Palomane, que es el obligado albergue de las tórtolas cordilleranas, a esa hora del atardecer; y el Mísico, la poética florecilla estrellada, da un perfume tenue que el viento pródigamente esparce.

Descendemos hacia el fondo del barranco, echándonos hacia atras para no rodar. Me ha hablado Alanoca de un Cementerio indígena, que en un hueco del roquedal del frente, se mantiene intacto.

Si no me lo asegura un entendido, no lo creería: hay una pirca breve de piedra roqueña, piedra azulina que llaman, ala de mosca, y ése es el signo.

¿Con qué objeto buscaban esos endiablados vericuetos para descansar después de la muerte, esos nuestros originales aborígenes?

¿Cómo podían llevar hasta esas cumbres tajadas, hasta donde ni las cabras llegan impunemente, los restos mortales, momificados en vida, de sus antepasados? ¿Habría alguna creencia supersticiosa, alguna tradición incaica?

Ignoramus-Ignorabimus.

Lo cierto es que divisamos, con ojos escrutadores aquel sitio sagrado, y ni se nos ocurre siquiera inmortalizarnos como aquel Lord Carnavon que descubrió, con el sacrificio de su vida, la tumba del Faraon Tu-tank-Hamon.

Volvemos atras y hallamos la fiesta que se arde. Se ha formado una ronda y los mozos y mozas, graves varones y solemnes y robustas matronas, tomados de la mano, como colegiales, van danzando en torno de los músicos cantores y saltando con extraña agilidad.

La danza es lenta y ceremoniosa y armoniza a maravilla con el canto, alargado en las notas finales, con tremendos calderones.

Gira a veces hacia la derecha, a veces a la izquierda, acompasadamente.

Cantan:

«Pachayampe
¡Quilaqui Yampe!
Quimsa Rosas
Tay Pillampe

La traducción del Coro es así:

Cantemos con alegría
Cantemos con frenesí
Con tres rosas en la mano

Luego sigue la letra indígena:

«Si tu huay
«Sara quitu versull
Versull ñaipiñiu ukama.

Cuando cesa el coro, los cantores, a todo reventar, con los tendones del cuello que estallan, dicen su estrofa y por suerte en claro castellano:

«Ahora si que cantaremos
Ahora si que bailaremos,
Y zapateando duro el suelo
La razón arrancaremos.

Arriba corazón mío
¿Para cuándo es el valor?
A más en tierras lejanas
Disimular el dolor.

Y luego el barítono atenoriado, con relamido tono, lanza su declaración fragante de albahaca:

¡Paloma desmemoriada!
Recorre tu pensamiento
Yo soy el que te adoraba,
Que te adoraba en un tiempo.

Qué bonita corre el agua
Por bajo de los almendros
Asi corriera mi amor
Si no hubiera malas lenguas.

El último verso estropeado nos recuerda aquella clásica estrofa:

«Arriba de aquel cerro,
Habia dos toros peleando
Uno era colorado,
El otro se las echó pa bajo como
un diablo.

Mas, después de unas cuantas vueltas el ritmo de la música se apura, los cantores esfuerzan su voz, y los danzantes van siguiendo el compás acelerado hasta convertirse aquello en una danza vertiginosa, enloquecida, en que varones y mujeres brincan y giran rondando hasta marear.

Tras de un rato largo se han detenido, agobiados y sudorosos, los musicantes y bailadores y se les reparte la chicha de jora espumante o el turbio vinillo de Pintatane.

Al reanudarse la ronda, toman parte en ella los restantes de los mirones y con la autoridad y hasta con los guerreros impasibles, que contemplan la rosca, hay que dar una vuelta ¿no bailó acaso una danza sagrada el rey David? Y ésta es la ronda tradicional, infantil y serrana.

En un intervalo los peregrinos se sirven de los manjares que les obsequia el mayordomo, carne fría, tostada, churrasco y el indispensable picante que, apesar de todo, nos conmueve y quemándonos el gaznate y el paladar, arrasa nuestros ojos.

Sin saber cómo ni cuándo, de improviso, ha venido la noche como el tenebroso ladrón bíblico, pero los niños no cejan, el picante vientecillo de la altura y la alegría comunicativa, que estaba embotijada en las cántaras, los empuja a continuar la zarabanda, aleonados por los infatigables cantores de garganta de latón.

Ya sumergidos en las sombras, se verifica la despedida. La ronda se pone en movimiento y estrecha a cada uno de los personajes asistentes, y quieras que no, han de beber unos sorbos de un aguardiente de altos grados.

Y la dulce e imperativa violencia nos obliga a probar del contenido, y de un sólo envión, mientras que la ronda gira y canta y las voces chillonas de las danzantes gritan: ¡Picha Picha!.

La farándula recorre en danza loca todo el recinto de la ceremonia y los alrededores, atrapando a los incautos que, sea cual fuere, ha de tomar jovialmente la broma, so pena de pasar un mal rato y atraerse sobre su frente el rayo de la pública indignación. Es el caso de decir con el poeta filósofo: "Nadie puede librase de este trago, que sea rey que sea Papa".

Terminadas las provisiones sólidas y líquidas, se organiza el regreso; las madres llaman a sus hijas a grito herido, porque aquella hora es propicia para las aventuras de ultratumba y los diablos azules que se encerraban en los cueros, andan sueltos por la montaña.

Antes que las sombras nos traguen, galopamos hacia la querencia. Por suerte, mi pesado bridón de arrastre se sonríe del peligro y se lanza, con pasmosa seguridad, aun en los pasos difíciles, en negros desfiladeros enmarañados de ramazón. Las hojas

filosas arañan el rostro y hieren el olfato el aroma espeso de la sierra, el olor del surco abierto y esos aromas delicados de las yerbecitas que, a esa hora, exhalan su perfume, tan suave como el de un pomo oriental.

Muchos romeros nos han precedido y hay que gritarles para que se aparten del camino, no sea que por su torpeza o la nuestra nos vayamos a acriminar.

A Dios gracias, el poderío de la "**Aruma**" la noche fosca, está temperado con el suave claror cristalino de los astros y con ese bendito fulgor de la Chascosa que, como siempre, ya está de turno sobre la bravía cumbre hollinada del Ancoaque.

Las lucecillas rojas del pueblo nos hacen señas entre los arbustos y los centinelas del cementerio, los negros eucaliptos, se inclinan a nuestro paso, dándonos la bienvenida.

Dichosa fiesta la que hemos presenciado; maridaje extraño de un diluído paganismo de danzas y flores, músicas embriagadoras y licores no menos embriagadores; imágenes con cirios encendidos y plegarias fervientes, ¿quién podrá comprender lo que piensan los peregrinos y los danzantes, la parte sagrada y noble de aquella ceremonia y el fermento humano con superstición y fetiquismo?

Al platicar seriamente con el mayordomo, que ha costeado las viandas y ha corrido con los gastos,

me ha dejado con un palmo al asegurarme que aquella siembra ni siquiera le dará para lo elemental; pero él está orgulloso del buen éxito, el Niño Dios ha recibido un culto digno y los romeros y la comparsa han pasado en compañía placentera bajo la bonachona sonrisa de la Andrea y los acordes melancólicos del sin par Choque.

Y la fiesta trae cola. Al siguente día las huañas han de obsequiar a sus galanes para demostrarles que ellas también son de valer y en el santo conubio regiamente harían el papel de dueñas de casa. Al mediar el día han de mandar algún postre fabricado de su mano o guiso o fruta de sartén con firuletes y guirnaldas y cuando suenan las doce y el astro toca al cenit y la compañera no se ha dado por aludida, el galán muestra ironía enviando un propio con una bandeja y en un nido de flores un sapo ó una lagartija.

Por eso vimos con pena que la iglesia en la mañana del otro día se hallaba desierta y desiertas las callejas, mientras que humeaban los hogares y lanzaban calientes bocanadas los hornos.

Todas las damas belenitas, así la garrida Serginia como la frondosa misia Petronila, se afanaban y corrían y amasaban y batían y soplaban y embetunaban para no merecer la sanción del sapo o de la lagartija enflorada, remate y sello de la famosa fiesta del Pachayampe.

XXI

EL INVIERNO

Mientras que las regiones de la costa se caldean con el sol ardiente de la canícula, ha caído el invierno sobre la sierra.

Un toldo ceniciento cubre de nubes el cielo, y hacia el oriente, el horizonte está negro y pasa a intervalos sobre las nubes el estrépito de hierro del trueno, junto con el lívido resplandor del relámpago.

La tristeza del invierno, con su formidable cortejo amilana al forastero, que sólo busca para su solaz el brasero y el abrigo, mientras el criollo sonríe, porque el invierno para él representa su alimento, la fertilidad de sus campos, la cosecha de abril.

Casi siempre por la mañana luce el sol, y está el cielo tan limpio y tan azul, que uno olvida la estación en que se halla.

Sobre los campos, henchidos de verdura, y sobre las siembras, papales y maíces y habales, corre una brisilla primaveral que entona el ánimo, y los chates, con el pechuelo rojo, los culisculis salen de su aislamiento y chillan y picotean con la alegría de pilluelos que han recobrado la libertad. Mujeres y hombres recobran también el libre albedrío y van can-

tando por las laderas, enderezando los entuertos que la lluvia de la noche ha causado, recogiendo los animales, vigilando las faenas de aquella estación.

A medio día, el panorama cambia rápidamente, como si de súbito levantaran el telón y el paisaje primaveral, con alegre decoración azul verde y gualda, se esfumara por arte de tramoya, y quedara todo gris ceniza, las alturas encapuchadas de nubes, un cierzo picante, corriendo y circulando con insolencia y mustia la gente, mirando avanzar los últimos pelotones de nubes que se aprestan para la escena invernal.

Luego llueve. La lluvia, primero sumisa apenas va rayando el aire oblicuamente, como diciendo, con permiso, mas luego, desatada y a raudales, con audacia de catarata, está escurriéndose por las acequias y las goteras de las casas, entonando su canción, monótona, llena de melancolía.

La quebrada poco a poco se convierte en torrentera, se encharcan las cuatro callejas del pueblo, haciéndose intransitables; uno que otro audaz se aventura a desafiar el agua y, chapaleando por el lodo negruzco, y emponchado en su Castilla, va a las compras donde soñoliento espera Salomón o su cónyuge.

El invierno sin embargo tiene la ventaja de hacer amable el hogar. Como no falta el carbón barato, a seis pesos la carga, el brasero está henchido y

chispeante como joyel de rubíes y, en torno, la familia, la madre que teje o cose para su desarrapada plebe, la vieja abuela que dormita con el huso delante, cabeceando junto con el gato roncador, y la hija, que trajina preparando el agua del tacho o quemando azúcar o romero.

Verifícase una vez más y lo que canta la canción inglesa del Año Nuevo: **"Sweet is te smile ot home"** Es dulce la sonrisa del hogar".

Pensamos entonces en la belleza sobrehumana del hogar cristiano, esa estrecha comunión de las almas, que se unen con el vínculo de la misma fe y del mismo amor, la alegría y la paz que brotan de los seres, amparados a la sombra del Cristo; los padres que sonríen contemplando a los hijos felices, y los hijos, bulliciosos e inocentes, que juegan bajo la mirada cariñosa que vale para ellos más que todo el mundo.

Y pienso en la ruina que caería sobre ese hogar cuando el Paganismo insolente se enseñoree sobre las leyes y haga triunfar la diabólica invención del Divorcio.

El hombre, hecho el amo, y buscando en la mujer solamente objeto para su lujuria. La mujer, entristecida, esclavizada, siempre bajo la amenaza del repudio, como la sierva antigua, y los hijos, húerfanos, tristes, barridos por la tormenta que azota el hogar, viendo que sus padres desfilan a su vista

aguijoneados por la fiebre del placer, y el Cristo, el dulce Cristo que preside soberano y cautivo, arrojado como intruso mendigo por esas manos sucias y ganchudas que le aúllan con rabia: "Fuera, Fuera".

Cómo revoletea por nuestra memoria al considerar la felicidad de los hogares cristianos, la estrofa del poeta del norte, Longfellow:

"De los tejados de la aldea suben columnas de humo azuloso que, como nubes de incienso, se levantan de cien corazones satisfechos en la paz del hogar".

Considero entonces que el poeta aquel, cuya dulce fisonomía siempre evoco, tuvo presente, al escribir este canto, algunas familias de este pueblo, cuyo tesoro principal no está en los graneros ni en las despensas, sino dentro del corazón y consiste primero en la fe religiosa y en la ternura y el amor que los une.

En mi desmantelado rincón suelo aislarme del mundo y a solas con la imagen del Señor de la Columna que me acompaña, hago excursiones provechosas hacia dentro de mi espíritu, que, muchas veces, cuando zumba la lluvia y lloran los tejados y va gimiendo el viento, está lleno de sol, aunque más no sea el sol melancólico del invierno.

Es bella imagen la del Señor de la Columna: a través de la pátina verdosa con que el tiempo ha manchado la tela, se divisa el cuerpo flajelado del Maestro, con sus miembros lívidos, también sangrientos, lívidos los brazos por la atadura de los cordeles, y el apolíneo torso de Aquel que fué el más hermoso de los hijos de los hombres. Sin embargo, el semblante luce una serenidad, una calma divina, es luz interior, tamizada por el dolor y tal, que subyuga a quien le mire.

El artista que ha trasladado al lienzo esa imagen supraterrena del Cristo sufriente, del Cristo Dios, que irradia consuelo a través de su carne lacerada, ha sido sin duda un cristiano que amaba, algún español que sintió en aquel destierro la fuerza redentora que brotaba del Maestro en la noche de la flagelación, y así como Velásquez, el vidente, "lo amaba, lo amaba".

Hallé ese lienzo entre un montón de escombros bajo los informes restos de una antigua sacristía; lo llevé al campo y con cariño hice que la corriente del arroyo lo bañara, y se obró el prodigio; la imagen del Señor surgió vacilante de aquella vieja y descascarada pintura.

XXII

PACHAMA

Una de estas tardes hube de ir al vecino caserío de Pachama y aproveché que no llovía.

Una neblina húmeda se amontonaba en la ramazón de los árboles y coronaba las cimas violetas del lomaje. En tanto, sobre la Puna rugía un temporal deshecho.

Me acompaña un experto guía, emponchado y con reluciente capa de agua por lo que "**potest cotíngere**".

Los vibrantes colores de la primavera se hallan ahora apagados y marchitos con la neblina cenicienta, los arbustos gotean de sus desnudas ramazones, llorando de nostalgia y se esconde el camino.

Hemos llegado a un paraje de austera belleza: un montón de peñascos, cubiertos de musgo y con manojos artísticos de cortadera o cola de zorro. De la entraña brota un claro manantial que, en el silencio, eleva su canción de oro. Es una nota de alegría en aquel cementerio que aplasta el alma. Sobre el bello promotorio, aislado como un ara, se yergue la Cruz de los caminos, la Cruz que ampara al caminante con su gesto de bendición ya cuando sale, tembloroso de esperanzas y con la angus-

tia del adiós que le agobia, ya cuando torna al hogar, transido de fatiga con las ansias de abrazar pronto a los seres queridos.

Casi al frente están las deformes cumbres tajadas de Ancoaque—Gente Blanca—mole imponente, sombría, a esa hora, como peñón infernal. Por su ladera sube el camino de Tablatablena que lleva hacia el Poniente.

A trechos galopamos, no sin recelo; poco cuesta para que los pingos tropiecen y nos rompan la crisma en aquel terreno accidentado.

Al cruzar una vertiente, que viene de las altas cimas, veo que el compañero tuerce la cara y sumerje la cabeza bajo el amplio cuello del poncho, pasamos por los peñones negros donde, otrora, los buhos dominaban. Con poco esfuerzo imaginativo vemos, convertidos en piedra, por virtud de algún maleficio de Satán, a esas aves agoreras que en la noche tempestuosa lúgubremente ululan hacia el camino a compás del viento: pocos son los que se aventuran por esos parajes, campos de brujería, según la imaginación popular.

Haciendo de tripas corazón, bajamos la quebrada sin mirar atrás.

Ahora va el camino a media falda, camino estrecho de tierra suelta que veces se desmorona con el casco del caballo. Muy en lo hondo, corre un arroyo

entre guijas y rocas filudas.. ¡Pobre del que cayera!, no quedarían intactos ni los huesos.

Con pavor recuerdo una escapada providencial en aquel paraje. Ibamos a dejar a cierto señor de campanillas que había visitado el pueblo y yo piloteaba el lote, muy orondo, caballo en el Chinchorro, un barroso enorme, apercheronado, bueno para arrastrar cureñas en el plano y no para hacer equilibrios mulares.

Nos entreteníamos en una charla interesante, cuando quedé helado de espanto,.....el solemne Chinchorro resbalaba, arrancándome de la silla—un grito y no supe cómo ni cuándo me hallaba en el arzón de la silla. Un trozo del sendero se había desmoronado, y en tal forma, que el resto de la comitiva hubo de apearse para avanzar por aquel mal paso.

El villorrio de Pachama es de escasos habitantes y pasa la mayor parte del año despoblado. El caserío, desmigajado, solo tiene enhiesta la torrecilla y la capilla parroquial.

Chozas sórdidas y una que otra casucha de adobes se divisan, al cruzar en medio de unas rocas enormes que sirven de vanguardia al poblacho, en otro tiempo floreciente.

Al divisarme repican los granujas sacristanes y van acudiendo los habitantes de todas las hondonadas y de las rucas para tratar asuntos de importancia.

Quieren, a toda costa, trasladar los penates con sus lares, es decir, camas y petacas, con la capilla de su santo patrono San Andrés, a otro llano abrigado donde ahora también tienen albergue, el lugarejo de Chapiquiña a pocas leguas de aquí.

El centenar de habitantes, que componen este pueblo, llevan una simpática vida gitana, a pleno campo, ya se albergan en las chozas de Chapiquiña ya alzan sus tiendas en Pachama, donde celebran a San Andrés, el patrono.

Hace las veces de caudillo y señor, un menbrudo indio de las altas montañas, un tal Terraza, caudillejo aventurero y de fácil verba que hasta sabe manejar el Código, con sus pespuntes de tinterillo, y trata a su gente, a quienes se ha impuesto por su fuerza y astucia, con ínfulas de matón.

Los gritonea, arrugando el entrecejo espeso, y ellos, sumisos, acuden a su vozarrón prestándole pleito homenaje.

En alta voz me refería la historia de los que llegaban: éste es hijo de un cuatrero, este otro es un pillo de tomo y lomo, aquella vive como Dios manda.

Qué lengua manejaba aquel hombrote malandrín, daba grima. Van llegando al recinto con la cabeza gacha los viejos y mozos y las doncellas y chicuelos.

Me muestra a una pobre moza con las mejillas hechas una compasión: lepra sangrienta y purulosa,

que causa horror, le corroe. Me dicen, era hace pocos meses una hermosa joven, alegría del pueblo, por sus virtudes y por la bondad natural que le nacía de su alma.

Le brotó un granito, sin saber cómo ni cuándo, por supuesto que no se quedó tranquila con su mal, buscóse ungüentos y remedio indígenas de rara invención; total que a los pocos meses la desgraciada estaba inmirable.

Venciendo la natural repugnacia, fuí a hablarla a decirle alguna frase de consuelo y comprobé con asombro que aquellos hinchados labios, que habían perdido toda forma, sonreían.

El corazón se angustia al contemplar la miseria moral y material en que esta pobre gente vive sumergida. Llevan una vida solamente corporal y qué bellas almas se encuentran a cada paso; almas candorosas, dóciles, tierra virgen que podía ser cultivada con amor, por cualquier hortelano, y que se enmaraña de maleza y de envenadas yerbas y se convierte en estéril pajonal.

La mirada del Señor Jesucristo se ha tendido sobre esta multitud silenciosa que aguarda una voz y un corazón que la resucite y la adoctrine.

Y ha resonado una vez más el acento divino que dijo un día: "Es mucha la mies, pero son pocos, poquísimos los operarios. Rogad al señor de la mies para que envíe nuevos operarios a su viña".

En tanto, desde muy lejos llega, traído por el viento del Poniente, un aullido angustioso de lobo carnicero que husmea carne fresca para saciar sus fauces.

"Entretanto, esperamos y que el caudillejo serrano dictamine como único amo de la grey.

Antes que anochezca, hemos subido a nuestros caballos.

La lluvia se ha descargado con ímpetu, lluvia espesa de invierno que nos envuelve como cendal húmedo y nos entristece. Una india anciana se ha acercado a nuestro caballo y muy seriamente, como en un ceremonial, nos ha disparado, a boca de jarro, un puñado de rosas, es la despedida a usanza de la región.

Eran botones de rosa, apretados, duros, que nos habrían lastimado la frente al recibirlos; de todas maneras se agradece.

La lluvia nos rodea, implacable nos ahoga, nos echa encima el horizonte, y en las cumbres lejanas, parece gemir y sollozar.

De nada nos sirven las Castillas; el agua las trasmina y se escurre, hipócritamente, entre pecho y espalda; pronto estamos calados y como sumergidos en el fondo de un pozo turbio, borrado el camino, estrujados por esos hilos de la lluvia. La imaginación voladora aumenta el tormento fingiéndonos el

rincón abrigado, las brasas que rojean y hasta el roncar acompasado del gato.

Después de dos largas horas, divisamos el esfumado paisaje del villorrio y con un gesto bizarro emprendemos un trote largo, aguciados por el frío y el hambre.

XXIII

¿TELEPATIA?

No hay mucha imaginación en la gente serrana; no existen leyendas ni consejas fantásticas como en los campos del sur. Viven, dándose de cabezasos con la pampa, enorme y gris, o cavando la tierra, rabiando tras el pucherete. Por esto la fantasía esta aherrojada, y los más audaces sólo sueñan en las quietas Nirvanas de la coca, donde obtienen, a poca costa, el alivio de sus dolores y ese ficticio y mórbido adormecimiento de los morfinómanos.

Una fría tarde en que me había recogido a mi lecho muy temprano, a media vigilia sentí sobre el techo de zinc de mi cuarto un fortísimo estruendo, como la caída de un cuerpo. Dí un salto y escuché. Nada, el viento de la montaña andaba vagando por las calles, anegadas en la noche.

Ha de ser un gato, me dije; volviéndome al otro lado me quedé dormido como bendito.

Al siguiente día había olvidado el episodio del salto del gato cuando veo a la dueña de casa que me mira con aire de mal fingida compasión.

Quiere hablarme y no se atreve. Por fin me dice:

—¿Sintió anoche?

—Por supuesto, no soy sordo.

—Lo compadezco, ¡pobrecito!

—¿Qué? ¿Se me ha destapado acaso mi dormitorio?

—Pero....¿No sabe?

—Si no me lo dice,....ni esperanza.....

—Cuando va a suceder en esta casa alguna desgracia, alguna muerte, cae, de no se sabe dónde, un cuerpo sobre el techo del pobrecito que va servir de víctima.

Hay muchísimos casos: cuando se murió la Fulanita, cuando se mató Zutano—(Aquí vienen los casos pavorosos que ponen los pelos de punta, los omito en obsequio del lector).

Venía aquí de moldes un sermoncito de circunstancias sobre la superstición y sus consecuencias, los daños que acarrea al alma, y cómo es un signo de ignorancia religiosa etc. etc. se lo dije abreviado, y como epifonema, les hice anotar el día y la hora del porrazo.

Pasó una semana.

Hube de hacer rápido viaje a Molinos, viaje trágico, a lomo de un mancarrón ético, que daba cada tropezón que mordía el polvo de la carretera, zangoloteando al ginete como en deshecho temporal, En aquel viaje de triste recuerdo, sin cocaví y con un baqueano que no sabía la ruta, íbamos a pernoctar a la vera dè un cementerio, en pleno camino, pues ya cabalgadura y jinete desfallecían de cansancio. Felizmente, ladridos de perro guiaron nuestros pasos hacia una casa habitada y el caballero don Emilio Herrera, con una caridad de Samaritano, nos dió de comer y nos cedió su rincon blando para que nuestros huesos magullados hallaran pasajero descanso.

Aquella misma noche supe la nueva fatal que me hería en medio del pecho: Alejandro Vásquez Valdés, gentil compañero de cámara en la Artillería, sonriente muchacho, estudioso y de claro talento, había muerto casi de repente por un acontecimiento fortuito que todavía recuerdo con horror.

Hacía poco, lo había dejado convalesciente, tiernamente cuidado por su madre que velaba día y noche por la vuelta a la vida de aquel hijo suyo,bueno como el pan y que tenía ante sí, en la marina, bellísimo porvenir.

Un error, una medicina que le iba a dar la salud, convertida en un segundo en veneno mortal. Y después la agonía dolorosa..........

Averigüé el día y la hora del trágico descenlace y pude comprobar con estupor que era aquella noche fatal del aviso.

¿Coincidencia extraña? ¿Telepatía? ¿Comunicación de las almas a través del espacio por milagrosa permisión de Dios?

Ignoramus—Ignorabimus.

Dejo constancia del hecho como un fenómeno que aun no me explico y como homenaje de afecto al joven marino.

XXIV

LA VISITA DEL PASTOR

El pueblo está de fiesta. El día anterior ha llegado, a revienta cincha, un propio, trayendo la nueva feliz. Llegaría al siguiente día el Obispo de la grey, Monseñor Edwards desde Socoroma, en donde ha alojado.

Chicos y mozas se reparten por la banda a segar las ramas verdes y a coger todas las flores que hay abiertas.

Hay que exteriorizar de algún modo la alegría que no les cabe en el cuerpo.

Jamás han visto un Prelado. Una viejilla, encarrujada de arrugas, refiere que hace cincuenta años

pasó un monseñor Torres, en pleno invierno. Era un pastor anciano que se detuvo tres días en el valle y doctrina de Belén y después de administrar los sacramentos y predicar, siguió con su comitiva rumbo hacia Tignamar. Aquel día de la partida nevó, y en tal abundancia, que, según un cronista de la época, la nieve alcanzó varios codos de altura.

Pretendieron disuadirle de continuar el vieje, pero el Pastor era un apóstol, de carácter encendido de amor por las almas, puso los arreos a su mula blanca, episcopal, y a pesar del gesto de sus familiares, al amanecer emprendió trote hacia la montaña.

El pueblo hace divagaciones sobre el nuevo Pastor que las visitará. Don Jorge lo conoce, aun más, es su amigo de antaño y procura dar cabal idea del sacro huésped; todo lo reúne dice, bondad, corazón, talento, juventud, generosidad e hidalguía y como resumen de su juicio, añade es de extirpe sajona, pertenece a la rama Edwards que, antaño, vino a Chile, se aclimató en este suelo americano y en este privilegiado rincón del mundo ha dado a la patria diplomáticos, estadistas, médicos y prelados.

Y a grandes ragos traza el retrato físico y moral del que viene en el nombre del Señor.

Ya les habría hablado el capellán sobre el significado de tal visita: "es como el Pastor que va hacia sus ovejas, con las manos llenas de beneficios y el corazón henchido de amor; representa a Jesucristo

el Buen Pastor que anda, día y noche, por los breñales y quebradas tras la lejana y extraviada ovejita que bala hacia el cielo, pidiendo amparo. Y vería seguramente la faz picaresca del abuelo y patriarca don Tiburcio, que sonreiría a través de sus barbales canos con sonrisa muy poco corderil.

A pesar de todo, temen no alcance hasta ellos, están tan lejos y tan escondidos entre sus riscos. Recuerdan aquel chasco: lo esperaban y habían mandado un brillante séquito para acompañarle: La señal era un disparo de revólver; se oyó el disparo y el pueblo en masa acudió al callejón ante el río. Tres ginetes galopaban hacia ellos.

Volteaban las campanas y hasta las camaretas estaban tronando Y.....eran los mismos mensajeros que regresaban pretendiendo dar una broma.

Súbita enfermedad del Prelado le impidió alcanzar al pueblo de Belén. Esta vez por iniciativa del subdelegado suplente, don Jorge Streeter, han arreglado en un santiamén el camino que sube del riacho, ampliándolo, y no hay siquiera una piedra.

Brilla el caserío como una maceta de flores; arcos y guirnaldas se levantan con profusión en la calleja principal donde está la casa elegida: la del anfitrión por excelencia, el ilustre Alvarez.

"Ya viene", dice alguien, y se produce el pánico. El repique vibrante vuela desde el campanario, pasa

el río y sale al encuentro del Pastor, como el primer saludo del pueblo.

El aire está limpio, apenas una que otra alba nubecilla boga hacia la Puna, cual paloma mensajera que precede al que trae "la paz a los hombres de buena voluntad".

Al llegar al alto donde la Cruz, enguirnaldada abre sus brazos invitando al viajero a entrar bajo el cariñoso hospedaje belenita, se destaca en la atmósfera clara y azul de esa tarde primaveral la arrogante figura del Obispo, caballero en su negro corcel episcopal de batalla.

Y lo de **"corcel de batalla"** no es figura literaria para adornar la frase no, mil veses nó. El espectador, recuerda al ver al Obispo guerrero, la figura de esos Priores mitrados, esos famosos y resonantes Prelados de la Edad Media que, llevados por el ardor de sus almas heroicas, acompañaban a los ejércitos en tierras de infieles y que alzaban el lábaro blanco de Jesucristo y la Cruz episcopal para defender las poblaciones famélicas que encontraban a su paso.

El Vicario Castrense cabalga como diestro ginete: erguido el busto, sin tiesura ni encogimiento, firmes las piernas, da la impresión de que hubiera hecho un curso de equitación en nuestra brillante Escuela de Caballería.

Cuando sale, en brioso galope, en demanda de un pueblo lejano, o se resuelve uno a dejar la piel en el camino siguiéndole, o le deja pasar adelante moderando el aire de la marcha.

La consigna episcopal es ahorrar camino y tiempo, meterse por quebradas hondísimas, correr vertiginosamente por el llano pedregoso, y llegar, cuando recién acaban de iniciar los ornatos para la recepción solemne.

El corcel negro de Putre, que usa en sus viajes, es un noble animal que bien merecía capítulo aparte: perteneció al cura fantasma, ese señor Martínez que pasó como misterioso relámpago por la sierra, dejando tras si un rumor de consejos y leyendas, que ya se las quisiera el Arcipreste de Ita.

Hoy día sirve a su señor, el capellán de Putre quien le regalonea y mima con el cariño del árabe por su corcel favorito.

Primero, es un temor reverencial el que domina a la gente belenita ante el Pastor, se le acercan, silenciosos, le escuchan, reflexionan.

La franqueza y jovialidad suma del Obispo, su alegría juvenil, su corazón abierto de par en par, que deja ver al que no tiene telarañas todos los tesoros que encierra, le ganan la confianza de todos y hasta los más rehacios y culebrones se van acercando, totalmente entregados.

Es hermoso verlo rodeado de chicuelos, granujas y grandotes que le escuchan con respeto y devoción extrema, pero los chicos son más audaces y saben con quien tratan.

Un mocoso, que apenas alentaba, se le acercó con pasmosa seguridad y como quien le habla a su taita o a su camarada de juegos le dijo, tutéandolo, con encantadora inocencia "Dame galletas, se me acabaron".

Es dura la jornada. Llegando a la iglesia un saludo del Prelado y una instrucción sobre la breve misión que va a comenzar.

Viene en seguida el imponerse de las necesidades espirituales y morales, el conocer personalmente a los principales del pueblo, el oír las quejas, las rencillas, los enredados asuntos que le van proponiendo.

A las seis de la mañana todo el mundo de pie y después de la meditación de regla, a las Confirmaciones, Confesiones, Matrimonios, Bautizos.

La misa última es la del Prelado, precedida de la Docrtina y con una Homilía apropiada a las circunstancias.

La oratoria evangélica y sencilla del predicador se adapta maravillosamente al auditorio; nadie, ni el pastorcillo más humilde ni la más ruda criolla, dejan de percibir la belleza cautivadora del dogma

cristiano. Y hay que ver las dificultades que uno encuentra para escoger los símbolos y las comparaciones gráficas que entren sin mayor dificultad en las molleras herméticas de aquella gente.

En las catequesis y en las homilías salen a prestar su concurso los asnillos simpáticos, el sufrido llama, las siembras, la cosecha, el riego, los sonoros maizales, las bravas cuestas; nadie deja de entender esas comparaciones tomadas de objetos familiares, de tal manera que la palabra divina va llenando los espíritus con su eficacia múltiple; el Pastor arroja la simiente al surco que él mismo ha abierto en los corazones y el Señor hace el resto.

Todo el día la capilla está llena de gente; lobos y lobeznos, que sólo sabían aullar en los agrios roquedales de la Sierra, vienen ahora como la fiera de Gubbio a tender su patita peluda en signo de alianza.

Lo más triste es que el Jefe se deja para sí todo el trabajo; secretarios y familiares contemplan con un palmo de narices la actividad del Prelado, estrechado y sofocado por la turba, mientras que ellos al garete esperan sentados ocasión de entrar en la lid.

A las doce, un breve intervalo para almorzar; almuerzos regionales con viandas preparadas por algún cocinero importado. Levantados los manteles, de nuevo a la iglesia, porque la gente aguarda.

En los cuatro días de permanencia en la villa, ha sido fecunda la labor episcopal; más de doscientas cincuenta confirmaciones siendo que los habitantes son doscientos ochenta, matrimonios innúmeros, sólo quedan en su encastillado baluarte un mahometano, que rinde culto a Allah y una dama, cuyo novio anda en el servicio militar.

La gente se halla feliz; quiere prolongar la estada de aquel grato huésped algunos días más, pero no es posible, la villa de Tignamar lo espera ansiosa.

Le ha ofrecido el pueblo con la autoridad un homenaje sujestivo, una "**Aguatia**" una comida indígena, a pleno campo, condimentada según la vieja costumbre aymará.

En el potrero de la Virgen, perteneciente a la Capilla, se verifica la popular reunión. Todos están sentados sobre el tapiz verde de mullida yerba; los notables en torno del Prelado, y los demás formando una amplia rueda.

Muy cerca, han abierto el hoyo y lo han caldeado con piedras, mantenidas al fuego por largo rato. Luego, envueltas en hojas, encierran las viandas que se van a cocer de esa primitiva manera indígena, cordero, papas, camotes, y los choclos, suaves como leche y dulces como miel: el **Aguatia** es un facsímile del Curanto chilote.

Al poco rato, una leve humareda se levanta de aquel rústico fogón; es la señal de que todo está listo.

Avanza entonces el anfitrión, el muy ilustre juez y subdelegado don Jorge Streeter y con emoción da la primera barretada y se comienza a despejar la incógnita, porque aquel humillo lleva envuelto un perfume sabroso que reconforta el ánimo.

En fuentes primitivas se extraen aquellas piernas de cordero doradas y jugosas, esos costillares morenos que exhalan fragancia tan rica y más sabrosa que la del jazmín y del floripondio, y las papas asadas, con cuero y todo, servidas a puro dedo, ellas hacen las veces de pan.

Es una fiesta para los gastrónomos, sobre todo a la vista de esos choclos, famosos en todo el valle, blancos y aromados que hacen sonreír de emoción al anciano don Marcelino, uno de los personajes más sufridos para mascar el rico y sabroso grano.

Aquí se podía decir mejor que en las crónicas gacetilleras; la fiesta se desliza en medio de un ambiente de familiaridad y de confianza encantadora. Las bromas del Pastor se repiten y vuelan de boca en boca, y las carcajadas se desgranan, joviales e interminables, y los momentos pasan sin sentir......

En esa democrática reunión tan llena de expansiones, tan íntima y sencilla, hemos visto una vez más relucir una virtud que siempre ha dominado en este pueblo; la fraternidad, la unión verdadera fundada en el amor. Jamás la murmuración procaz, la injuria,

el rencor: las bromas estallan, pero sólo para hacer reír, apenas rozando la epidermis; cuando alguno "se afarola", la broma se detiene al punto.

El Obispo ha conocido este otro aspecto atrayente del pueblo belenita y se ha sentido cautivado, como si el espíritu religioso y cristiano produjera en las almas la comunidad de intereses, la comunidad de ideal, y esa inefable hermandad de los corazones que los reúne como bajo uno solo y único hogar.

Ha partido de nuevo el Obispo misionero en busca de otras regiones, perdidas en los altibajos de la sierra inaccecible. Le sirve de edecán secretario el incomparable capellán Escobar, cuya bizarra silueta trazamos en pasada crónica en el viaje al Santuario de Livirca. Va pechierguido, soberbiamente bien sentado, se inclina con gracia ante las aclamaciones de que es objeto: también le ha de tocar de las flores y ovaciones del Pastor.

Sin embargo, una nubecilla opaca le nubla el semblante; su corcel, negro como la noche de la Puna, ha doblegado su altiva cerviz árabe y, ya no dobla su crinoso cuello como antaño, ha sido vencido en buena lid por el caballo regional del Pastor y aquel corcel suyo, propio es su todo, su afán, todo su legítimo orgullo, casi, casi como un miembro de su familia.

Los belenitas van a dejar a la comitiva hasta el alto de la cruz: mujeres y hombres, chicos y grandes, cabalgan en sus jamelgos y asnos y mulos.

Se alza la voz del Obispo impregnada de honda emoción, se despide y hasta vuelta del año, cuando torne el invierno y se tienda sobre la montaña.

Hay una conmoción súbita, va a dar la bendición. Se doblan las rodillas y se inclinan las frentes y asoman lágrimas en los ojos; y la mano ungida traza el signo de la cruz sobre ese pueblo que ha conocido la dicha nueva por algunos días.

Luego el descenso rápido y el galope y el polvo que envuelve al viajero que ha venido en el nombre del Señor.

Resultado de aquel viaje; más de trescientos kilometros recorridos en quince días y las poblaciones de Putre—Socoroma—Chapiquiña, Pachama, Belén, Tignamar, Tímar, Timanchaca y Codpa visitadas.

Mil quinientas confirmaciones—Cuatrocientos matrimonios—Trecientos bautizos—Más de mil Comuniones.

La Patria ha obtenido su gaje de importancia; las poblaciones indígenas, la gente que fluctúa en el límite de dos o tres nacionalidades, han conocido, hasta el secreto santuario del corazón, a un Obispo chileno, patriota hasta la última fibra del ser, y ese Obispo que les ha dado a vislumbrar la gran-

deza y el poderío de la nación y les ha hecho sentir la necesidad de amar a esa Patria que les proteje, les ayuda, les educa y les envía sus heraldos del espíritu: el Obispo y los capellanes que todo lo sacrifican, todo lo dejan atrás, para acompañarles en sus agrias soledades y socorrerles en sus necesidades del espíritu.

XXV

ITINERARIO DEL PARROCO

El itinerario que el Párroco de Belén seguía hace cincuenta años, para celebrar las festividades religiosas en los diversos pueblos de la región

De los recuerdos y documentos que nos han dejado los Párrocos de la Doctrina de Belén, es interesante leer aquel en que trata del camino que ellos andaban al atender el servicio religioso de la Sierra de Arica.

"El año Nuevo, 1.° de Enero, se celebra la Misa principal en Putre y se va a decir la segunda a Socoroma, a cuatro leguas de distancia.

Se vuelve en seguida a la capital de su parroquia, Belén, hasta el 22 de Enero, que ha de trasladarse

a Putre a celebar con Vísperas solemnes al santo Patrono San Ildefonso, que es el 23 de Enero, pasada la cual, regresa a la capital a celebrar la fiesta de la Virgen del Milagro, en su Ermita, una capilla que está en lo alto, al lado de la parroquia. Esta fiesta se celebra el día de la Candelaria y es con Octava del dos de Febrero hasta el 9; después se va a Socoroma a la misma fiesta, permaneciendo allí hasta Ceniza.

Comoquiera que la Semana Santa un año se celebra en la capital de la Parroquia y otro en Socoroma, se procede así: el año que toca a Belén para la Semana Santa se pone la Ceniza en Socoroma, y cuando le toca a Socoroma se pone la Ceniza en Belén.

La Santa Cuaresma se hace quince días en Belén, quince en Socoroma y quince en Putre. Pasada ésta, el Cura ha de celebrar dos misas el día de Pascua, una en Belén y la otra en Socoroma, aunque es larga la distancia.

En la Cuaresma, que llaman chiquita, tiene el Párroco que hacer ocho días en Pachama, ocho en el valle, algunos en la capilla de Sora (hoy destruída) y quince días repartidos en toda la Puna. La Puna comprende los pueblecitos o caseríos de Choquelimpie, mineral de plata, Guallatire, Parinacota y Caquena, advirtiendo que el día de la Santa Cruz, el 3 de Mayo ha de estar en Parinacota y bajar el

15 de Mayo a Putre para la fiesta del Patrono San Isidro.

Pasada la fiesta de San Isidro, que es solemnísima, ha de encaminarse a Belén, para el Corpus Cristi, que se celebra en el día propio, y la octava se hace en la Domínica infra octava y luego se va a Socoroma a celebra la misma. Concluida ésta, se va a Putre, donde pasa la solemnidad, también con su Octava respectiva.

Baja en seguida al Valle, a la región donde se hallaba entonces la capilla dè San Cristóbal en Sora, donde antes solía haber alférez que corría con tal fiesta.

Vuelve después a Belén a aprestarse para las fiestas del Apóstol Santiago, el Patrono, que se verifica el 25 de Julio. Algunas veces se celebra la festividad de Nuestra Señora del Carmen en Socoroma, el 16 de Julio.

Permanece allí en Belén hasta el 6 de Agosto que celebran la Ermita del Milagro o del Niño que se conoce ahora con el nombre del Salvador, la fiesta de la Transfiguración.

Antes del 14 se encamina a Putre, para celebrar con la pompa que pueda y con Exposición de S. Divina Majestad, la fiesta de la Asunta o el Tránsito el 15, y allí permanece hasta el 28, que sale para Caquena a la fiesta de Santa Rosa, el 30, con Vísperas solemnes y permanece en este lugar aten-

diendo los caseríos vecinos hasta el 8 de Setiembre, que ha de estar en Parinacota, para exponer la Divina Majestad y hacer la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora el 8 del mismo mes.

El 15 pone rumbo hacia Choquelimpie, el mineral, que tiene buen número de fieles bolivianos; allí celebra la Octava de la Natividad y está hasta el 20 que debe hallarse en Huayatire a pasar la fiesta de la Virgen y ha calcular el tiempo para llegar a la festividad del Rosario celebrada en Socoroma con pompa singular el primer Domingo de Octubre y el 4 el día del Patrono San Francisco.

Baja en seguida a Belén, a celebrar los dos Patronos con las acostumbradas vísperas: El Rosario y San Francisco. Esto dura más o menos hasta el quince o después en que se encamina hacia la capilla de Molinos a celebrar del 15 al 16 a Nuestra Señora de la Natividad que tiene generalmente Octava.

A fines del mes, toma rumbo hacia Belén para hallarse en la capital para la fiesta de Todos los Santos y para la solemnidad de los Fieles Difuntos el 2 de Noviembre. La segunda Misa de difuntos la ha de decir en Pachama para continuar al día siguiente a Socoroma y luego pasar a Putre y celebrar en esos días las Misas que se llaman del Cristo.

Estos días de Noviembre son de reposo; el cura puede elegir cualquiera de las poblaciones de sus dilatados dominios para adoctrinar a las gentes y hacer sus catequesis, con tal de que el 29 esté en Pachama para cantar las Vísperas de San Andrés, el Patrono, hasta el 7 de Diciembre que ha de bajar a Belén para las fiestas de la Purísima Concepción y se quedará hasta Navidad, día grande.

En la tarde de ese mismo día seguirá a Socoroma para decir la Misa el siguiente día, y el tercero en Putre para permanecer allí hasta el Año Nuevo y comenzar de nuevo la jornada".

El viejo documento de donde tomamos estos apuntes curiosos tiene la fecha de 1870—es decir cincuenta y seis años, y terminan con esta invocacion "**Quiera Dios N. S. dar fuerzas y valor al pobre Cura que sirve esta laboriosa Doctrina para que cumpla con exactitud el Itinerario y directorio que va apuntado, que es el único, que debe llevarse**".

GUALLATIRE

GUALLATIRE

Ha llegado el Capellán a la mísera aldea de Guallatire, al pie mismo del Volcán donde viven los indios del norte.

Constituyen la aldea, hasta cincuenta casonas de adobe que se arrebujan bajo la torre parroquial.

Un arroyuelo, con pretensiones de río, pasa por un costado y, después de cruzar bofedales y llanos, va a desembocar en el Lauca.

El Gobierno de Chile tiene bajo su bandera a esos pueblos seminómades, de rudimentaria civilización, los ha colocado bajo sus leyes soberanas, les ha enviado sus magistrados, maestros y capellanes que les visiten, en una palabra, les ha inyectado un soplo de vida.

Hace como de jefe, Cayetano Colque, que es de pura ascendencia aymará: cobrizo, de pómulos fuertes, negrísimo cabello y ojos un tanto oblicuos.

Colque ha ido a la cabeza de los suyos, a recibir al que viene enviado por el Obispo Castrense.

Una banda de pitos y quenas arranca sus tristes melodías al primitivo instrumento, y un viejo bombo marca con furia los compases.

El capellán, rendido de fatiga y de soroche, baja de la mula, casi cortada, y recibe el homenaje de sus nuevos fieles y el abrazo de paz.

Colque cuenta su historia: era un indiecillo semi salvaje que vivía entre los bofedales en una vida de bestia; el Gobierno lo tomó bajo de su protección.

El Subdelegado Streeter Vicuña, antiguo oficial del Ministerio, con una paciencia admirable, le enseñó los rudimentos de la lectura, algo de geografía y, junto con un grupo de serranos, lo educó para la vida, abriéndole las puertas de la civilización.

Colque ha quedado, por esto mismo, nombrado jefe; sabe leer correctamente, conoce las léyés dé la patria y hasta recibe los diarios de Arica, que aunque fiambres y con meses de atraso, constituyen el único contacto que tiene con la civilización.

Ha implantado en su gente hábitos rudimentarios de higiene y de limpieza y ahuyentó para siempre a los antiguos "**meicos**", especie de brujos, hirvientes de superticiones, que medraban con la ignorancia de la pobre gente.

Cuando se haga el recuento de los operarios chilenos que trabajaron en dignificar y levantar al

indígena de la sierra, figurará el nombre de Streeter como uno de los hombres abnegados y silenciosos que la Patria destacó, junto con los capellanes y aquellos magistrados heroicos que han sembrado el bien y la verdad sin esperar recompensa.

LA HISTORIA ANTIGUA

Un viejo Mamani, momificado y paralítico, que pasa sus últimos años a la puerta de su choza, cuenta de como se estilaba la administración antes que Chile fuera el poseedor de esas tierras desoladas, hace de esto sesenta años.

Caciques políticos se adueñaban del Gobierno de los pueblos de la montaña, y como habían ascendido gastando buenos pelucones, se resarcían con impuestos y gabelas sobre la indiada.

Comerciaban con la coca y el alcohol, el veneno verde que adormece y hace soñar con una Nirvana de placeres, y el veneno hirviente y líquido que corre por la sangre y sube hasta el cerebro, embotándolo y entorpeciéndolo, hasta convertir al hombre en bestia de carga.

La coca maldita y el alcohol ponzoñoso han sido las dos plagas que han venido minando la raza por luengos años.

Los gemidos de las víctimas no llegaban a las ciudades del altiplano, donde el cacique mercachifle tenía medios de ahogar cualquier deseo de justicia.

Las fiestas religiosas de antaño, como ser, las solemnidades del Apóstol o las fiestas cívicas y tradicionales del Pachayampe y el Carnaval terminaban con orgías ruidosas que duraban días y días.

Los párrocos, casi todos de sangre mestiza, de la masa común del pueblo, se consideraban impotentes para atajar el mal y dejaban correr el raudal negro de supersticiones y de vicios ancestrales.

Ahora la coca esta prohibida. Suele pasar, de tarde en tarde y de contrabando, pero el alcohol tiene encima todas las penas de la ley. Jamás de ve ahora esa larga caravana de llamas, que llevaban los tarros de veneno para acabar con la abandonada raza.

La obra más duradera nuestra ha sido llegar al convencimiento del indígena, clavarles la idea, por medio de la repetición, martillando una y mil veces en la dura cabeza: alcohol, veneno-coca, veneno.

Las nuevas generaciones ya no experimentan ese interno aguijón de la carne, la sed de aquella lava, las ansias bestiales de sentir correr por las arterias el líquido corrosivo que mata y embrutece.

En cambio, la escuela les ha abierto una puerta de luz, sobre horizontes cuya existencia ni siquiera sospechaban.

Ahora el indio se cree hombre, puede opinar, puede sentir, tiene un pensamiento que lé dignifica, y en las asambléas hace respetar aquel concepto, suyo propio, producto de su nueva educación.

El que visita la sierra, después de algún lapso de tiempo apreciable, verá la diferencia enormé y cómo aquel pueblo que parecía dormido, pueblo de niños que vivían en la infancia, sumergido en un fárraga espeso de supersticiones y de ignorancia y de mugre, ha despertado y siente el anhelo dé progreso y toma parte en deliberaciones y se ocupa de asuntos de civismo y de patria, lee diarios, y confía en otros hombres superiores que le dirigen y que velan, providencialmente, sobre el futuro que les aguarda.

EL VOLCAN

Es el Volcán Guallatire el protagonista de la fiesta.

Se levanta como un cisne albo, dominando las alturas vecinas y ceñido con la diadema de soberano, la fumarola, que el Hacedor le ha asignado por su belleza y por su misericordia.

La leyenda indígena cuenta de él, que es un galán enamorado, que pretendió de amores a una cum-

bre vecina, una de las Payachatas, y fué vencido por el Sajama; por eso el desgraciado lanza resplandores de furor en las noches de invierno.

Cuando el día está claro y sopla, suavemente, el viento, la fumarola parece el penacho de un casco de combate, pero en las noches oscuras aquel penacho se vuelve sangriento y se sacude con rabia como si el galán guerrero fuera a lanzarse contra su odiado rival.

En sus faldeos hay abundantes minas de azufre, y también, según algunos soñadores, famosos filones de plata y de oro, capaces de enriquecer al que tenga pana para trepar, sin marearse, hasta la cumbre.

El indígena lo mira con respeto y con amor y lo saluda cada mañana, estudiando su fisonomía.

En tiempos muy lejanos, lo adoraba como a una pequeña divinidad protectora, pero cuyas iras había que temer.

LA ALDEA

Guallatire se puebla de gente y resuena con gritos y músicas y quenas en contadas épocas del año, en las grandes festividades religiosas, o cuando algún acontecimiento extraordinario reúne a sus

habitantes, cerca del Volcán y bajo los derruídos muros.

Los otros días la gente vive diseminada en la llanura o apacentando los rebaños de llamas y alpacas o en las parcelas de sembradío, cuando hay un terrenito que pueda ser cultivado con cierta esperanza.

El indio recorre la pampa enorme, calcinada por el sol y barrida por los vientos, con un paso elástico y sereno, con una calma tal, como si la eternidad fuera su dominio.

Su cara terrosa, la mirada profunda, sus ponchos de lana, que él mismo ha tejido, le dan extraña semejanza con el paisaje y lo confunden con él por curioso mimetismo.

En la pampa se halla en su elemento; relampaguea la mirada con brillo de placer y se lanza a bogarla como un bajel aparejado, con las velas henchidas por el soplo marino.

En la aldea se encuentra como aherrojado, triste, enfermo y, en las noches de luna, deja escapar su tristeza por el extremo de su rústica quena.

Han contado que algunas quenas son fabricadas con huesos de difuntos, por eso tienen esa melodía soñolienta y trágica que penetra hasta los tuétanos, pero ésta es una mentira de los poetas, que no tiene fundamento alguno en la realidad.

Una noche escuché la melodía de la quena. Era compuesta de unos pocos tonos, largos, meláncolicos, pero tenían alma y sentimiento. „

La tristeza de una raza, proscrita desde hace siglos, parecía flamear en aquellos sones trémulos que mecían el augusto silencio de la montaña.

EL INDIO Y EL LLAMA

Han pasado por el caserío, rumbo hacia la Pampa de los volcanes, algunos arreos de llamas, guiados por el indígena pastor.

Extraña semejanza y armonía entre el amo indígena y el siervo irracional.

El indio es sufrido y silencioso y puede recibir, inmutable, por días y meses, el azote de las lluvias invernales; el llama tiene la paciencia como cualidad dominante, sólo sabe quejarse con humano gemir, cuando pesa demasiado la carga o cuando recibe golpes o injurias; ambos son parcos y fuertes y candorosos y se deleitan en el adusto paisaje de la pampa.

Ambos recorren, con lento andar de sonámbulos, pampas y desiertos, bajan a las oscuras quebradas, por donde apenas murmulla un leve chorrito de cristal o trepan las cúspides soberbias, visitadas sólo por el rayo y el cóndor, los dos soberanos de la Sierra....Y van rumiando sus sueños.

Por eso se completan admirablemente.

Cuando sopla el viento de la tarde y los queñuhales sacuden sus cortezas desprendidas, como los harapos de un mendigo, y escuchan los ensalmos del huracán; cuando van cundiendo las sombras de los volcanes y se enrojecen, de sangre fresca, las dentadas cresterías y la fumarola del Guallatire es el penacho real de un guerrero, el pastor indio y su confidente, el llama, se acercan y quedamente sé contemplan: son como dos seres huérfanos, abandonados a su destino, como dos amigos que mutuamente se confiaran sus secretos.

Y mientras el indio, aterido, calienta las manos resecas sobre los tizones, el llama, con sus ojos hermosos y limpios de niño, interpreta su desventura y soledad, gimiendo sumiso.

En noches de invierno escala la cumbre el horrísono huracán: llamea la roca, herida por el rayo, y se derrumba estrepitoso, como carro de artillería, el estampido del trueno.

Indios y llamas, en confusa mezcla, hermanos en las jornadas y en los descansos, se apelmazan sobre la roca dura, pegada la cara al suelo, dejando que ruja sobre ellos la ira de Dios. Encomiéndanse entonces, con férvido acento, a sus patronos celestiales: Santiago, el Apóstol de las Españas y de las Américas, a la Virgen de las Peñas, que mora en Livilcar, o a la Madre de Copacabana que levanta su trono cerca del lago.

Cómo sueñan entonces los desventurados en el abrigado ranchito de la Puna, donde la india les aguarda, el tacho hirviente y los hijuelos que se revuelcan en las pieles de carnero, igual que larvas humanas.....

LA FIESTA

La Banda de músicos, que tiene el solemne título de Compañía, ha pasado toda la santa noche tocando sus zampoñas en torno de una hoguera.

La iglesita muy pequeña y desnuda de ornamentos, tiene como principal lujo una gran lámpara de fierro, cerca del altar, que brilla ahora como una ascua de fuego con todas sus luces encendidas.

El pueblo entero ha concurrido, con el Jefe Colque, Mamani, Cáceres y la dama más linajuda de la región, la Petronila que luce unos enormes aros de bronce que le cuelgan de las orejas hasta los hombros.

Todo el mundo se encuclilla, muy cerca del presbiterio, donde se va a verificar: la ceremonia, la bendición de diez imágenes de Santiago Apóstol, el querido patrono de la Sierra, el que combate contra el Infierno.

Un artista español, que era además falte, fabricó las imágenes famosas. Son todas iguales: el santo,

con una gran patilla negra y rizada, ojos saltones, que causan miedo, gobierna su caballo tordillo, levantando en alto la formidable espada.

El sacristán Antonio Zegarra, que sirve también cuando viene a cuenta, de secretario privado, de cocinero, de guía y arrenquín, coloca sobre la mesa la caballería celestial.

Será ella la que proteja al pueblo y a la sierra entera. en los años malos; la que apartará los temporales de la Puna y luchará, formidable, contra Supay y Mekala, los dos bandoleros del Averno y traerá la lluvia en tiempo oportuno y ahuyentará la peste que arrasa los sembríos y rebaños.

Los españoles que adoctrinaron la sierra, dejaron, como recuerdo, junto con una fe ardiente y consoladora, gran devoción por el Apóstol guerrero.

Casi no hay choza ni casucha que no cuente con su flamante Apóstol caballero, al lado del Señor en su gloria.

El Capellán ha bendecido las imágenes explicándoles del mejor modo, lo que ello significa, el símbolo cristiano y su belleza; lo escuchan y parecen comprender, pues los gestos y ademanes son tan gráficos que harían entender a un sordo de nacimiento.

Luego, entre Alvarez, el compañero de jornada, y Zegarra y algún Mamani aficionado, han destrozado las antífonas y los cánticos de la misa con una alevosía y un entusiasmo contagiosos.

La religiosidad de esta gente es profunda y, aun cuando está mezclada con supersticiones y hasta con ritos paganos, los dignifica y levanta y les consuela íntimamente.

En la espantosa soledad que le rodea, el indio levanta su corazón al Señor y se siente seguro y acompañado, y deja escapar de sus labios, quemados por el sol y el viento, la queja y la confidencia que aliviarán su pobre pecho oprimido.

Por eso considera el capellán, como el mejor amigo, y lo que no dice ni a su propia conciencia, se lo cuenta al sacerdote que le visita en su rancho.

LA PARTIDA

Quién tuviera la dicha de que perdurara en la retina y en el ánimo todo este paisaje de amanecer, en esta mañana última que me despido del Caserío y del Volcán y de sus contornos.

Cuenta el incansable viajero Mauricio Barrés, con ese lenguaje suyo inimitable, que una joven indú, que iba a beber en la corriente misteriosa del Ganges con el cuenco de su mano morena, vió con estupor que el agua movediza se solidificaba en un globo magnífico, y ese globo copiaba fielmente el paisaje fluvial, el río, las altas yerbas y la montaña.

Bebiera yo del agua de nieve que corre por el cauce de piedra y para siempre me recrearía con este paisaje asoleado: el arroyo de cristal, las casucas oscuras que se apiñan en torno de la blanca torrecita parroquial y la pampa gris verdosa, las montañas doradas por el buen sol mañanero, los indios humildes que rodean la Compañía de morenos y deslumbran con sus mantas multicolores y, dominándolo todo, severo y majestuoso como el monarca de la Sierra ceñido con su casco, de guerrero antiguo, el Guallatire, el enamorado galán que tan mal parado quedó en su pasada aventura. He vivido yo con esta buena gente muchos días y en estrecha intimidad, participando del pan y de la sal del rústico condumio, he creído conocer sus oscuras penas de seres huérfanos.

Todo el pueblo se agrupa para acompañarnos hasta un kilómetro del caserío: allí está la novia Petronila y la vieja Dorotea y Mamani, el brujo y los vástagos de los Quispe y el gran Colque, el jefe, tan grave en su alta dignidad de Celador de la región, y el caudillo moral de los zagales, rodean la Compañía, que hace sonar las zampoñas y quenas y tambores entonando un aire lúgubre, apropiado al momento.

Algunas mujerucas van agobiadas de crías, llevan al menor a la espalda, como un rollo de soldado, y los otros pequeños se aferran a las sayas carme-

síes, trotando como ternerillos detrás de sus madres.

Nos detenemos junto a unas rocas enormes que custodian la entrada, como rojos centinelas del Volcán.

En un intervalo en que la música se ha detenido, se alza la voz de Colque para despedir al viajero.

Con elocuencia viril explaya, parcamente, su pensamiento, diciendo más o menos:

"Te doy las gracias, Tata, por haber venido a acompañarnos y a visitarnos en esta lejana montaña, en donde vivimos con nuestros rebaños y nuestras familias, tan lejos de la ciudad.

Hacía muchos años que no venía un ministro para hablarnos del Señor bueno y también de la Patria de la cual pertenecemos.

"Porque somos chilenos y nos sentimos chilenos, tanto yo como mi familia y mis compañeros. En Chile hemos aprendido a leer y escribir y nos hemos hecho hombres honrados; por eso recibimos con gusto grande la visita y las noticias de la gente del sur.

"Ahora estamos muy contentos por tu bendición y por los consuelos que has derramado en esta lejanía, donde vivimos desamparados, al frente de la nieve de la cumbre y de las fieras y de la esterilidad de la pampa.

"Dios te lo pagará y el apóstol Santiago, cuya imagen bendijiste y los niños que acristianaste

pedirán al Señor para que vuelvas pronto y para que el Obispo jefe tuyo, te mande visitarnos, porque vivimos tan solos”...

La última frase la pronuncia con un sollozo que le brota muy de lo hondo y que humedece mis ojos y hace soltar el trapo a llorar al blando y tierno subdelegado y, como nada hay más contagioso que el llanto, la escena se vuelve patética, porque las viejas indias y la parvada de chicuelos acompañan y gritan, y para cerrar la compuerta de tantas lágrimas hay abrazo general....

De un salto, arriba del caballo; y antes que el sol pique más fuerte, picamos los flacos hijares de las bestias...y al desierto, que nos aguarda y nos llama con la voz de sus vientos para recibirnos en su seno amplio y desnudo.

No olvidaré, sin embargo, la iglesita blanca, enladrillada con rojo ladrillo, limpia y sonora como una moneda de cobre recién acuñada, y con sus santos de rostros exangües y fieros, con su gallarda cabalgata de apóstoles, y con su Niño Dios, quiteño, que me consoló y conmovió y con su pueblo de indios extáticos que se acurrucan en actitud de adoración, y que, por breves días, constituyeron mi rebaño de elección.

EPILOGO

La obra que Chile ha realizado, en menos de cincuenta años, en toda la región norte hasta el limite del Altiplano, en la región de los lagos, en la Puna, en las aldeas perdidas en la montaña, es sencillamente asombrosa.

Quien haya seguido, sin prejuicios, estas crónicas deshilvanadas se habrá convencido de ello hasta la evidencia.

Primero, vinieron los heraldos, los capellanes militares a quienes el Pontífice y el Gobierno confirieron la misión de evangelizar estas abandonadas regiones y civilizarlas y que han trabajado sin descanso, con una abnegación y un ardor y un patriotismo, que ojalá conozca la Patria algun día.

Con el Obispo Vicario a la cabeza, no sólo recorrían, a lomo de mula, dos o tres veces por mes, toda la enorme región inhospitalaria, sino que, cuando era necesario, se quedaban en algun caserío o aldea para sellar la obra.

Los capellanes párrocos fijaban su residencia en algún pueblo oscuro, cabecera de una región, y allí convivían con sus fieles y les enseñaban la higiene, la moral, la vida sana, arrancándoles con paciencia las supersticiones que deslustraban sus creencias, dignificándoles la vida con hábitos de civilización, y hasta alegrándolos, con reuniones musicales y

sociales, que les hacían palpar el que la cultura y el progreso eran cosas apetecibles y no estaban reñidas con la existencia.

El alma serrana, poco a poco se abría a estas verdades evidentes, que podía contemplar con claridad de sol, y una luz nueva lucía en los cerebros amodorrados. El indio no es torpe y conoce, con instinto certero, a aquel que quiere hacerles él bién.

El capellán les hablaba de la Patria y despertaba en sus oscuras almas esos relámpagos de amor y de reconocimiento que les hacían estallar en himnos de júbilo y besar la mano, como la cifra de su gratitud, del que la representaba.

Para esto el capellán tenía que hacer acopio de paciencia y de heroismo; cada día pedir al Señor para llevar su fardo, e inspiración a la Patria que le confiaba esa misión, bella y noble y a la vez dolorosa, y que entrañaba un renunciamiento cuotidiano, y el abandono de sus hábitos de comodidad y de holgura y de sociabilidad, para vivir allí, clavado en las cumbres, en la soledad de su ministerio.

Ahí están los nombres de Eufrasio Montero, que murió a consecuencia de los sufrimientos de la Pampa, Cartagena, Juan de Dios Avaca, Carlos Alvarez, L. Felipe Escobar, y el Obispo Vicario Edwards que visitó toda la región, ocho ó diez veces compartiendo las fatigas de sus capellanes.

Las escuelas, diseminadas en toda la extensión, como faros de luz luchan con las tinieblas y convencen a los viejos recelosos de la importancia y de la necesidad de la instrucción. En todos los pueblos, aun los más lejanos, hay un bello edificio que Chile ha construido para instruír, para educar, para llevar el nombre de la Patria y de la civilización hasta las cumbres más ariscas.

Los maestros han cooperado en todas partes a la obra religiosa, se aliaban a los párrocos y, de consuno, se entregaban a la ardua y bella tarea de sembrar, edificar, arrancar la semilla mala que el indio había cultivado en su abandono.

Los maestros chilenos son dignos del homenaje de la Patria.

También las autoridades que el Gobierno ha destacado en los diversos pueblos, han hecho comprender que arriba jamás había deseos de tiranía ni ánimo de explotar al súbdito. Siempre Chile ha dado mucho más de lo que ha podido obtener.

La autoridad, ya sean los Intendentes o Gobernadores, Subdelegados o Inspectores de Distrito, han tenido la consigna de mostrar a sus dirigidos cual era la orden que recibían de sus altos jefes, hacer respetar las leyes, amar a la Patria y reconocer los derechos de todos los ciudadanos.

Jamás la esclavitud, ni el atropello, ni el servilismo que solían crecer en época lejana.

Las fuerzas armadas de Chile, los Carabineros, custodiaban los caminos y los limpiaban de contrabandistas y malhechores, para que los habitantes pudieran recorrerlos tranquilamente y entregarse así a las faenas de la paz.

En algunos poblachos escondidos donde los seres humanos apenas podían subsistir, los Carabineros compartían su pan con el serrano viviendo con ellos en plena armonía.

Por eso hoy día, las poblaciones de Belén, Putre, Socoroma, Tignamar, Timanchaca, Pachama, Guallatire, Codpa han reconocido la obra eficiente y duradera del Gobierno Central, se sienten fuertemente resguardados en sus intereses y levantan en sus casas modestas el pabellón de Chile que los cobija y los proteje y es para ellos el símbolo tangible y poderoso de una Patria que jamás los ha abandonado.

De aquí que el caballero inglés M. Rowes, Administrador del Mineral de Choquelimpie dijera: "La obra civilizadora que ha efectuado Chile en estos territorios áridos, no sólo merece el homenaje de América, sino de la Humanidad".

ÍNDICE





This **BOOK** may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. ~~It was taken out on the day indicated below:~~ DATE DUE

	JUN 16 '92	